

AÑO 26.

NUM. 302.

LA

ESPAÑA MODERNA

---

Director: JOSÉ LÁZARO

---

FEBRERO 1914

---

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»  
Calle López Hoyos, 6  
MADRID



*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

---

**Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.**



# GUIA DEL BUEN DECIR

## ESTUDIO DE LAS TRASGRESIONES GRAMATICALES MÁS COMUNES

### CAPITULO II

#### **Anotaciones sobre el número gramatical.**

66. No por ser sencillas y fáciles las reglas que corresponden a la formación del plural, dejan de dar asidero a dudas y dificultades que deben ser salvadas por quienes se precien de hablar bien.

Trataré de ampliar las reglas consabidas, y de paso tocaré puntos de filología, relacionados con el número gramatical; serán consideraciones y ejemplos que escapan al común de los textos encargados de explicar la materia.

Así como los jurisconsultos se complacen endilgando ampliaciones y comentarios a las leyes, buscando aclarar su interpretación y la mejor manera de aplicarlas a los casos concretos que puedan ocurrir; así también, a los que nos entrometemos a estudiar con algún detenimiento las cuestiones que se suscitan en el mundo de las letras, nos place considerar los dictados de la docta Corporación que legisla sobre el uso más acertado y correcto, y aun enmendarle la plana si la ocasión se presenta.

Dejando de lado digresiones que a nada conducen, iré derechamente al grano; vale decir, a las palabras que pueden ofrecer alguna dificultad en la formación de sus plurales.

\*  
\* \*



67. La Acad., y con ella todas las gramáticas, enseñan que las palabras terminadas en vocal acentuada forman su plural agregando la sílaba *es*. Danse como excepciones a *papá*, *mamá*, *chacó* y *chapó*, que sólo añaden *s*, y a *maravedí*, que admite tres terminaciones: *maravedís*, *maravedies* y *maravedises*.

68. No dejan de notar los gramáticos que el habla castellana, celosa de su armonía, pospone en este punto, como en otros, la regla al buen sonido; y aun cuando en catálogos de casas comerciales que no asignan precio al buen decir, en avisos y letreros veamos hoy estampado: *CAFEES*, *TEES*, *CANAPEES*, etcétera, y aun cuando de antiguo no ha faltado tal o cual escritor que prohijara tan disonantes plurales, el uso correcto los ha proscrito, de manera que toda voz terminada en *é* se contenta con agregar una *s*. Admítase comúnmente la terminación *es* para formar el pl. de las vocales (las *aes*, *ees*, *ies*, *oes*, *úes*) y hase dicho las *tees*, *cees*, etc. (véase Menéndez Pidal, *Gram. Hist.*, pág 132), como pl. de las letras *t*, *c*, etc.; con todo, prefiero hablar de las *e*, las *t*, las *c*, etc.

69. *BAJÁS*, forma verbal arcaica, sobrevive como vulgarismo en la Arg. acompañándose con *vos*; lo que no puede ser es pl. de *bajá*, y como tal lo he visto emplear erradamente; he aquí el legítimo pl. de este nombre:

«Después de haber dos *bajaes* tenido  
Acuerdo, no sin priesa y sobresalto.»

(J. Rufo. *La Austriada*, canto XIII.)

70. *Sofaes* y *sofás* se equilibran en la balanza gramatical: pesan a favor del primero la Acad., Bello y Menéndez Pidal sostienen al segundo nada menos que Salyá, Robles Dégano y Cuervo. Opto por *sofaes* que está dentro de la regla.

71. Bello y Salvá anotan, al tratar esta misma regla, que los vocablos terminados en *é*, *ó*, *ú*, suelen añadir sólo *s*: *corsé* (y vayan sabiendo nuestras damas que decir *CORSET* es hablar en francés, y que *CORSESES* y *CORSEES* son barbarismos intolerables), *corsés*; *fricandó*, *fricandós*; *tisú*, *tisús*; *ambigú*,



*ambigús*. A mi vez—aunque la mayoría de los gramáticos están con Bello y Salvá,—salvo *corsés*, los demás ejemplos tendrán mejor sabor castizo si agregan *es* (*fricandoes, tisúes, ambigúes*); esta sería la verdadera forma de castellanizar a los franceses FRICANDEAUS, TISSUS y AMBIGUS.

72. Siguiendo al insigne Bello, veremos afirmar que se usan los pl. irregulares *bisturís* y *zaquizamís* (así los quiere Salvá también), y que los poetas están en posesión de decir, cuando les viene a cuento *alelís, rubís*.

Cuervo, en una de sus eruditas notas a la *Gram.* de Bello, hace constar que «a otros en *í*, fuera de *alelí, rubí*, extienden los poetas, si bien raras veces, el pl. en *s*: Castillejo hace consonar *borceguís* con *maravedís* y *oís* (*Diálogos y discursos de la vida de corte*), e Iglesias usa *jabalís* (*Cantilena IV*).» Pudo citar también a Valbuena, que estampó en *El Bernardo, alelís* (L. IX) y *rubís* (L. I), y á la vez, *rubíes* (L. XIII) y al Duque de Rivas que trae *rubís* en *El Conde de Villamediana*. Con esto y con todo, no negará el sabio Cuervo, que *borceguíes* y todos los pl. en *íes* son de mejor linaje, como que convienen con la regla, y si hemos de contraponer autoridades, vayan las siguientes: «traía unos *borceguíes* datilados» (*Quijote*, I, XXXVII); «con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de *rubíes* » (*Id.* I, L.)

«Saltó la sangre, y cual collar precioso  
De encendidos *rubíes* adornado.»

(Hojeda. *La Cristiada*, L. VIII.)

«De oro y *rubíes* movedizos montes.»

(J. Mármol. *Las Nubes*.)

«Tú juegas, pobre niña; tú sonries  
Cual linda mariposa entre *alelís*.»

(M. Flores. *Orfandad*.)

«Asomábase ya la primavera  
por un balcón de rosas y *alelís*,



y Flora con dorados borceguies  
alegraba risueña la ribera.»

(*La Gatomaquia.*)

Mi ilustrado amigo, el Dr. Pedro de Múgica, que cita estos últimos versos en *Maraña del Dic.* (Cap. VI), pregunta: «¿Quién dice hoy *allelies, colibríes, rubíes y tilburíes?*»; y no puedo menos que contestarle: cuantos estudian Gramática con algún aprovechamiento, cuantos ponen algún cuidado en hablar bien (1). Y he de hacer una salvedad respecto a TILBURIS: como aquí pronunciamos este anglicanismo como esdrújulo, nuestro pl. es *tilburis*; los que dicen *tilburí*, toman esta pronunciación de segunda mano, del francés, que también tiene esta palabra (proveniente del apellido del inglés *Mr. Tilbury*, que inventó este vehículo), y no es raro, por tanto, que formen el pl. a la francesa, diciendo TILBURIS.

D. E. Vera y González, en su *Gramát. Cast.* (Analogía), gramática que tiene sus méritos y que es, sin duda alguna, uno de los mejores textos usados en la Arg., adjudica a las voces *maní* y *ají*, tres pl. como a *maravedí*. Ignoro de qué autoridades tomaría MANIS y MANISES, AJIS y AJISES; Isaza (*Gram. práctica de la Leng. Cast.*, pág 32), cita el pl. AJISES como voz espuria, e igual suerte corre en el *Dic. abrev.* de Uribe y U. y en el *Dic. de Loc. Vic.*, de Ortúzar. Cuervo, a propósito del mismo AJISES, dice: «Estos plurales en *ses* de voces agudas acabadas en vocal están inficionados de gitanismo... TRASPIESES por *traspiés*, que dijo Vargas y Ponce en la *Proclama de un Solterón*, es de la misma estofa» (*Apunt.*, pág. 91); y por lo visto puede colegirse que MANISES no queda muy bien parado. En Buenos Aires se oye, entre chicuelos e ignorantes, hablar de

(1) Y viene en mi apoyo Menéndez Pidal, a quien tomo este pasaje: «Luego se generalizó la—e—a los nombres en vocal acentuada, especialmente a los en *i*, que si antes eran corrientes en doble forma, *jabalís-ies; alfaquí-ies; borceguí-ies*, hoy rara vez se usan sin la—e.» (*Gram. Hist.*, página 132.)



MANÍS y MANISES, y no es raro que los verduleros y las mujeres de servicio digan AJÍS y AJISES; pero no es esta gentualla la llamada a dar norma al buen decir.

Ortúzar y Uribe y U. adoptan por el pl. *bisturts*, y ponen como incorrecto a *bisturries*, injustamente; porque si bien se tiene en apoyo del primero la irrefragable autoridad de Bello (*Gram. Cast.*), la segunda forma está al amparo de la regla, es la única consentida por Orellana (*Cizaña del Leng.*) y no deja de tener también en su pro el uso de algunos escritores de valía.

El *colibrí*, con ser pájaro tan diminuto, da que hacer a la Gramática desde que ha tenido la ocurrencia de revolotear fuera de la regla al pluralizarse. Amunátegui Reyes, en *A través del Dic. y de la Gram.*, acoge una frase de la *Historia Natural*, por R. A. Philippi, donde se habla de *colibrís...*, y aunque este señor Philippi creo que nada tiene de gramático ni de hablista, no puede decirse otro tanto de Amunátegui que vale, ¡y mucho!, como autoridad en materia de lenguaje; no obstante, estoy por el pl. *colibrries*, empleado por buenos escritores y muy puesto en razón dentro de la regla.

*Maniquís* (conste que no se dice MANEQUI) reclama también su lugar entre los pl. que merecen aceptación, como que ha sido dado en letras de molde nada menos que por Pérez Galdós, según advierte P. de Múgica. Habrá que admitirlo a la par del legítimo *maniquies*, único pl. que acepta Orellana.

73. El *Dic.* dijo *kepis* hasta su XII edición, en la XIII sólo se registra *quepis*. Rivodó (*Voces Nuevas*) asevera que lo correcto es *kepi* para el sing. y *kepis* para el pl. Cuervo opta por estas mismas formas (*Apunt.*, pág. 657); mas cambia la *k* en *q*, tal como corresponde si se ha de castellanizar en forma a este inmigrante francés. En la Arg. se pronuncia vulgarmente QUEPI, muy a la francesa, y en pl. QUEPIS.

74. «Fue agregando caperuzas y yo añadiendo *sies*» (*Quij.*, II, XLV); Tirso de Molina escribió: *sies* y *noes*; y en *La noche toledana*, de Lope de Vega, acto II, se lee: «Dos *túes*, dos se-



ñorías»... Estos ejemplos muestran palmariamente que hasta los monosílabos terminados en vocal acentuada piden *es* para formar su plural. Siempre convendrá exceptuar los terminados en *e*, que si bien Cervantes dejó escrito: «Algunos hay que procuran estas *fees* con buena intención» (*Quij.* I, XL), y Calderón de la Barca ha podido poner:

«Que no son buenos papeles  
En el consejo de amor  
Las finezas ni las *fees*»

(*La vida es sueño*, Jor. II, Esc. XI);

lo propio es que se evite la disonante duplicación de las *e*; los mejores hablistas adoptan hoy el pl. *fes*, preferido por la Acad., M. Pidal y Ortúzar.

\*  
\* \*

75. La tercera regla establece que los terminados en consonante reciben, para formar su pl., la sílaba *es*. Se exceptúan los vocablos de más de una sílaba acabados en *s* y no acentuados en su última vocal, que no admiten cambio alguno: *la dosis, las dosis; el éxtasis, los éxtasis*; etc. En prueba de que los monosílabos varían, vaya este ej.:

«Y nunca para enviarlo  
A los dos *trises* me llego»

(F. de Quevedo. *Musa* 6, *Romance* 7.)

76. El *frac* y el *clac*, como que bien se acompañan cuando se exige etiqueta, han querido mantenerse de acuerdo al formar su pl.; para conservar su prosodia sufren el mismo accidente ortográfico, y sólo podrá hablarse de *fracques* y *clagues*, pues *FRACS* y *CLACS* son formas extranjeras que no conciben con el habla correcta. De igual manera se tiene a *vivaques*, pl. de *vivac*, y a *bifteques* o *bisteques*, pl. de *biftec* o *bistec*.

77. Se dijo otrora *CAPAZES*, *LUZES*, etc., pero por razones de ortografía, que a su tiempo explicaré, la *z* se convierte hoy en *c*, toda vez que ha de preceder a las vocales *e*, *i*, por más



que Bello, obligado como todos al acatamiento de este uso, le tilde de «abuso que no puede justificarse». He aquí un ejemplo, que si así lo escribió el autor (lo tomo de los *Poemas Epicos Esp.*, coleccionados por Rosell, reed. en 1905) es de los primeros que emplean la *c* en estos pl., pues en el *Quijote*, por ej., edición primera, y aun en otras posteriores, prevalece la *z*:

«Y al fin hacen y fingen sus unturas  
Alegres *teces*, nuevas hermosuras.»

(*Valbuena. El Bernardo*, Libro I.)

78. Salvá da *alféreces* como pl. de *alférez*, y hay que advertir que este autor ha sido de los que más empeños han puesto por conservar la *z*. Calcaño (*Cast. en Ven.*, pág. 241) opta por el mismo pl., con ejemplos de Nebrija y otros autores. Cuervo (*Apunt.*, pág. 92) comprueba que también se ha empleado *alférez* como pl., con papeletas tomadas a Cervantes y Lope de Vega; de modo que tanto dará decir los *alférez* como los *alféreces*, aunque esta última forma parece merecer preferencia, que la usaron, según Cuervo, Coloma, Moretti, Fernández Guerra y Orbe, Villaviciosa y Mora, y también Rufo:

«Ni más ni menos llevan las banderas  
Los *alféreces* llenos de despecho.»

(*La Austríada*, C.XVII.)

79. Los terminados en *x*, salvo los agudos, que siguen la regla general, sirven generalmente para los dos números, como *el fénix*, *los fénix*. Bello advierte que ha podido usarse *fénices*, aunque sólo en verso (Lope de Vega). Ampliando la advertencia, bien pudo anotar a *ónix*, que por tener la forma *ónice* adopta habitualmente el pl. *ónices*. Otro tanto ocurre con *opónax*, también *opopónace*, que admite el pl. *opopónaces*. Rivodó (*Entret. Gram.*) cita como de igual condición a *sardónix*, que si es admitido a la par de *sardónice* o *sardónique*, como otro derivado del latín *sardonix*, será ejemplo digno de ser agregado en la cuenta. Avendaño (*Gram. Cast.*, pág. 37) cita



a *sardónicas* y *ónices* como únicos pl. de *sardónix* y *ónix*, respectivamente.

80. Entraré ahora a considerar algunos de los muchos vocablos que nos llegan de Inglaterra y Francia y que, como novicios, ofrecen sus dificultades para adaptarse a los usos gramaticales que son propios de nuestra lengua. Tenemos, citado por Bello, a *lord*, que hace *lores*, como *milord*, *milores*; y *boulevard* o *bulevard* (galicismo que anda aún fuera de nuestros léxicos), *boulevares* o *bulevares*; en la manera de formarse estos plurales vese palpable la tendencia a suprimir esa *d* que no se aviene con la índole de nuestra lengua; la verdad es que en el mismo sing. sólo puede conservar la ortografía, siempre tenaz y resistente para evolucionar, pues lo más común es oír pronunciar *lor*, *milor*, *bulevar*.

81. RESTAURANT, y su pl. RESTAURANTS, son voces francesas que pretenden adquirir carta de ciudadanía convirtiéndose en *restorán* y *restoranes*, o *restaurante* y *restaurantes*. Doña E. Pardo Bazán, autoridad indiscutible en materia de buen decir, si bien ha hecho uso de *restaurant*, según se ve en *La Dama Joven* y en otras obras anteriores, escribiéndolo con el consiguiente subrayado o en bastardilla, adopta en sus producciones más recientes las formas castellanizadas *restorán* y *restoranes*, *restaurante* y *restaurantes*, lo que basta para dar a estas voces el sello de legitimidad que necesitaban; vaya esta muestra: «Lo que lamento es precisamente que la cocina francesa, no la exquisita, sino la detestable, haya hecho irrupción en fondas, balnearios y *restaurantes*, y hasta bodegones madrileños (*Vindicación de la cocina hispánica*. «La Nación», de Agosto 1.º de 1911). Amunátegui (*Apunt. Lex.*, II, 254) cita estos versos del Marqués de Molins en apoyo de *restoranes*:

«Los *restoranes* se sabe  
que son *cafés* de España»;

y no deja de causarme extrañeza que haya dejado pasar sin reparo alguno ese *CAFÉS* que suena tan mal.



82. El inglés PUDDING, que por España (aunque no gusten de él los señores académicos) es *pudín* o *puding* (*pudingo*, según Salvá), y que en América se conoce más por *budín*, no admite entre los hispanoamericanos más plurales que *pudines* o *budines*.

83. El repetidísimo MEETING, que los diarios españoles y americanos nombran ya *mitin*, tendrá que adoptar el pl. *mitines* si se resuelve a castellanizarse de veras; entretanto, circula por ahí el anglicano MEETINGS.

84. Los que dicen o escriben CLUBS, DOLLARS, REPORTERS y REVOLVERS, hablan más inglés, o francés, si se quiere, que castellano; nuestros hablistas usan, comúnmente, muy de acuerdo con la regla gramatical que corresponde, *clubes* (1), *dólares* o *dólares*, *reporteres* y *revólveres*; y conste lo aseverado con perdón de Rivodó, que opta por *clubs* (*Entret. Gram.*).

85. SPORTSMAN, consabido anglicanismo, tan común en Francia como en España y América, que, según define un festivo pasaje de D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán, equivale a «ocioso, vago de real orden, socio honorario del Inútil Club, y excrecencia o berruga social», tiene por pl. a SPORTSMEN; decir SPORTSMANS, es agregar a un barbarismo otro mayor (2). De igual manera GENTLEMAN, que vale tanto como el castizo *gentilhombre*, echado en olvido injustamente, tiene por pl. a GENTLEMEN; si se llegara a castellanizar, no habrían de ser los GENTLEMANS, sino los *gentlemanes*, quienes alcanzaran el beneplácito de la gramática.

(1) A propósito de esta palabra, advierto a la Acad. que en América se usa más por *casino*, *centro* o *círculo* que en la acepción de «junta de individuos de una sociedad política, por lo común clandestina», como expresa el *Dic.*

(2) Tanto *sportman* como *sportmen*, suelen abandonar por estas tierras la *s* que tienen en medio; pero esta síncopa es poca cosa; otras consonantes habrán de perder estas palabras, y agregar una vocal, si quieren dejar de andar en bastardilla o subrayadas, porque no es propio del habla castellana el casar vocales con tanta consonante a la vez.



86. El pl. *COMPLOTS* es francés puro; quien pretenda hablar castellano, dirá *complotes*; y más castizo será el lenguaje si se dice *confabulaciones, intrigas o tramas*.

87. *Zigzag* forma el pl. *zigzagues*, según se ve en *La Moda*, poesía de Bello. La Acad. registra con igual significado a *ziszás*, que ha de ser común a los dos números, ya que en *ziszases* molesta el siseo. Salvá convierte esta voz en *ziczac*; evidentemente, si alguna variación ha de convenirle al francés *zigzag*, para mejor adaptarse a nuestra ortografía, es el cambio de la *z* inicial por la *c*, conforme lo reconoce Amunátegui Reyes (*Mis pasatiempos*, pág. 30).

\*  
\* \*

88. Como en nuestra habla sólo algunas palabras compuestas, en especial verbos con pronombres euclíticos, permiten la acentuación sobreesdrújula, resulta que *régimen* se ve obligado a cambiar de acento al pluralizarse; no es para castellanos el pronunciar RÉGIMENES; se dirá los *regímenes*, salvo que, siguiendo la condición que es casi general en los esdrújulos, se prefiera decir los *régimen*; mas debo advertir que prevalece en el uso docto el pl. *regímenes*. En igual caso, según anota Rivodó (*Entr. Gram.*), se hallan los plurales de *espécimen* y *Júpiter*, *especímenes* y *jupíteres*.

89. También cambia de acento *carácter*, que aun cuando antaño formó CARÁCTERES, hoy sólo se emplea el pl. *caracteres*. Si bien hay quienes dicen CRATERES, influidos por la semejanza de sonido con *caracteres*, es más propio *cráteres*, que tiene en su apoyo el parecer del lexicógrafo chileno P. Ortúzar y el del colombiano R. Uribe y U., pareceres que reforzaré con la cita siguiente:

«Mil espantosos *cráteres* se miran  
En las cimas de montes y collados.»

(Manuel Carpio. *México*.)

\*  
\* \*



90. Por lo que toca a las voces compuestas, lo común es que formen su pl. variando el último de los elementos, como se ve en las siguientes: *agridulces*, *avemarias*, *boquirrubios*, *críticoburlescos*, *líricodramáticos*, *ferrocarriles*, *grecolatinos*, *hispanoamericanos* y demás gentilicios, *jocoserios*, *montepios* (aunque Jovellanos usó *montesprios*), *padrenuestros*, *parabienes*, *portafusiles*, *primaveras*, *puntapiés*, *quitasoles*, *salvaguardias*, *salvoconductos* (no han faltado quienes digan *salvosconductos*, como bien lo anota M. Pidal), *semovientes*, *sordomudos* (Cuervo se inclina a este pl., preferido por Bello, Monlau, M. Pidal y otros hablistas, aunque cita autoridades que escribieron *sordosmudos*), *turbamultas*, *vaivenes*, *vanaglorias*, etc.

91. Son generalmente compuestos de dos nombres o de nombre y adjetivo, que se conservan sin alteración al juntarse, los que afectan los dos elementos al formar su pl.; así tenemos de *casaquinta*, *casatienda*, *gentilhombre*, *ricohombre*, los respectivos pl. *casasquintas*, *casastiendas*, *gentileshombres* y *ricosshombres*. Rivodó incluye en esta cuenta los pl. *bocasman-gas* y *bocascales*: el primero está condenado por la Acad. (*Gram.*, última ed., pág. 28), y es rechazado también por Cuervo, Isaza, M. Pidal, Martínez y García, Ortúzar y otros autores de valía; el segundo tuvo a su favor el parecer de Cuervo (*Apunt.*, hasta la 4.<sup>a</sup> edición) y de otros autores (Uribe entre ellos, que tacha como incorrecto a *bocacalles*); pero el gran filólogo colombiano se retracta de tal dictamen en la última edición (1907) de sus *Apunt.*, y reconoce como más propio el pl. *bocacalles*, con citas de autores fehacientes.

92. No faltan compuestos que formen su pl. alterando solamente el primer elemento; así resultan: *cualesquier* (1), *cualesquiera*, *quienesquier*, *quienesquiera* e *hijosdalgo*. A este último se le podrán admitir tres plurales desde que M. Pidal con-

(1) «Hija llama el hebreo a *cualesquier* mujeres» (F. L. de León. *La Perfecta Casada*); y pueden leerse otros ejemplos de estos pl. en *Apunt.* de Cuervo.



siente las formas *hijosdalgos* e *hijodalgos*; pero, me guardaré de certificar la corrección gramatical de estas dos voces.

93. Se mantienen invariables para los dos números los que tienen el último componente en pl., como se ve en los siguientes ejemplos: *el aguamano* y *los aguamano*, *cien-pies* o *ciem-piés* (1), *cortaplumas*, *cumpleaños*, *destripaterrones*, *guardapiés*, *guardamuebles*, *limpiadientes*, *milhojas*, *mondadientes*, *paracaídas*, *paraguas*, *portamonedas*, *sacabocados*, *sacabotas*, *sacacorchos*, *sacadientes*, *sacamanchas*, *sacamuelas*, *sacatrapos* y *traspies* (*traspieses*, como ha usado algún poeta, es licencia intolerable). Quitar la *s* final a cualquiera de estos compuestos, es caer en imperdonable trasgresión del buen decir.

\*  
\* \*

94. Es error muy común en los que no andan al tanto con los diccionarios y gramáticas, el usar en sing. palabras que no admiten tal forma.

Anotaré a continuación las citadas por Bello que conviene reproducir, con ampliación de muchas otras que merecen ser tenidas en la misma cuenta: *absolvederas*, *afueras* (cuando designa los alrededores de una población), *afines*, *albricias*, *alicates*, *alrededores* (por contornos o cercanías de un lugar), *ambajes*, *anales*, *ancás*, *andaderas*, *andas*, *angarillas*, *antiparras*, *añicos*, *aproches*, *arras*, *asentaderas*, *bragas*, *calendas*, *carnevolendas*, *comicios*, *conexidades*, *cosquillas*, *creces*, *credenciales*, *dares* y *tomares*, *despabiladeras* o *espabiladeras*, *despavesaderas*, *dimes* y *diretes*, *dimisorias*, *dolamas* o *dolames*, *efemérides*, *entendederas*, *esponsales*, *esposas* (prisiones), *exequias*, *expensas*, *explicaderas*, *extramuros*, *foscas*, *fauces*, *fondillos*, *gafas* (anteojos), *grillos* (prisiones), *hiadas* o *hiades*, *honras* (exequias), *idus*, *ínfulas*, *lares*, *largas* (dilaciones), *lau-*

(1) *Cientopiés*, admitido por la Acad., ha sido censurado por Valbuena (*Fe de Erratas*), por considerar de rigor la apócope de ciento. Para Salvá es forma anticuada.



*des, maitines, manes, mientes* (por mente, aunque se va anticuando), *nupcias, pandectas, parias* (cierto homenaje o tributo), *penates, pinzas, pléyades o pléyadas* (como término astronómico), *posaderas, preces, puches, quipos, termas, tijeras* (el instrumento de cortar), *tinieblas, trébedes, velaciones, veras* (contrario de burlas), *viveres, zarandajas*.

Mucho mayor ampliación podría dar a esta lista si entrara a enumerar todas las voces que el *Dic.* registra como exclusivamente plurales; pero, resulta que algunas raramente llegan a ser empleadas, y no son pocas las que se usan también en sing. a pesar de la prescripción académica.

95. De los ejemplos presentados por Bello, he creído conveniente descontar en primer término *aborígenes y hemorroides*, que consigna el *Dic.*, precisamente, en su forma sing. (*aborigen y hemorroide*); *aborigen* aparece en escritos de D. F. Sarmiento, y podrá hallarse en obras de otros escritores, así americanos como españoles, y es común oír *hemorroide*.

96. *Enaguas* sólo ha de ser pl., según la Acad. (*Gram.*), Bello y otros gramáticos; esto no impide que se use y se haya usado también en sing., como lo confirma Cuervo, tanto en las notas puestas a la *Gram.* de Bello, como en las *Apunt.*, con la autoridad de renombrados escritores antiguos y modernos. En el mismo *Dic.* aparece tal cual vez *enagua*.

97. *Pertrechos* que, según la Acad. y según Rivodó (*Entreten. Gram.*), solamente se admite en pl., tiene en favor de su forma sing. autoridades como Garcilaso, Alejo de Venegas, Jáuregui y Valbuena, citados por Cuervo (*Apunt.*, pág. 96); de modo que no será disparatado decir *pertrecho*.

98. *Bienes*, siempre que signifique hacienda, riqueza, caudal o patrimonio, estará indefectiblemente en pl. Se fundó hace pocos años, en Buenos Aires, el Banco DEL BIEN RAÍZ, y esta denominación aparecía con letras de gran formato, ante el pueblo, repetida por todas partes, en avisos de diarios, letreros y cartelones, y lo que menos se le ocurrió al público y a los mismos banqueros, fue averiguar si el nombre de la ins-



titución estaba de acuerdo con el buen decir; de este Banco sólo queda hoy el nombre, y bien podría borrarse este triste recuerdo; ya que por ahí, por ese *bien* que debió ser *bienes*, comenzaron los errores de esta desgraciada institución bancaria. Todos los cuidados del comerciante van en pos de la ganancia; que resulte estropeado el idioma, en estos casos, es lo de menos. ¿Quién no ha visto, a no poder más, letreros disparatados, errores garrafales, en el reclamo comercial?... Y la trasgresión que acabo de mostrar importa *progreso* tal para el idioma, que cuando se dé caso de decir, por ejemplo, que uno *anhela el bien de la patria* o *el bien de la familia*, no faltará quien salga a inquirir que casa o propiedad es esa tan codiciada.

99. *MONIS*, decimos familiarmente los americanos por moneda o dinero, y allá por España, *monises*. Pudiera creerse que *monises* es pl. de *monis*; pero no hay tal; ambas voces no admiten sino la forma pl., y nuestro *MONIS* es apócope viciosa del castizo *monises*, o corruptela del inglés *money* (moneda).

100. Como lo reconoce Bello (*Gram.*), «*tenazas* y *tijeras* en su significación primitiva carecen de sing., pero no en las secundarias y metafóricas, y así se llama *tenaza* la de los animales y *tijera* la del coche (y la de nuestros ranchos, agregaré), y se dice hacer «*tenaza, ser una buena tijera*». Esta frase última ha sido observada por Cuervo (*Notas a la Gram. de Bello*), de acuerdo con Merino Ballesteros y con D. Antonio Puigblanch (*Opúsculos Gram.*), sólo admiten «*ser buena tijera*» (1).

101. *Tiniebla*, aunque prohibida por algunos gramáticos que sólo quieren *tinieblas*, consta en el Dic., y está autorizada por buenos poetas:

---

(1) No falta tal o cual ejemplo de buen autor en que estas palabras, sin salir de su significación primitiva, se presentan en sing.; tal ocurre con el siguiente de Cervantes (o de sus editores): «y de corte de *tijera* con mi buen ingenio salté a cortar bolsas». (*Rinconete y Cortadillo*.) Y el mismo Dic. stampa *tijera* en la definición de «Esquilar».



«La *tiniebla* nocturna se acercaba.»

(J. Rufo. *La Austriada*, C. XVIII);

«En la negra *tiniebla* se destaca.»

(O. Andrade. *El nido de cóndores*.)

102. Con todo, creo que, de las palabras anotadas en el recuento de estos pl. que no admiten sing., la más ocasionada a infracciones es *trébedes*; no sólo se la usa impropiamente en sing., sino que es tan repetida como vulgarísima la apócope que convierte esta maltratada VOZ en TREBE.

\*  
\*\*

103. Ya que he tratado de los nombres que carecen de sing., justo será que no pase por alto los que no admiten pl.

La Acad. y algunos de los principales gramáticos dan la reglamentación pertinente; para no caer en repeticiones de lo que ya está determinado, sólo me detendré a considerar alguna de las contradicciones que se ofrecen.

104. Bello incluye la voz *álbum* en el número de las que sólo se usan en sing. por conservar en castellano su misma forma latina; Baralt (*Dic. de Gal.*) sostiene también que esta palabreja, «como *el cólera, el tifus, etc.*,» no soporta pl., y agrega en seguida: «¡Misericordia de Dios, que ha hecho únicos en su clase estos azotes!»... Y no se alarmen, aunque hayan usado el término en pl., aquellas de nuestras damas que guardan como un tesoro alguno de estos... *azotes*, para presentarlo a cuanta persona de algún valimiento llegan a conocer; y no se alarmen, digo, porque estos arranques malhumorados suelen ser tan comunes como infundados en Baralt. La Acad. ha dado ya su fallo decisivo en este punto desde que acepta como muy autorizado el pl. *álbumes*, forma que he visto usada por escritores de buena ley, entre ellos la insigne D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán y el festivo Vital Aza, quien la trae en este verso:

«¡Diez *álbumes* en un mes!»

(*Otro álbum.*)



El pl. ALBUMS, aunque empleado por el Duque de Rivas, Bretón de los Herreros, Campoamor y algún otro poeta, me parece que no pasa de ripio, o de galicismo si se quiere; y será preferible decir *los album* antes que *los ALBUMS*.

105. Los adjetivos numerales cardinales, en general, sólo se pluralizan cuando se usan como sustantivos. Así, no se dirá, por ej.: «*tuve MILES tropiezos*», «*con MILES apuros*», etc.; pues aun cuando no hayan faltado poetas de valía, entre ellos Bono Serrano y el mismo Espronceda (*Diablo Mundo*), que hayan caído en esta infracción gramatical, están contestes, tanto los filólogos como los escritores más correctos, en que la forma pl. de *mil* solamente se admita cuando equivalga a *millar* y puedan sustituirse estos dos términos sin menoscabo de la propiedad. Ni aun en la formación de numerales compuestos soporta pl. *mil*, lo que no ocurre con *cientos* y *millones*. Vaya esta muestra del uso correcto: «*Rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones.*» (*Quijote*, II, XXI.)

\*  
\*  
\*

106. Mucho se ha debatido sobre si los apellidos pueden permanecer invariables al usarse en pl.

Según la Acad., sólo los apellidos patronímicos terminados en *z*, y cuyo acento carga sobre la penúltima o antepenúltima vocal, como *Sánchez*, *Pérez*, *Martínez*, *Alvarez*, etc., no consienten alteración alguna al usarse en pl.; para los demás acepta el aditamento de *s* o *es*; de conformidad con las reglas generales que corresponden a la formación del pl.

Bello (*Gram.*) exceptúa también como invariables los apellidos extranjeros que conservan su forma nativa, como *los Canning*, *los Wáshington*, etc., a menos que su terminación sea de las familiares al castellano y que las pronunciemos como palabras castellanas: *los Racines*, *los Newtones*. Hace también la salvedad de que los apellidos de familia constituídos por nombre compuestos que debieran pluralizarse en sus dos elemen-



tos, sólo aceptan la *s* al final; así se dirá *los Montenegros, los Villarreales*, etc.; nunca los *MONTESNEGROS, los VILLASRREALES*.

Cuervo, repitiendo razones ya aducidas por otras personas que han ventilado con todo detenimiento la misma cuestión, opta por que se coloque a los apellidos en igualdad de condiciones con los demás apelativos. No deja de reconocer, con todo, el serio inconveniente que resulta de los apellidos que, como *Rey, Real, Peral, Portal, Arenal, Moral*, etc., darían lugar a confusión, puesto que al decir, por ej., *los Reyes*, quedaría uno dudando si se trata de la familia de *Rey* o de la de *Reyes*.

M. Fidel Suárez (*Estudios gram.*, pág. 314) se muestra extremoso en esta cuestión. «Los apellidos—afirma—son nombres que se acomodan a las reglas generales en la formación del pl.; es, por tanto, muy errónea y censurable la práctica de aquellos que, creyendo hablar con mucha propiedad, los usan casi siempre en sing.» Y aun no satisfecho con este severo dictamen, añade que es vicio muy común aun en escritores correctos, tanto americanos como peninsulares...» He aquí que, por el afán de cargar la mano, lo que nos presenta el distinguido gramático colombiano, resulta más bien una defensa de la tesis opuesta, ¿puede acaso desconocerse que los vicios del lenguaje cuando se hacen *muy comunes en escritores correctos* van precisamente encaminados como para dejar de ser tales vicios?...

Y tanto es así, que el festivo y muy erudito escritor don Ricardo Palma, en una interesante carta que apareció al final de su obra *Papeletas lexicográficas* (o sea *Dos mil setecientas voces que hacen falta en el Dic.*), y que se intentó también en *Mis últimas tradiciones y cachivacherías*, muy resueltamente, como lo tiene por costumbre, declara: «En lo relativo a *pluralización* del apellido, raro es el escritor hispano-americano que acate la prescripción existente en la *Gram.* de la Acad. No somos los americanos muy partidarios de *los Pizarros, los Almagros, los Girones*, etc. Y decimos y escribimos *los Pizarro, los Almagro, los Girón*, etc. El apellido lo heredamos, y no encuen-



tro derecho o razón fundada que nos autorice para alterarlo en letra ni en sílaba.»

La verdad es que aun cuando obren la mayoría de los clásicos en favor de *tal pluralización*, no puede tacharse de vicioso ni un uso ni el otro. Prueba de tal indiferencia es el hecho de que D.<sup>a</sup> E. Pardo Bazán, autoridad respetabilísima, después de hablar, en cierto pasaje, de «*los Guevaras y los Merlos*», pregunta, casi a renglón seguido: «¿Podrían imaginarse, presentir esta evolución *los Manriques de Lara, los Céspedes, los Béjar, los Heredia, los Granada*, matadores de toros allá por los siglos XVI y XVII?» (*Ilustración Artística*, de Barcelona. *Vida Moderna*.)

Lo que me parece arremilgado pedantismo, y como tal intolerable, es el poner en pl. el apellido cuando se aplica en común a dos o más personas, diciendo, por ej.: *Juan y Pedro Blascos*, práctica que fustiga con justa razón Uribe y U. en una de las notas (la 278) puestas a su *Dic.*

\*  
\* \*

107. *Inclusive y exclusive* son adverbios, y como tales, invariables. No ha faltado, sin embargo, profesor de Gramática que diga: «Tienen como lección los pronombres, hasta los demostrativos INCLUSIVES.» ¡Y vaya uno a sorprenderse si cae en esta imperdonable trasgresión algún escritor ramplón que ignore hasta los más elementales preceptos gramaticales.

108. Otro tanto ocurre con *medio, puro, sólo, harto, tanto, cuanto y mucho* cuando modifican a un verbo, a otro adv. o a un adj. Es disparatadísimo decir: «*están MEDIOS ebrios*», «*fracasaron de PUROS atropellados*», «*escribirán SÓLOS disparates*», *HARTOS mejores resultados se obtendrán así*, «*sufrirán TANTOS mayores perjuicios CUANTOS peores manejos tengan*», «*tropezó con MUCHOS mayores inconvenientes*»; en todos estos ejemplos, encontrados al acaso por libajos y periódicos, se impone la corrección de las palabras puestas en caracteres mayores, que



sólo por imperdonable error han podido usarse en pl.; pues ha de verse que *medio* modifica al adj. *ebrios*; *puro*, al adj. *atropellados*; *sólo* (reemplazable por *solamente*), al verbo *escribían*; y *harto*, *tanto*, *cuanto* y *mucho*, respectivamente, a los determinativos *mejores*, *mayores*, *peores* y *mayores*; lo que quiere decir que son adverbios, y por tanto, invariables. Y raro, muy raro, será que se encuentren infracciones de esta laya en los clásicos o en buenos escritores modernos; en prueba de esto, y para no molestar a mis lectores con exceso de citas, tomaré, de las que tengo acopiadas, sólo aquellas en que aparece el adv. *medio*:

«por mejor decir, *medio* dormidos.»

(*Quij.*, II, 1);

«Y unos de espanto quedan *medio* muertos,  
Otros escapan de temor cubiertos.»

(Villaviciosa. *La Mosquea*, C. XI);

«Así, *medio* dormidos y despiertos,  
Saltan los araucanos alterados.»

(Ercilla. *La Araucana*, C. XIV);

«Y se mostraban los unos  
De hierro y sayo vestidos,  
Los otros *medio* desnudos.»

(El D. de Rivas. *El Fratricidio*);

«Leves mecían sus capullos rojos  
*Medio* dormidos en sus hojas bellas.»

(José Selgas. *La Alondra*);

«Con las galas de ayer en torno suyo,  
*Medio* marchitas ya, pero olorosas.»

(E. Echeverría. *Tucumán*);

«en pos de los ahorcados, *medio* comidos de los cuervos».

(Castelar, *Discurso Académico*, leído el 25 de Abril de 1880.)

109. El *Dic.* de la Acad. y los de Salvá, Barcia, Monlau, Toro y Gómez, etc., Cuervo (*Apunt.*, págs. 98 y 99) y otros



autores imponen el modo adverbial *en cierne*, así, con la terminación sing., de acuerdo con el uso que han concedido a esta locución Cervantes, Fr. Luis de León, Lope de Vega y otros escritores, así clásicos como modernos (entre éstos, D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán). Hoy, no sólo el vulgo, sino muchos de nuestros autores más nombrados, dicen comúnmente *en ciernes*, y me parece que no andan del todo descarriados, que, por lo menos, tienen a su favor el parecer del crítico Valbuena. (Véase *Fe de Erratas*, tomo II, pág. 129); y consta *en ciernes* en el *Dic. de la Leng. Cast.*, escrito por una sociedad de literatos, no muy escrupulosa, que digamos, en materia de buen decir.

\*  
\*  
\*

110. Habráse notado que vengo poniendo *sing.* por *singular* o *singulares*, indistintamente; y de igual manera otras abreviaciones. Preferirán algunos que se agregue una *s*, toda vez que se trata del número pl., y la verdad es que esta *s* podrá traer alguna ventaja cuando la construcción de la frase o la presencia del artículo no basta para colegir el número de la palabra abreviada, caso que rara vez llega a ocurrir. En cambio de esta ventaja, disfrázase la abreviación, ya que lo propio es que el punto sustituya a todas las letras finales que se omiten. Así como se añade esta *s* tendríase que poner la *n*, que expresa pl. en los verbos, y nadie lo hace.

La verdad es que ningún autor ha cuidado este simple detalle, minucia gramatical que no tiene mayor importancia.

Hay en la *Gram.* de la Acad. un capítulo dedicado a las *abreviaturas que más comúnmente se usan en cast.*; pero no se establece en él forma alguna respecto a la indicación del número; tan pronto se agrega la *s* (1) (v. gr., en *escs.*, abreviación de *escudos*), como se duplica la letra inicial (*V. V.* por *ustedes*; esta vez la inicial corresponde a la forma primitiva de este tra-

---

(1) Es ésta la forma más empleada en el *Dic.*



tamiento: *vuestra merced*), como se dejan las mismas letras para indicar sing. o pl. (*hect.*, por *hectárea* o *hectáreas*).

Para mostrar cómo abrevia Monlau, me bastará transcribir estos ejemplos del *Dic. Etim.*: «*Atender*. Del s. *attentum* salen *atento* y sus *d.*». «*Atestar*. Por atestiguar es el *atestari* de los *l.*». «*Atezar*. Se refieren algunos a la familia de teñir; y otros le *d.* de tizón.»

Lo que importa es que haya en la abreviación el mayor ahorro de letras compatible con la claridad. No veo el beneficio que ha podido obtener la Acad. al estampar en el *Dic. Danz.* por *danza*; *Chil.* por *Chile*; sustituir una letra por un punto, es abreviar por el gusto de abreviar; y, en cambio, tropiézase con otras abreviaciones en que, por el afán de suprimir letras, se deja a oscuras al lector; no cualquiera descubrirá que dice *volateria* donde está *vol.*, palabra que bien pudo ser presentada con todas sus letras desde que poco, muy poco, se repite en el cuerpo del *Dic.*

Advertiré, para terminar, que sólo he de agregar la *s* indicativa del pl. tal cual vez, especialmente cuando su omisión pueda ocasionar dudas o dificultades.

JUAN B. SELVA

Profesor en Dolores (República Argentina).

(Continuad.)



# LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA

## Y LA MODERNA SOCIOLOGIA OBJETIVA

---

Las «comodidades» intelectuales.—Literatura y sociología.—El «fenómeno social», las «leyes sociales», el «hecho social».—Conceptos y posibilidades de la sociología, de Comte, Spencer, Stuart Mill, Tarde, de Greef, de Roberty, etc.—El «hecho social» definido como «cosa»: escuela objetivista de Durkheim.—Lo ideal y real humano y social y la interpretación filosófica de la Historia.—La derivación de la práctica hacia los altos problemas filosóficos.—La parte empírica del hombre, según Kant.—La «experiencia» del idealismo trascendental y la observación positivista.

### I

Desde hace unas décadas se discute por precisar los fines científicos y el objeto de la sociología, sin que hasta hoy se haya obtenido una síntesis cierta, que sirva de convergencia para todas las construcciones de la ciencia social.

Después de la reacción contra el positivismo, la finalidad sociológica quedó como descolgada del árbol de la ciencia, y sólo la perseverancia y el ahinco en la ruta de algunos espíritus tenaces ha seguido vitalizándola.

La actividad mental—si no por la profundidad de visión, por la extensión,—dedicada al problema definitivo del valor de la sociología como ciencia, es enorme. Su enumeración analítica es labor de años, más que de fugaces atisbos. Y actualmente, en nuestro momento cultural, la síntesis se ha hecho más



laboriosa, más trabajosa. La frase «un momento de síntesis supone años de análisis», tiene una actualidad que quizá fuera preciso superar con alguna añadidura. ¿Cómo pretender síntesis duraderas y definitivas en unos instantes de labor de promiscuidad? Sólo resabios de una viciosa educación pueden pretenderlo, por torpes recelos de un formalismo estéril, en el siglo en que, aun las ciencias más percatadas de su certidumbre, sienten la necesidad de interrogadoras introspecciones. Participando de estas dubitaciones, un eminente matemático de nuestros días, Enrique Poincaré, ha afirmado que, aun las ciencias más orgullosas descansan sobre «comodidades intelectuales» (1). Si esto es, pues, en las ciencias de visión más cierta, ¿cómo no hacerlo extensivo a aquellas otras que no han pasado aún del período de ensayos y tanteos, de posibilidades lejanas, de posibilidades incompletas?

En ese estado de «comodidades», de nomenclatura técnica, se halla la sociología en el momento que abandona la filosofía de la historia y pretende traspasar los linderos del positivismo, el cual es la sustancia, la raíz de origen de las principales tentativas realizadas para constituir como ciencia la sociología, que, como luego veremos, tampoco en lo objetivo tiene una denominación definitiva (2).

Pero no son lo mismo las «comodidades» intelectuales en cuanto a hipótesis, en el camino de la verdad; en cuanto a conceptos del pensar, que las nomenclaturas sin sustancia, que apellidan de diversa manera—introduciendo desorden en el método de las ciencias y en lo categórico del conjunto de to-

---

(1) «Tel encore Agrippa; tel encore Sextus Epiricus si souvent critique de la science qui démontre, comme un peu, de nos jours M. Henry Poincaré, que toutes les sciences et même les plus orgueilleuses de leur certitude comme la mathématique et la géométrie reposent sur les des conventions et des «commodités intellectuelles.» Emilio Faguet: *Initiation philosophique*, 1912.

(2) Lo primordial de su actuación como ciencia lo incluye en el plano de sus realidades la interpretación filosófica de la Historia.



das ellas—cosas que tienen ya su lugar y clasificación en otras esferas del conocimiento. Con esta involucración se pretenden nuevas creaciones científicas, nuevos descubrimientos, que en realidad tenían ya existencia en el rango de otras ciencias, y cuyo estudio era materia de ellas. Puede ser ésta, a veces, necesidad de especializar un grupo determinado de fenómenos para hacer un estudio más intenso, por la imposibilidad material de someter su examen de detalle o de plano, en jerarquía descendente, al juicio de la ciencia que le sirve de fundamento. No advirtiéndolo, probablemente, sino lo que es mero adjetivo o externo en el lenguaje de Kant, a estas nomenclaturas quiso referirse, sin duda, William James, al incluir, con notoria irreflexión, entre estas nomenclaturas la terminología kantiana.

A todos los horizontes de la especulación científica se ha dirigido la ciencia social para sus construcciones y posibilidades. El material con que se ha levantado, corrientemente, toda construcción sociológica, ha sido el dato de la Historia en sus diversas especialidades: historia de las religiones, del derecho, de las costumbres; de las etapas decisivas de la humanidad; de los pueblos primitivos, prehistoria, etc., etc. El fundamento de su existencia científica, su explicación y conocimiento (1), tiene origen en la Historia, y es consubstancial a ella. La Historia, auxiliándose de la Lógica para su construir, con abstracciones de economía, estadística general y literatura, es la generadora de la documentación sociológica más utilizada y utilizable. Pero, para no interrumpir la cadena de ideas de este trabajo, aplacemos para luego la exposición y análisis del fenómeno social y la demostración de cómo deriva hacia los altos problemas de la razón.

La Historia se construye con el vivir colectivo e individual de la Humanidad; la literatura es la idealización interna y subjetiva de la Humanidad en lo individual y social. Conse-

---

(1) El problema del conocimiento en sociología lo remiten hoy con desdén la mayoría de los sociólogos a la metafísica social.



cuentemente, la Historia busca la alianza de la literatura para sus construcciones particulares, y aun la documentación dispersa para establecer y deducir hechos históricos, puede decirse, estirando un poco el concepto, que no es más que literatura. He aquí, pues, otro punto endeble de la sociología en su diferenciación de actividades dentro del espíritu humano para concretar su función, como toda ciencia, a un grupo de fenómenos.

Estudiemos el espíritu de una colectividad, de un pueblo, de una ciudad, de una sociedad homogénea y heterogénea, respecto a otras sociedades por medio de la «observación» (1), dicen algunos sociólogos. Pero, en lo actual impreciso, ¿qué es eso sino arte? Mas, para dar certidumbre a esta observación, es decir, al número de fenómenos repetidos en compás matemático, se recurre a la estadística, y la estadística, aplicada a los hechos sociales, exige una dimensión en el tiempo, y su adoctrinamiento y entendimiento exige, además, un juicio de esos fenómenos, y esto es filosofía e historia, y cuando sólo visión y observación real, es literatura con todos los grados y matices de escuela o de personalidad del artista.

Uno de los colaboradores del moderno socialismo, C. Bouglé, expresa así el nexo de su concepción científica de la ciencia social: «Soit une petite ville. Pour fixer les idées, appelons-la Saint-Pol. Supposons que je l'habite et que j'y veuille pratiquer la science à la mode: quelles perspectives Saint-Pol offre-t-elle à les yeux de sociologue?

Faisons un rapide «tour de ville», nous percevons déjà entre les habitants comme un air de famille, par exemple des façons analogues de traîner la voix en parlant. Entrons en conversation avec l'un et avec l'autre, avec Jean et avec Pierre; des parentes se trahiront non pas seulement entre leurs accents, mais entre leurs sentiments: une même admiration de

---

(1) Luego veremos la relación de similitud que existe entre la «observación» positivista y la «experiencia» del idealismo trascendental.



leur cathedrale, de leur bassin à flot, une même jalousie à l'égard de Saint-Martin, la ville rivale, et à l'égard du Parisien, ce même mélange singulier de mépris et de respect. Faisons nos visites d'arrivée aux vieilles familles du pays: au milieu du coq-à-l'âne des conversations, nous pourrons saisir un même culte ou une même torreur des mêmes idées, une curiosité des mêmes détails—insinuations analogues, indignations parentes, silences aux mêmes endroit.—C'est l'esprit «Saint-Polais» qui nous apparaît. En un mot, nous aurons vite fait de sentir, au contact des individus, l'unité de la ville: cete ensemble de traits communs á ses habitants, qui la distingue des autres villes, nous pourrons l'étudier à part: ce sera déjà faire oeuvre de sociologue» (1).

¿No es esta aprehensión del espíritu colectivo psicología literaria? Y la fuerza dinámica de la muchedumbre, moviendo al individuo con una suplantación de voluntad, que sustituye a la voluntad individual, ¿no es pura antimonia? Con esa fuerza misteriosa de una voluntad ajena a las conciencias que en comunidad forman la muchedumbre, se establece una irreducibilidad inconciliable entre lo social y lo ideal.

Si parafraseamos la consecuencia que para su descripción pretende el Sr. Bouglé, nos hallamos ante dos abstracciones no diferenciales: la voluntad en dos mitades: la voluntad social y la voluntad individual puestas en relación como un cuerpo químico de nuestro planeta en contraste con otro cuerpo químico no imaginado ni conocido, o de otra sensibilidad que la sensibilidad humana.

Hay otro género de dato sociológico: las crónicas e historias de viajes a países exóticos, inexplorados, y a los pueblos salvajes, cuya similitud y contraste en algunas reglas, es material para la dialéctica sociológica. Esta sociología es a veces materia novelable, muy literaria y otras historia de las costumbres de pueblos que es dudoso equiparar a la Humanidad

---

(1) C. Bouglé: *Qu'est-ce que la sociologie?* (1910).



civilizada por la misma distancia de tiempo que, cuando menos, nos muestra en sí misma, de manera fehaciente, una diferencia fatal de velocidad de evolución entre ellos y los pueblos civilizados. Por otra parte, las relaciones psico-fisiológicas y espirituales que permiten coordinar analogías entre su estado actual y el de la Humanidad primitiva, sólo pueden ser teóricas.

A esta opinión sobre la utilidad de la literatura como dato científico, se adscribe Augusto Comte en su interpretación histórica de la Humanidad de los tres estados: teológico, metafísico y positivo (1).

Ahora bien; la literatura, para sus actuaciones, no necesita ajustarse a las equivalencias de precisión, longitud, magnitud y cantidad de la ciencia. Le basta con no traspasar el plano de lo que no es, de cero menos cero. La literatura puede elaborar sus combinaciones en la fantasía, en la imaginación, es decir, en la sensibilidad de la intuición empírica, independientemente del entendimiento. Luego la sociología, al confundirse con la literatura, penetra en un recinto donde le es

---

(1) «Les opinions littéraires — dice — peuvent offrir, convenablement analysées un reflet fidèle et instructif de l'état général de l'esprit humain à chaque époque, je crois convenable d'indiquer ici, comme une utile vérification nouvelle de cette inconséquence caractéristique des partis actuels, la correspondance directement contradictoire que l'on peut observer entre les deux camps opposés en littérature et en politique. Chacun se souvient que le romantisme s'introduisit en France, dès le commencement de ce siècle, sous les auspices de l'école catholico-féodale, qui se fit longtemps une sorte d'obligation de parti de preconiser les plus monstrueuses aberrations des novateurs littéraires; tandis que l'école révolutionnaire, défendant, au contraire, avec ardeur la vieille légitimité classique, tenta même plus d'une fois de la placer sous la ridicule protection de règlements officiels.» Augusto Comte. *Cours de Philosophie positive*, página 18, tomo IV. (Edición Schleicher.) Nótese que Comte habla de la literatura, no ya como intérprete del espíritu colectivo, sino que, ampliando el concepto, concede a la opinión literaria el valor de un reflejo «fiel e instructivo».



fácil cristalizar en lucubración pseudocientífica, del cual, los espíritus veraces que aspiren a cultivarla, que se preocupen de su suerte, han de tener interés en alejarla.

Como decíamos antes, las conciencias individuales se dan en la conciencia social, y sólo con un símil material sobre combinación de substancias químicas puede fundamentarse el estudio del fenómeno social, estableciendo una separación de dos voluntades; pero ¿es lícito, es posible equiparar los hechos sociales a materias químicas? Porque el empleo de los símiles para la demostración de proposiciones es peligroso y engañoso, puesto que se reduce a poner ante nuestros ojos, no lo verdadero, sino lo que se le parece; lo cual no es idéntico, es decir, no es lo mismo; no es la valoración exacta de lo examinado, sino parcialmente.

El hecho social escueto lo registra la Historia, cuyo juicio pertenece a la Filosofía. Pero, circunscribiéndonos al orden cronológico de este trabajo, ¿qué es el hecho social?

La respuesta a esta interrogación supone definir el ser de la sociología. De ella depende su dirección científica. Apla-  
cemos un instante el penetrar en su significación para orde-  
nar, de pasada, las principales definiciones y categorías del  
hecho social, del fenómeno social (tampoco en esto hay sufi-  
ciente precisión) y las clasificaciones y ordenaciones de escue-  
la. Ya el Sr. Azcárate, haciendo notar, en 1891, ante la Acade-  
mia de Ciencias Morales y Políticas, la abundancia de defini-  
ciones, enumeraba las siguientes: Carey, Clement, Valras,  
Gabba y Fouillée (Ciencia social); Carle (Filosofía social); Ro-  
berty (Filosofía sociológica); Quetelet (Física social); Cataldo  
y Jannelii (Ciencia de las cosas humanas); Ramagnosi (Filoso-  
fía y Fisiología política); Courcelle-Ganeuil (Patología) (1). \*

(1) Y añadía: «Lo de menos sería esta divergencia, si no hubiera otra más grave respecto al objeto propio de esta ciencia, y consiguientemente, de sus límites y sus relaciones con las afines. En efecto, diez definiciones nada menos recuerda Vanni, cuidando de añadir que no son todas las



La sociología precisa responderse a sí misma, en soliloquio, a esta interrogación: ¿qué conozco yo? Es decir, ¿de dónde me viene la ciencia, y cuál es mi ciencia? La mayoría de

que pueden registrarse. > Gumersindo de Azcárate: *Concepto de la Sociología*.

\* Como no es nuestro objeto historiar las tentativas realizadas para constituir como ciencia la sociología, sino enumerar en rápida síntesis lo esencial de sus tendencias más importantes; en la imposibilidad de analizar y exponer con la necesaria amplitud tan extenso y profuso doctrinal, incluimos, a título de información en esta nota, el curioso esquema de conexiones de la sociología con otras ciencias, trazado por el Sr. Leon Gerin en la revista *La Ciencia Social*, de París. He aquí el esquema:

«Les theries empruntées a Geographie phisique: Aristote, Montesquieu, etc.; l'antropo-geographie de Ratzel.»

«L'analogie biologique et la sociologie evolutioniste de Spencer; l'ecole biologique: Spencer, Huxley, en Angleterre; Schafle, en Autriche; Lillienfeld et Novicow, en Russie; Worms et même Fouillée, en France; de Greef, en Belgique.»

«L'ancienne antropologie transformiste et evolutioniste, Geoffroy Saint-Hilaire, Darwin, Huxley, Broca, Galton.»

«Le folk-lore de Tylor, l'archeologie préhistorique de Boucher de Perthes, Laret, Mortillet; la sociologie antropologique et ethnographique, de Létourneau.»

«L'antropologie criminelle, de Lombroso; l'«Eugeniss», de Galton; La sociologie selectioniste; en France, Gobineau, Lapouge; en Allemagne, Ammon, Woltmann; en Angleterre, Chamberlain; aux Etats-Units, Clossow; La sociologie ethnique, de Gumpłowicz.»

«La conception theologico-morale, chez les anciens; chez les modernes, les Pères de l'Eglise, S. Agustin, S. Thomas d'Aquin, Bossuet, de Maistre, de Bonald; l'economie sociale dite catholique; les polemiques religieuses.»

«La conception politico-juridique, les constitutions de Sparte et d'Athenes; la *République*, de Platon; la *Politique*, d'Aristote; la *Republique*, de Cicerón; le *droit romain*.»

«Le *Prince*, de Machiavel; la *Republique*, de Bodin; Protius et Pufendorf; Hobbes et Locke; Montesquieu, Beccaria, Bentham.»

«La sciencie politique moderne; Moeser, Hegel, Savigni, Eihonn, Ratzenhofer, Jallinek, en Allemagne; Von Haller, Bluntrechuli, en Suisse; de Perine, Pradier-Foderé, Paul Janet, Paul Leroy-Beaulieu, en France;

E. M.—Febrero 1914.



los sociólogos, prescindiendo de toda crítica, practicando un positivismo intuitivo, inconsciente, eluden esta interrogación por *metafísica*, o la colocan aparte del círculo de sus especula-

Gumpłowicz, en Autriche; Seeley et Lindgwick, en Angleterre; Woolsey, aux États-Unis.»

«La philosophie du droit, Stahl, Post Ahnous, Tonnies, Bergbohm, Stintzing et Von Jhring, en Allemagne; Emile Durkheim, en France.»

«La Philosophie de l'histoire, Vico, Herder; Histoire des civilisations, Buckle; la *Nouvelle Atlantide*, Bacon; la *Cité du Soleil*, Campanella.»

«Le mouvement historique: Sismondi, Guizot, Thierry, Tocqueville, Quinet, Michelet, Taine, Fustel, Boissier, chez les français; Gibbon, Macaulay, Green, Gardinier, Thorold-Rogers, Prescott, Boncraff, chez les anglais; Humbolt, Niebuhr, Grimm, etc., chez les allemands.»

«La Philosophie naturaliste, de Rousseau; la Philosophie positiviste, de Comte.»

«La conception économique de la vie sociale dérivée du grand commerce et du grand atelier comme la conception politico-juridique, des pouvoirs publiques; les «cameralistes», en Allemagne; les «physiocrates», en France; James Stewart, Adam Smith, puis Ricardo et Malthus, en Angleterre; l'école socio-historique allemande, Stein, Roscher, Hildebrand, Knies; les debuts du psychologisme avec Stuart Mill; l'école deductive autrichienne, Menger, Wieser, Sax, Bohem-Baiwerk; Jevons, Sidgwick, Marchall, en Angleterre; Wagner, en Allemagne.»

«La conception psychologique, d'une part, se rattache à la serie des conceptions proprement scientifiques esquissées au debut (mathematique, physico-mecanique, biologie, anthropologie), et de l'autre, confine à la metaphysique. Ses commencements, avec Locke, Condillac et les philosophes sensualistes. Elle devient objective et experimentale avec Fechner et Wundt.»

«Son côté faibee, sou caractère especulatif. La psychologie appliquée aux études sociales, ses variations. Taine, Ward, Gumpłowicz, Giddings, Smal, Baldwin, etc. Gabriel Tarde, en France.»

«La réaction contre le psychologisme: Patteu aux État-Unis; Durkheim, en France.»

«Definition de l'objet de la science sociale, donnée en 1885, par Henry de Tourville: et mise en œuvre depuis par l'école de la science sociale.»

«Leon Gerin: *Aperçu d'un enseignement de la Science Sociale: L'objet*, en la Revista *La Science Sociale*. (Paris, Abril 1912.)»

A continuación relaciona el objetivismo de Le Play y Tourville, con lo



ciones. Y aquí es donde se hace necesaria una enumeración serial de los principales conceptos de escuela y tendencia sociológica, porque la sociología materialista es como aire sin espacio.

Según Comte, el verdadero fundador de la sociología fue Aristóteles, en su *Política* (1).

Después de Aristóteles, es Montesquieu, quien en sus *Esprit des Lois*, realiza uno de los más serios esfuerzos sociológicos—según Comte,—por «su tendencia a considerar los fenómenos políticos cual leyes naturales, tan necesariamente invariables como cualesquiera otros fenómenos». Por otra parte, Montesquieu es el teorizador de la influencia social y política del clima, como causa preponderante, en la determinación de los fenómenos sociales, o, si se quiere, en los caracteres políticos de las sociedades.

Posteriormente a Montesquieu Condorcet es—siempre según Comte—el continuador de la obra sociológica en su *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humaine*. Condorcet es influido por el sabio Turgot, cuyos bosquejos, de una teoría general de la perfectibilidad humana, preparan indudablemente el pensamiento de Condorcet para su noción científica primordial, de la progresión social de humanidad.

Con estos antecedentes se encuentra Comte en el momento que va a dar cima a su corolario de filosofía positiva, la Física social o sociología (2).

los sistemas de Durkheim, Simmel y la escuela psycho-sociológica norteamericana.

(1) «No debo abstenerme de mencionar primero el nombre de Aristóteles—escribe,—cuya memorable *Política* constituye, sin duda, una de las más eminentes producciones de la antigüedad, la cual, además, ha proporcionado hasta hoy el tipo general de la mayor parte de los trabajos ulteriores sobre el mismo asunto.» (*Cours de Philosophie positive*, tomo II, pág. 126.)

(2) Me creo en el deber—escribe—de *aventurar*, desde el presente, este término nuevo, exactamente equivalente a mi expresión, ya adoptada, de *física social*, a fin de poder designar con una única palabra esta parte



Ahora bien, ¿qué es para Comte el fenómeno social, la ley social? ¿Qué el conocimiento?

He aquí, sintéticamente expresado, su concepto filosófico: la Filosofía es el sistema de la concepción general, de la concepción humana y empírica, que coordina en ideas, e inmediatamente en teorías, los hechos observados (1).

Es decir, que en la ciencia social este conocer ha de producir, consecuentemente, el apriorismo inconexo de la mayoría de los sociólogos objetivistas.

A Stuart Mill se debe esta otra síntesis (2) del doctrinal de Comte: «Le doctrine fondamentale d'une philosophie véritable, d'après M. Comte, aussi bien que le caractère par lequel il définit la Philosophie positive, se peuvent résumer de la façon suivante: — Nous ne connaissons rien que des Phénomènes; et la connaissance que nous avons des phénomènes est réduite, et non absolue. Nous ne connaissons ni l'essence ni le mode réel de production, d'aucun fait: nous ne connaissons que les rapports de succession ou de similitud des faits les uns avec les autres. Les rapports sont constantes, c'est-à-dire toujours les mêmes dans les mêmes circonstances. Les semblances constantes qui les unissent ensemble à titre d'antecedents et de conséquents, sont ce qu'on appelle leurs lois. Les lois des phénomènes sont tout ce que nous savons d'eux. Leur nature essentielle et leurs causes ultimes, soit efficientes, soit finales, nous sont inconnues et restent pour nous impénétrables» (3).

Es decir, que la «ley» constitúyenla los fenómenos, que

---

complementaria de la filosofía natural, que se relaciona con el estudio positivo del conjunto de causas fundamentales propias a los fenómenos sociales.» *Ib.*, *id.*, pág. 137.

(1) Véase *Cours de Philosophie positive*.

(2) «Auguste Comte et le positivisme», por Stuart Mill, pág. 6 (traducción francesa de Clemenceau).

(3) Augusto Comte califica de infantil curiosidad el conocimiento de las causas primeras y finales, incluyendo entre ellas, en involucración de conceptos, el problema del conocimiento, lo cual no es lo mismo.



son lo único cognoscible. Por tanto, en lo social los fenómenos son los hechos, o sea la dinámica del espíritu humano en el tiempo. Pero he aquí cómo se comienza a advertir la necesidad de elevar el problema a cimas más altas, y de preguntarse entonces: ¿qué es el fenómeno y cómo le conocemos? ¿Qué cosa sea la observación y la idea?

En este punto se quiebra la lógica positivista, y sólo por una repetición de fenómenos en determinado tiempo, o sea por probabilidad de probabilidades, por cantidad mayor de probabilidades observadas en determinado espacio, fúndase la «ley» social positivista y su corolario, la sociología.

Stuart Mill ensancha su concepto filosófico y reclama para él más amplio espacio. Stuart Mill entiende por filosofía, «siguiendo a los antiguos, que daban a esta palabra el significado del conocimiento científico del Hombre, como sér intelectual, moral y social, puesto que sus facultades intelectuales comprenden su facultad de conocer en tanto que ésta se relaciona con su modo de conocer: en otros términos, toda la doctrina de las condiciones del conocimiento humano» (1).

El «modo de conocer» no rige, pues, en la valoración cognoscitiva de Comte. Comte no conoce sino los fenómenos, y sólo con los fenómenos, sin otra posibilidad más profunda, emprende la construcción de la Física social, y el sistema de una filosofía cuya exacta valoración no es más que una interpretación filosófica de la Historia (2).

Así, el hecho social es elaborado por un generador teórico, el progreso. Luego el *hecho social* es el resultante de los actos humanos, del dinamismo de la humanidad en el tiempo. Pero sin progreso no es posible, por tanto, el fenómeno comtista.

Como los fenómenos son la materia cognoscible de este

---

(1) Ib., id. «Auguste Comte et le positivisme.»

(2) «El fenómeno social, concebido en su totalidad, en el fondo, no es más que un simple desenvolvimiento o desarrollo de la humanidad.» *Cours de Philosophie positive*, t. IV, pág. 333.



positivismo, y éstos se dan en «la realidad observada», consecuentemente, el fenómeno en lo social es el hecho, cuya regla es la ley natural (1).

En esta posición de considerar la fenomenología social como «hecho», no hay otro medio de conocimiento que «la observación». La observación, fecunda es en lo que es exclusivamente pesadez y extensión, en nuestras sensaciones; en el terreno abstracto y especulativo, es opuesta a la verdadera naturaleza del pensar. La fuerza del sociologismo de Comte y de Spencer radica en dos teorías (2): teoría de la evolución y teoría del progreso. Si suprimimos estas dos teorías en las concepciones de ambos pensadores, habremos suprimido proba-

(1) «La seule pensée d'une prévision rationnelle suppose donc, avant tout, que l'esprit humain a définitivement abandonnée, en philosophie politique, la région des idéalités métaphysiques, pour s'établir à jamais sur le terrain des réalités observées par une systématique subordination, directe et continue, de l'imagination à l'observation; elle exige, avec un autorité non moins évidente, que les conceptions politiques cessent d'être absolues pour devenir constamment relatives à l'état régulièrement variable de la civilisation humaine, afin que les théories, pouvant toujours suivre le cours naturel des faits, permettent de les prévoir réellement.» *Cours de Philosophie positive*, t. IV, pág. 165.

«Tout le principe philosophique d'un tel esprit se réduisant nécessairement, d'après les explications précédentes, à concevoir toujours les phénomènes sociaux comme inévitablement assujettis à inevitables lois naturelles, comportant régulièrement une prévision rationnelle.» *Ib.*, *id.*, página 167.

Así, según Comte, el positivismo es una filosofía natural. ¿Y qué es una filosofía natural? La filosofía no puede ser cosa contraria a lo natural. La diversificación, natural y artificial, sólo puede ser usada en suplantación de cosas prácticas o en lo empírico. En filosofía, natural será lo verdadero; artificial, la falsedad. Luego el empleo de este término: natural, añadido a la filosofía, es opuesto al espíritu de la filosofía.

(2) «La volumineuse sociologie de M. Spencer n'a guère d'autre objet que de montrer comment la loi de l'évolution universelle s'applique aux sociétés.» *Las reglas de la méthode sociologique*, G. Durkheim, pág. 2. Estas líneas muestran el desdén de la escuela objetivista por sus legítimos predecesores, a quienes es deudora del motivo suscitador y fundamental.



blemente la totalidad de su construcción de la historia de la humanidad, y entonces sí que, en verdad, sólo quedaría el hecho inerte como cosa, como pretende, en su empirismo, el espíritu positivo, hoy más objetivado por el mecanicismo de la escuela Durkheim. Y todavía es probable que el «hecho» como cosa nos faltara; porque, ¿cómo verle ascender y descender y formarse, sino por la idea, ya de progreso, ya de evolución; de simultaneidad y reciprocidad, de diferenciación—evolución, de lo homogéneo a lo heterogéneo,—y de asimilación—evolución de lo heterogéneo a lo homogéneo? (1).

A pesar de su dialéctica, la conclusión que se infiere de la teoría spenceriana de un dinamismo social a impulsos de los sentimientos, es que fenómeno y sentimiento son una misma cosa. Si lo que obtiene como primordial la experiencia del observador de los hechos sociales, son los sentimientos gobernando el mundo; por tanto, ellos constituyen el fenómeno, aunque el propio Spencer pretende, de manera incierta y mística, como *Phatos*, ampliar el concepto de sociología con la expresión «fenomenología social» (2).

(1) La diversidad de opiniones en la materia es muy varia; no todos los sociólogos llegan al empirismo absoluto. «Suivant nous, il est impossible de bannir de la Sociologie le facteur *idée*», escribe M. Palante. *Precis de Sociologie*, pág. 167.

(2) «Les idées ne gouvernent ni ne bouleversent le monde; le monde est gouverné ou bouleversé par les sentiments, auxquels les idées servent de guides. Le mécanisme sociale ne repose pas, en fin de compte, sur les croyances, mais presque entièrement sur le caractère. Ce n'est pas l'anarchie intellectuelle, c'est l'antagonisme moral qui est la cause des crises politiques. Tous les phénomènes sociaux sont produits par l'ensemble des émotions et des croyances humaines; les émotions étant principalement *pré-déterminées*, et les croyances *post-déterminées*. Des idées totalement étrangères à cet état social ne peuvent pas s'y développer, et si on les y a introduites du dehors, ne peuvent pas se faire accepter.

»Les appetits des hommes sont surtout une chose dont ils héritent, mais leurs croyances sont surtout une chose acquise, et dependent des conditions de milieu, et les conditions de milieu les plus importantes dependent de l'état social qu'ont produit les appetits prédominants. L'état



El orden esquemático de este trabajo no me permite examinar ahora el problema de lo real e ideal, de lo inteligente y lo práctico.

Stuart Mill reviste sus construcciones de una ciencia social de otras posibilidades más armónicas, más próximas a la verdadera naturaleza del espíritu científico.

Menos rectilíneo, más susceptible de internas inquietudes por la magnitud del conocer, disiente del positivismo de Comte en lo que deriva hacia la raíz de las cosas, quizá porque halla insuficientes los datos del historicismo de Comte para desentenderse de toda esencia filosófica. Antes de postular, se formula interrogaciones de más próximo enlace con el espíritu de la ciencia.—¿Qué es la substancia? ¿qué el fenómeno? ¿Existe una realidad concreta, exterior al sér humano?—se pregunta.

Para Stuart Mill, la sensación es el fenómeno, y el mundo exterior la posibilidad de las sensaciones. Es, pues, el sensualismo de Stuart Mill una posibilidad menos imposible para la explicación de los problemas fundamentales de la posibilidad de una ciencia social, si la escuela positivista no se resistiera por anticipado, *a priori*, a un análisis y una investigación de este género, a pretexto de su no utilidad, de su no positivismo.

La naturaleza del fenómeno y los problemas primarios son,

---

social est, a quelque époque que ce soit, la resultante de toutes les ambitions, de tous les intérêts personnels, de toutes les craintes, vénération, indignations, sympathies, etc., des ancêtres, aussi que des citoyens existants. Des idées qui ont cours dans cet état social doivent, de toute nécessité, être conformes, en moyenne, à l'état social que ces sentiments ont produit. Des idées totalement étrangères à cet état social ne peuvent pas s'y développer, et si on les y a introduites du dehors, ne peuvent pas se faire accepter ou, si on les a acceptées, meurent quand vient à finir la phase temporaire de sentiment qui les avait fait accueillir. Aussi, quoique les idées avancées, une fois établies, agissent sur la société et aident à son progrès ultérieur, cependant l'établissement de pareilles idées dépend de l'aptitude de la société à les recevoir.» Spencer: *La clasificación de las Ciencias*.



para la mayoría de los sociólogos, cuestión de metafísica social. Sin embargo, no se arriesgan a negar a esta metafísica un lugar entre las ciencias. Satisfáceles, sí, desentenderse orgullosamente de estas inoportunas cuestiones, turbadoras de la observación empírica, remitiendo las interrogaciones de este substancial entender a una metafísica que subrayan.

Durkheim, el representante del objetivismo observacionista en Francia, escribe a este propósito en *El año sociológico*: «Ce n'est pas que nous songions à nier l'existence d'une sociologie générale qui serait comme la partie philosophique de notre science; nous reconnaissons même que la sociologie, à ses débuts, ne pouvait pas avoir d'autres caractères. Mais le moment est venu pour elle de sortir de ces généralités et de se spécialiser» (1).

Estas definiciones, que tienden a diferenciarse en lo más lejano para aproximarse en otros puntos, estableciendo así una especie de alineación que su curva a cada instante en zig-zag, presentan todos los caracteres de una dispersión de conceptos en lo conexo e inconexo de la idea originaria: la vida social.

Hemos enumerado hasta el presente, como definiciones de la ciencia de las sociedades: una fenomenología de la Historia, de Comte; es decir, una filosofía natural; una sociología evolucionista, biológica, de Spencer; el sensualismo, de Stuart Mill, y entre los modernísimos glosadores de la sociología, la literatura objetivista, del Sr. Bouglé, que entronca con el mecanicismo del Sr. Durkheim, y la psicología social, un poco idea-

(1) Preceden las anteriores líneas estas otras: «Quand, comme il arrive encore trop souvent, on ne voit dans la sociologie qu'une discipline purement philosophique, une métaphysique des sciences sociales.» «L'année sociologique» (1897).

«D'abord—dice otro autor—il faut distinguer soigneusement la Sociologie de la Métaphysique social.» G. Palante. Obra citada, pág. 10.

He aquí cómo divide el Sr. Palante el estudio de la filosofía social: «1.º, comment les sociétés se forment; 2.º, comment elles se maintiennent; 3.º, comment elles évoluent; 4.º, comment elles se désagrègent et meurent.» Ib., id., pág. 29.



lista, de M. Palante, el cual, robusteciendo y acentuando sus tendencias psicológicas, escribe: «A nos yeux, la Sociologie n'est autre chose que la Psychologie social. Et nous entendons par Psychologie sociale la science qui étudie la mentalité des unités rapprochées par la vie sociale» (1).

Entre las teorías de conexión con la sociología concreta que deben ser incluídas en la metafísica social, sociología general o filosofía sociológica, merecen citarse, en somera enumeración, por su valor informativo, la teoría de M. de Roberty sobre el *psiquismo* social, y la de M. Izoulet, para el cual el fenómeno generador de las sociedades es la *pymbosis* o solidaridad orgánica. Es decir, que De Roberty puede ser incluído entre los monistas, e Izoulet entre los sociólogos que creen que la solidaridad se funda en la cooperación y en la división del trabajo social, cuyo primer ensayista teórico fue Adam Smith (2).

Lo teórico-ideal (*metafísico*) en lo social tiene más trascendencia de la que quiere otorgarle el objetivismo inconexo. De la idea primaria en la concepción de la Humanidad o de la Sociedad, dependen los fines que hayan de asignarse a la parte del todo de su ciencia. Esto resulta ser, en consecuencia, el objetivismo sociológico, sin la parte filosófica de su cientificismo. No se explica, en verdad, cómo puede colocarse en segundo término, cubriéndola cuidadosamente con un velo, la parte central de una ciencia. Precisamente, ello expone a la sociología a privarse del órgano supuesto en función generadora de

---

(1) G. Palante: *Obra citada*, pág. 3.

Lo concreto de este trabajo no nos permite incursionar en la Psicología de los pueblos, de Lazarus y Steinthal; Psicología colectiva, de Rossi; Psicología de las muchedumbres, de Le Bon, y otras derivaciones sociológicas, unas hacia la economía, como Simmel; a la ciencia moral, Wagner; a la Filosofía del Derecho, Ihering.

(2) Adam Smith es también el creador de la expresión. Así lo reconoce el Sr. Durkheim en su obra *De la división du travail social*.



lo racional: la cabeza (1). Es como si quisiéramos navegar en el aire, no en aerostato, sino con alguna de las estancias de un edificio con base en tierra firme.

Lo general siempre será un origen, cuyas partes necesitarán afirmarse en lo total; pero es que, además, esta parte concreta de lo sociológico, para obtener carta de naturaleza y procurar nuevas síntesis de los fenómenos sociales, demanda auxilio a elementos de otras ciencias para combinarlas.

Así, las leyes de la imitación, de Tarde, son generadoras de todo un sistema social y psicológico, que explica la evolución social por simultaneidad o psicologismo reproductivo, ingenioso sistema que enraíza por paralelismo con la teoría de la conservación de la especie.

De la imitación se obtiene al revés el múltiple corolario de «el hecho social», «la sanción o presión social», «la evolución social» (2).

Un psicólogo, William James, corrobora la teoría de Tarde sobre las leyes de la imitación: «Cada uno de nosotros es lo que es—dice,—exclusivamente por su espíritu de imitación. Conseguimos la conciencia de lo que somos imitando a los demás: lo primero es la conciencia de lo que son los otros, y el

---

(1) M. Durkheim remite a la Filosofía el estudio de los problemas críticos y fundamentales. Para ello crea su teoría sobre «el hecho social como cosa». Ello sería de inestimable buen sentido, si por anticipado no destituyera de toda eficacia a la metafísica social, y redujera la sociología objetiva a reducida expresión.

(2) El Sr. Durkheim sostiene que lo social no es la imitación por la imitación, sino que se imita porque lo imitado es social.

«Las teorías sociales que invocan factores propiamente psicológicos, son las teorías de Rousseau (el «Contrato»), de M. Giddings, de M. Tarde y de M. Mazel.» G. Palante. *Obra citada*, pág. 57.

Por no extender más esta nota, no incluimos en ella la interesante refutación de Tarde, por M. Durkheim. Véase *Les règles de la méthode sociologique*, pág. 16.



sentido del yo se desenvuelve según los modelos que encuentra» (1).

Para De Greef, la sociología es igualmente la contemplación de un grupo de fenómenos sociales. La inducción, según De Greef, es el único medio posible de hacer científico el estudio de la realidad. «Definida la filosofía positiva en general—dice,—podemos definir igualmente la ciencia de su conocimiento, la sociología, como la filosofía general de las ciencias sociales particulares.» «La comprobación de los fenómenos, de sus relaciones y de sus leyes tiene un origen único: la observación. No hay otro método científico» (2).

(1) William James. *Los Ideales de la vida*.

Las ideas de W. James no siempre resisten el severo análisis de la ciencia; sin embargo, hay en casi todos sus escritos un encanto literario de primer orden y una sutilísima sagacidad. A este propósito de la imitación, en otra página de la obra citada, escribe: «Bagehot, primero; después, Tarde, y entre nosotros, Royce y Baldwin, han demostrado que, en conjunto, el invento y la imitación forman la urdimbre o tejido de la vida humana en lo que ésta tiene de social. La hipertensión, la nerviosidad, la respiración corta y la abundancia de expresión de los americanos son, en primer término, fenómenos sociales y sólo secundariamente fenómenos fisiológicos. Son malas costumbres, ni más ni menos.» W. James: *Los Ideales de la vida*.

Por los motivos ya aducidos no podemos llevar nuestra investigación hasta el examen de la célebre obra de Bagehot, *Leyes científicas del desarrollo de las naciones*, lo que hacemos extensivo al doctrinal de Baldwin.

(2) G. de Greef: *Las leyes sociológicas*. Lo mismo que los naturalistas, de Greef completa su pensamiento acerca del método, parafraseando «observación» por «método experimental»: «Este procedimiento—añade—es el método experimental, el cual mostrándonos que, en efecto, las mismas condiciones producen de un modo invariable idéntico fenómeno, nos proporcionan la mejor demostración práctica de lo que conviene entender por relación, determinismo y ley. Así, el determinismo, en física y química, significa que al crear de nuevo las mismas condiciones, vuelve a crearse siempre el mismo fenómeno, según una relación necesaria, o que, eliminando algunas de esas condiciones nuevas, se obtienen igualmente, según una relación necesaria y constante, ciertas variaciones correspondientes.» Ib., id. *Obra citada*.



La disparidad en la definición del concepto sociológico es casi unánime, y, al contrario, este desacuerdo en la definición tórnase en coincidencia en el procedimiento filosófico de método.

Sin penetrar en lo trascendental de la experiencia del idealismo, la mayoría de los pensadores del positivismo activo se obstinan en una experiencia limitada por el antropocentrismo, que es empirismo materialista, que se disuade a sí mismo de la inutilidad de todo *a priori*, que acaso haga posible «la verdadera experiencia».

Los motivos para la definición de «el fenómeno social», las leyes sociales», «el hecho social», «la formación, desarrollo y evolución de las sociedades», «nacimiento y disolución de los pueblos», «su florecimiento y decadencia» han sido explicadas, pues, según vemos, de diversas maneras. Hay en este macizo teórico opiniones para todas las discrepancias. Lo ingenioso es muy frecuente (1). Así, la obra de Gobineau sobre la desigualdad en las razas humanas, y las movedizas conclusiones de la antroposociología, han sido utilizadas frecuentemente como materia irrefutable.

Para el análisis de la sociología objetiva ha sido necesaria la rápida y somera enumeración de lo más esencial de las teorías sociológicas. Así, los elementos de juicio estarán cronológicamente más en armonía con un examen metódico. Nuestra idea central es ésta: La sociología objetiva no conoce más que «hechos» como fenómenos, y estos «hechos» quiere estudiarlos y tratarlos, según la expresión francesa, como «cosas». Nuestra antítesis es que los hechos son representaciones e ideas, y que son, además, fenómenos, y que la naturaleza del hecho social, en estrecha conexión con las facultades del espíritu, no

---

(1) Comte, relacionándola con su interpretación filosófica de la Historia, analiza, en *Cours de Philosophie positive*, la ingeniosa teoría de Leroy sobre el tedio, como uno de los principales móviles del desarrollo social.



permite considerarlo como cosa, sino a riesgo de cometer una involuación que desnaturalizaría su autenticidad. El hombre no puede ser estudiado como cosa, como objeto sin sujeto. Tampoco puede serlo la Humanidad en su espiritualidad, como anestesiada y cloroformizada y horra de sensibilidad. Consecuentemente, sólo la Filosofía de la Historia puede dar un juicio sobre la marcha del espíritu humano en el tiempo, y sólo la experimentación monográfica y de detalle puede suscitar y hacer posible una ciencia sobre lo que haya de empírico en las restas del dinamismo humano, cuyo estudio lo completan elementos de distintas ciencias, como economía, historia, historia de las costumbres, de las religiones, antropología, fisiología, biología, prehistoria, etc., etc.

Esto no quiere decir que, en el transcurso del tiempo, el descubrimiento de otras leyes, cuya relación sea idéntica, muestre horizontes por donde quizá sea posible emprender más seguro camino.

Por otra parte, no sería difícil, al medir ciertas afinidades—sin que ello sea incurrir en eclecticismo,—hallar una similitud y una semejanza entre la experiencia trascendental y la *observación* positivista; únicamente que la primera no se encuentra como desprendida de lo central del conocimiento, y llega a sus conclusiones de una experiencia posible de manera segura y lógica, haciendo posible la continuidad de la experiencia científica, en tanto que la otra, más orgullosa, pero más frágil, pretende que nada conoce ni le es posible conocer fuera de lo empírico, y desnaturaliza así la base científica del entendimiento y de la razón—que es como su punto de apoyo,—y hace imposible una continuidad futura en los problemas del conocimiento.

No es necesario para el análisis del fenómeno social escueto y su derivación ideal hacia los altos problemas del conocimiento, formular ahora una nueva teoría del «hecho social» en sí, y refutar, por tanto, los errores en que hubieren incurrido los autores de otras fórmulas del mismo problema.



Lo real es dado en la práctica y en la costumbre. Explicar, por ejemplo, el hecho social por la imitación, no es más que una equivalencia de la dimensión de una cosa en la conciencia individual, servida por la sensibilidad de lo instintivo, equivalente al sér humano, o sea, lo que se le parece. Explicar, igualmente, el hecho social por la «presión», es también una equivalencia. El sér humano no rebasa lo normal, sino en las cosas singulares, es decir, anormales. Por tanto, la presión y la imitación como teorías del hecho social no son ciertas sino en grado y relatividad. Como leyes absolutas e invariables del dinamismo social y generadoras del hecho, no pueden admitirse, por insuficiencia de demostración. Con idéntico procedimiento se puede formular otras teorías del hecho social sobre lo instintivo y físico en la Humanidad, como es uso en la tópicca literaria respecto al instinto sexual, el amor, al hambre, la muerte, etc., etc.

Así, los tipos de conducta—el arquetipo ideal—con potencia imperativa y coercitiva de la teoría del Sr. Durkheim, no aparecen a pesar de la pretendida rehabilitación de la sociología, por medio de una especialización, ajena a los problemas filosóficos;—no aparecen, pues, sino como un determinismo ingenioso. En efecto (1); el individuo, su colectividad, según esta potencia imperativa (coercitiva), es lanzado a actos que él mismo reprueba en el instante que se halla a solas con su conciencia individual. En ese momento el individuo encuentra su

(1) «Nou seulement ces tippes de conduite ou de pensée sont exterieures à l'individue, mais ils sont doués d'une puissance impérative et coercitive en vertu de laquelle ils s'imposent à lui, qu'il le veuille ou non.» E. Durkheim: «Les règles de la methode sociologique», pág. 6.

«Aussi, une fois que l'assemblée c'est séparée, que ces influences sociales ont cessé d'agir sur nous et que nous nous retrouvons seul avec nous mêmes, les sentiments par lesquels nous avons passé nous font l'effet de quelque chose de'étranger où nous ne nous reconnaissons plus. Nous nous apercevons alors que nous les avons subi beaucoup plus que nous ne les avons faits.» Ib. id., pág. 10.



«yo» interno, y este «yo» interno interroga al «yo» externo sobre los actos realizados en colectividad, y su subjetivismo céntrico reconoce la extraña ausencia del «yo» interno en la colaboración de los hechos colectivos. ¿No es esto psicología? Y, prosiguiendo el razonamiento, ¿no nos conduce éste al determinismo e irresponsabilidad, sobre los cuales tanto ha teorizado Hammon? Pero, ello no es nuevo. Es relativo y no es absoluto, y no constituye regla invariable. Al contrario: al lado del individuo de voluntad inferior o de mecanismos volitivos endebles—y ello nos conduciría a una sencilla equivalencia de fuerzas físicas, si quisiéramos objetivar y materializar este género de hechos hasta su grado máximo,—hallamos al individuo de voluntad superior, de idealidad elevada, que, por el contrario, no sólo no es arrastrado por la colectividad, sino que, con propósito prefijado y anticipado, consciente en sus actos, conduce a la muchedumbre. No es preciso repetir, pues, que la cuestión, en estos términos, se reduce a un simple juego de fuerzas, a un mecanismo dinámico del espíritu colectivo, cuya explicación puede hallarse, no en absoluto en la sugestión, como pretende Le Bon, sino en ciertas leyes psicológicas y otras muy lógicas acerca de la fuerza de las pasiones, de las creencias, de las ideas, de la herencia, del lugar y tiempo, etc., sobre el sér humano y la influencia recíproca que ejercen los hombres unos sobre otros, merced a los factores físicos y espirituales, como carácter, cultura, capacidad, competencia; aparte, naturalmente, la potenciabilidad psico-fisiológica, que estimula o enturbia la claridad del espíritu, el equilibrio de la conciencia, la fuerza de las pasiones, etc.

Para diferenciar estos dos campos de conciencia: conciencia colectiva y conciencia individual, y separar el individuo de sí mismo y sumarlo a la colectividad como sér sin conexión con ella, se establece a menudo una caprichosa separación de voluntades: la voluntad social y la voluntad individual. No pretendemos negar la existencia y tangibilidad de la voluntad social y colectiva. La voluntad social existe, lo mismo que la



individual; pero existe como suma de la voluntad individual, y no como extraña a ésta. Que en algunos casos exista en la voluntad colectiva algo no conforme con cada una de las voluntades individuales o con parte de ellas, no autoriza a coger la voluntad colectiva como entidad sin conexión con el género humano, sino incurriendo en artificio y error. Para analizar una cosa, es excelente procedimiento científico examinarla por diversos lados; pero no es veraz trasladar la cosa a otra latitud, porque entonces precisamente por un auténtico empirismo de que no puede prescindirse, la cosa ya no es la misma.

La escuela del Sr. Durkheim considera que: «Es hecho social toda manera de hacer, fija o no, susceptible de ejercer sobre el individuo una presión exterior; o, aún más, que es general en la extensión de una sociedad dada, siempre que tenga existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales» (1).

De la teoría de la presión y coerción social, como generadora del hecho o característica de éste, pasa Durkheim a promulgar su método. Por tautología se infiere que en su sistema es fenómeno el hecho social, y que el hecho social, para ser estudiado objetivamente, debe ser considerado como cosa. «Los fenómenos sociales son cosas y deben ser tratados como cosas»—dice (2).

Pero esta definición objetiva del fenómeno social destrúye-

(1) E. Durkheim: «Les règles de la methode sociologique.»

En otra página dice: «Nous arrivons donc à nous représenter, d'une manière précise, de domaine de la sociologie. Il ne comprend qu'un groupe déterminé de phénomènes. Un fait social se reconnaît au pouvoir de coercion externe qu'il exerce ou est susceptible d'exercer sur les individus; et la présence de ce pouvoir se reconnaît à son tour soit à l'existence de quelque sanction déterminée, soit à la resistance que le fait oppose à toute entreprise individuelle qui tend à lui faire violence.» Ib., id., pág. 15.

(2) Y añade: «La première règle et la plus fondamentale est de considérer les fait sociaux comme des choses». Ib., id. Obra citada, pág. 20.



la el propio autor, afirmando en retrospectiva visión del ascender humano, que «L'homme ne peut pas vivre au milieu des choses sans s'en faire des idées d'après lesquelles il règle sa conduite.» He aquí, pues, una inconciliable irreductibilidad entre el hecho social como cosa y fenómeno, es decir, como objeto e idea. El hecho se produce en la unidad de la combinación de la idea para la práctica, según una representación de las cosas. Luego, ¿por qué un estudio al revés de esos fenómenos? ¿Por qué esa inversión? Es probable que sin ella, circunscribiendo las ambiciones de escuela a un grupo de fenómenos, a un plano de fenómenos, agrupándolos según su categoría y relaciones, pero estudiándolos según su legítima naturaleza, es probable que entonces la ciencia social contara con otras posibilidades.

El inerte objetivismo suscita inmediatamente una interrogación: ¿cómo es cosa la idea? (1).

Es decir, que la ascensión a que apuntábamos en otro lugar como necesaria en los problemas de la dinámica social, de sus causas y relaciones, se hace más evidente ahora, y nos traslada a magnos problemas de filosofía. El sér humano, ¿existe por su potencia espiritual? ¿Es por su facultad de espiritualizar las cosas, de tener ideas sobre las cosas? En este caso, el positivismo detiene la progresión inteligente de la Humanidad, porque disminuye su potenciabilidad de ser.

El considerar los fenómenos sociales como cosa, tiene el inconveniente de que los fenómenos no son cosa, sino fenómenos. Lo contrario equivaldría a decir: lo único que conocemos son las cosas. Es decir, que esta tautología es esto otro: el fenómeno es por sí algo más que inerte objetividad de cosa; es representación, y la representación debe ser considerada, por identidad de su sér, de su naturaleza, para su acabada

---

(1) Los hechos sociales relacionados, por ejemplo, con la política, tienen un matiz que acusa fuertemente influencias religiosas, económicas, pedagógicas. ¿Cómo negarlo?



observación, de manera ideal y real (1). Este realismo ideológico, por tanto, como interpretación de juicio, pertenece a la Filosofía de la Historia, y sólo ésta puede recabar para sí el estudio de una fenomenología de las ideas en las acciones humanas, en la velocidad del espacio, en la Historia.

La diferenciación materialista de lo real e ideal se funda en una ilusión. Tan real es una idea como una cosa pesada y extensa. El hecho social no es cosa material sino en acción, en velocidad, en dinamismo, en energía; pero estas velocidades son cosa en tiempo, en espacios de tiempo, pasados los cuales, sólo subsisten en la memoria, en el espíritu. He aquí el «hecho», la «cosa».

Luego, el asignarles una realidad sólo práctica, material, ¿no es, para estudiarlos, incompleto? ¿No es, acaso, desnaturalizarlos?

Lo social es la práctica. La idea pasa a ser práctica, después de elaborada y suscitada por la espontaneidad práctica—la realidad—y por la teoría—la ciencia.—Esto aclara el falso problema planteado por la interrogación común sobre si precede la práctica a la teoría o la teoría a la práctica, o sea el ¿qué nos es dado primero, la teoría o la práctica? El propio Spencer se plantea un problema semejante en su obra *La clasificación de las ciencias*, sobre si los sentimientos guían a las ideas o las ideas a los sentimientos. Las dos cosas pueden darse, puesto que el hombre empírico llega a la razón por la facultad de elaborar lo ideal, que impulsa e influye el dinamismo humano, el cual, una vez cristalizado en sentimiento, puede, a su vez, por su fuerza subconscientemente idealógica (intuitiva), suscitar nuevas ideas, y, por tante, nuevos mecanismos potenciales en la velocidad de las acciones humanas.

Pero esta teoría del fenómeno social, que aparece como un realismo idealista, no corresponde a este lugar el examinarla. Su exposición y demostración puede suscitar una extensa ca-

---

(1) Según parece, Lotze profesó un realismo idealista.



dena de razonamientos, que, por su diversidad concreta, exigen nuevas actividades sobre el hecho social o sobre una teoría del fenómeno social. Es suficiente ahora el demostrar su correlatividad material e inmaterial como cosa e idea.

La sociología, según pretende especializarla la moderna escuela objetiva, no debe adherirse a ninguna hipótesis filosófica, «ni afirmar la libertad ni el determinismo». Pretende, en su especialización, reunir y descubrir nuevos datos para el conocimiento de los hechos sociales, independientemente de toda espiritualidad, para ilustrar con ellos otras ciencias, y aun la misma Filosofía. Es decir, que esta nueva teoría no es más que física social, cuyo concepto tan usado es en todo tiempo de definiciones sociológicas. Física, química, o sea mecánica y materia. Este es el error fundamental del objetivismo empírico. Nadie que posea sincero amor a la verdad, se afilia a ésta o la otra tendencia científica por afinidad de temperamento, de prejuicio, de «comodidad intelectual».

El objetivismo empírico-sociológico se inhibe de los problemas de la razón para estudiar lo real como material. Esta inhibición no es posible. No es posible, porque la realidad social no existe sino en cuanto al sujeto que piensa, cuyos círculos y potenciabilidades espirituales constituyen la realidad empírica, que pretende descuajar la observación objetiva. Por esto, la producción de un hecho social colectivo, es decir, una evolución o transformación cualquiera en comunidad, ¿cómo explicarla si no según las relaciones que la determinen en la política, en la pedagogía, en la religión, en la costumbre, en el tiempo y lugar, ambiente y medio, etc.?

Esta explicación, cuando el hecho es colectivo, exige no un mero juicio de «yo opino», sino una demostración cierta, lógica, de las condiciones de la marcha del espíritu colectivo y de sus actos en la Historia. Esto es, la experiencia de la Historia, lo cual equivaldría a decir la «observación» de la Historia, si la palabra no hubiera adquirido, con el uso positivista, una significación limitada, que supone esto otro: «observación que



solo es visión», mientras que experiencia es, además, saber, o sea razón, añadimos nosotros.

¿No se advierte, pues, la derivación de la práctica hacia los problemas de la filosofía; es decir, aclarando aún más la idea, su solución de continuidad con ella?

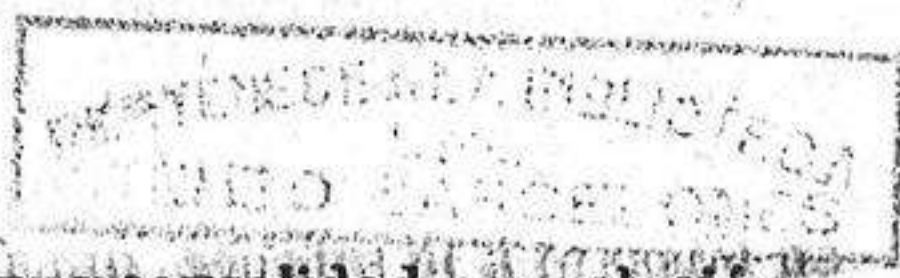
Y esta ciencia posible de la experiencia de la Historia tiene un carácter concreto y definido, como continuidad entre la filosofía y la Historia.

«Todo hombre—dice Kant (1)—posee un carácter empírico de su voluntad, que no es otra cosa que cierta causalidad de su razón; en tanto que ésta muestra en sus efectos, en el fenómeno, una regla, según la cual se pueden concluir los motivos racionales y las acciones en cuanto a su modo y en cuanto a sus grados, y juzgar los principios subjetivos de la voluntad. Puesto que este carácter empírico debe ser el mismo, como efecto, obtenido de los fenómenos y de sus reglas, que nos proporciona la experiencia, todas las acciones del hombre en el fenómeno son determinadas, según el orden de la naturaleza, por su carácter empírico y por las otras causas concomitantes; y si nosotros pudiéramos escrutar hasta el fondo de todos los fenómenos de su voluntad, no habría una sola acción humana que no pudiéramos medir con certitud, y reconocerla como necesaria, según sus condiciones exteriores. Desde el punto de vista de este carácter empírico, no hay libertad, y, sin embargo, sólo desde ese punto de vista podemos considerar al hombre cuando queremos únicamente OBSERVAR, y, como se hace en la antropología, escrutar fisiológicamente las causas determinantes de sus actos.»

Pero hay una causalidad de la razón, como advierte luego Kant, es decir, las acciones del hombre como fenómenos que suceden porque son determinados, no por causas empíricas, sino por principios de la razón (2).»

(1) «Crítica de la Razón pura.»

(2) «Si la razón—añade Kant—puede tener una causalidad por relación





Corresponde a este lugar sólo una referencia concreta al punto central del tema sobre la posición científica de la Filosofía de la historia respecto a la sociología objetiva. Los temas que el examen del problema suscita, como la causalidad de la razón y lo empírico humano—la libertad;—la voluntad social y la individual, son para más dilatados trabajos.

Las derivaciones ideológicas de los problemas sociales hacia la raíz de la Filosofía, no sólo en el de la libertad, sino en el del conocer, se evidencia por un como riguroso determinismo en el método científico.

La esencia de los fenómenos que, según Comte, no nos es dado conocer, ¿qué es sino la «cosa en sí» de Kant?

Lo mismo podría decirse de la «observación» positivista en relación a la «experiencia» trascendental, si la observación positivista no fuera una experiencia incompleta.

La «experiencia» trascendental hace posibles las condiciones de una teoría de la ciencia (1). La «observación» es sólo la

---

a los fenómenos, es porque es un poder por el cual comienza primero la condición sensible de una serie empírica de efectos.»

(1) On conviendra qu'il est impossible de trouver ailleurs que dans la *Critique de la Raison pure*, une formule plus nette des conditions que rendent seules possible une experience, au sens le plus riche et en même temps le plus moderne du mot, et qui servent de base à toute science *positive*. Et tandis que le positivisme de Comte fait sortir des contingences de l'histoire les mêmes constations, sans justifier l'emploi universel de l'analyse mathématique ou la valeur des lois physiques autrement que comme des faits et nullement comme des necessites logiques, on avouera qu'il serait souverainement injuste de faire un crime à Kant d'avoir tenté de justifier ces faits en les rattacheut à des lois primitives et constitutives de l'esprit, à notre manière humaine à la fois et rationnelle de penser, ou, pour employer le langage dont il se sert, à *l'unité de l'aperception transcendental*.» A. Hannequin. Prefacio a la *Crítica de la Razon pura*, traducción francesa de Tremesaygues y Pacaud.

«A ce point de vue nous avons le droit de soutenir—añade—que le positivisme de Comte reste une contingence de l'histoire, tandis que le positivisme, ou plutôt *l'Erfahrungslehre de l'Analytique transcendental*, tout en laissant à la science, dans l'histoire, la souplesse de ses transformations



extensión de visualidad del ojo de una persona bastante recelosa y huraña, para desconfiar de los aparatos de larga vista, que, como el telescopio, puedan ofrecerse a colaborar en la nativa potenciabilidad visiva del órgano de visualidad.

La observación será armónica con la naturaleza del sér de una ciencia en la medida de su relación con el empirismo posible en dicha ciencia. En el instante que esa ciencia deje de ser cosa material para ser ideal, o sólo categoría de substancia no en absoluto material, la observación es ya método incompleto y una imperfecta representación de la posibilidad del conocimiento de nuevos fenómenos o de nuevos efectos en una ciencia no absolutamente empírica.

La experiencia es, al contrario, la posibilidad de obtener nuevos conocimientos en un completo conjunto *a priori* y *a posteriori*, tanto en uno de los tres casos aisladamente, como en relación con el todo.

El campo de la experiencia es de esta manera más anchuroso, y las perspectivas no son limitadas por el linde de lo que sólo ve el ojo, sino por lo que puede ver, según una determinación lógica de todos los elementos de la razón. En este caso, los elementos de la razón no son otra cosa que lo que el telescopio al ojo humano.

Desprenderse de los datos de la Filosofía para fundar una ciencia social, no es posible por la propia naturaleza de sus problemas.

De lo contrario, una ciencia así abscibiría a su actuación funciones que cumplen a otras ciencias. Como los hechos sociales tienen su equivalencia en el espíritu de la Humanidad a través de la Historia, y la forma más elevada del humano es-

---

et de son évolution, trouve du moins la *justification de son droit* dans la constitution de l'esprit, dans des *formes* qui à *vrai* dire sont bien plutôt des conditions universelles de connaissance que des connaissances déterminées, bref dans l'absolu d'une pensée qui ne nous impose aucune «objet» ni aucune «verité». Ib., id.



píritu es la Filosofía, sus problemas centrales derivan hacia ella, y es dudoso puedan obtenerse por otros procedimientos síntesis ciertas, si no es acaso con una pérdida de tiempo difícil de compensar, cuya causa no es probablemente más que un defecto de visión.

JUAN GUIXÉ



# EL CLONDIC

## Y LA VIDA DE LOS BUSCADORES DE ORO

---

### XVII

#### Los asesinos.

El día de Navidad, por la mañana, temprano, tres hombres que se dirigían al Sur, salieron de Minto, una *road house* situada a mitad de camino de Dawson y de White-Horse. Aquellos tres hombres se llamaban Clayson, Relfe y Olson. Los dos primeros eran unos comerciantes de Dawson que se marchaban del país por la pista de hielo, y Olson era un guía del distrito.

Se habían encontrado la noche anterior en Minto, y, después de haber pasado juntos una alegre Nochebuena, habían salido temprano, esperando llegar por la tarde a Selkirk, el lugar más próximo en donde podrían descansar un poco.

Clayson montaba una bicicleta, en la que vino desde Dawson, y alcanzó en Minto a Relfe, que había salido dos horas antes. Iban bien provistos de dinero, y los tres cantaban alegremente una antigua canción de Navidad, siguiendo la pista que se dirigía hacia el Sur. Hacía un buen tiempo sereno, y el eco repetía la canción mientras que bajaban las pendientes nevadas.

El sendero de hielo azulado era tan fácil como un sendero



del Sahara, y Olson, que lo recorría dos veces a la semana, lo conocía bien. Sin embargo, los tres hombres no llegaron a Selkirk aquella tarde, ni a la siguiente, ni a la otra. Transcurrieron una semana, una quincena. Por fin, un día se recibió en Dawson un telegrama de Skagway pidiendo noticias de Jorge Clayson:

La pista que va de Dawson a White-Horse tiene seiscientas millas de largo. Los viajeros que la recorren son poco numerosos, y rara vez cuentan sus asuntos de familia y las relaciones que tienen en el mundo a los conocimientos que puedan hacer en aquellas soledades árticas; de suerte, que la desaparición de tres hombres hubiera podido muy bien pasar inadvertida, si una joven de Skagway no hubiese inquirido noticias de su hermano Jorge Clayson, del que estaba ella segura que había salido de Dawson tres semanas antes.

Inmediatamente se hicieron averiguaciones por telégrafo, y al día siguiente toda la policía montada del Noroeste fue advertida de que Clayson y su compañero habían salido de Minto, con dirección a Selkirk, por la mañana del día de Navidad, y que no habían llegado nunca a Selkirk.

El oficial de policía Pennycuick salió de Dawson al día siguiente, en un trineo ligero tirado por perros vigorosos, y, a las sesenta horas, los animales llegaban jadeantes a la *road-house* de Minto, después de haber recorrido cuatrocientas millas.

Pennycuick era un agente hábil y enérgico. Pasó una hora en Minto y se dirigió a Selkirk, a treinta millas de allí. Antes de que el día terminase, sabía que los tres hombres habían desaparecido entre aquellos dos lugares, sin dejar la menor huella. Nadie los había visto desde que salieron de Minto. Selkirk, que está al lado de un antiguo fuerte de la compañía de la bahía de Hudson, comprende un reducido número de cabañas, y hay allí un agente que transmite los despachos entre Skagway y Dawson.

Pennycuick telegrafió inmediatamente estas noticias al



Norte y al Sur, pidiendo que se examinase, con la mayor atención, a todos los viajeros desconocidos.

Al día siguiente, un hombre que conducía un caballo, un trineo y un perro, y acompañado de una mujer india, se detuvo en Bennett, lugar situado a unas trescientas millas sobre Selkirk. El puesto de policía estaba muy cerca de la *road-house* en que entró el extranjero.

Era cosa poco corriente que un hombre viajase con un caballo, un perro y una mujer india. Los blancos que se trataban con los indios eran, por lo general, demasiado miserables para poseer un caballo, ni siquiera un perro. Así fue que un oficial entró en la cabaña detrás del hombre, y le preguntó brusca-mente:

—¿Cómo se llama usted?

El recién llegado, de baja estatura, delgado, con una barba negra y ojos grises y brillantes, llevaba una gorra de piel completamente nueva, un abrigo de piel, nuevo también, y unos brodequines viejos. Miró con calma al representante de la ley, y contestó:

—Ross.

—¿De dónde viene usted?

—De Dawson.

—¿Cuándo salió usted?

—Hace tres semanas.

—¿Dónde se ha procurado usted ese caballo?

—Lo he comprado en Tagish.

—¿Y el perro?

—En Dawson.

—¿Y dónde ha encontrado usted a esa mujer?

—En Tagish también.

—¿Adónde la lleva usted?

—A Skagway nada más.

—¿Ha venido usted de Dawson a Tagish con el perro?

—Sí.



—Entonces, ¿por qué ha comprado usted un caballo? Ese perro no está enfermo.

—Para venderlos en Skagway. He sabido que allí valen caro. Además, es más cómodo para esta mujer—añadió Ross con un gesto.

Las empresas indias acostumbran a ir con una carga enorme en los trineos, sin subirse nunca a ellos, como lo hacen las mujeres del Sur.

—¿Dónde ha estado usted durante las tres semanas transcurridas desde su salida de Dawson? Con un perro como el de usted no se necesitan más de quince días para hacer el viaje.

Ross vaciló un momento.

—Pues bien, mire usted—dijo lentamente,—me he detenido en casa de los padres de esta mujer, en Tagish, ocho días. Pero, ¿por qué me hace todas estas preguntas?

—¡Oh! Por nada. ¿Cuándo sigue usted su camino?

—En seguida; en cuanto haya tomado algo de bueno. Hace frío hoy. ¿Quiere usted acompañarme?

—No, gracias.

El oficial reflexionó mientras que Ross vaciaba su vaso. Era muy fácil telegrafiar a Tagish para saber si Ross había estado allí verdaderamente una semana; pero las prendas de piel nuevas contrastaban con lo viejo del calzado. Y además, pensaba en el mensaje telegráfico del agente Pennycuick. Se volvió hacia Ross.

—Creo, Ross—dijo,—que haría usted mejor en venir conmigo hasta el puesto. Me alegraría hablar un poco más con usted.

Los poderes de la policía en aquel lugar son despóticos. Mientras tanto habían entrado en la *road-house* otros agentes, porque aquel caballo, el perro y la mujer india formaban un trío chocante.

—Con mucho gusto—contestó,—aunque no veo muy bien la razón. Pero, ¿dónde dejo mis cosas?

—Ya cuidaremos de ellas—le contestaron.



El caballo y el perro fueron llevados al patio del cuartel. Condujeron a la mujer a la cabaña de Skookum Jim, y Ross entró en el puesto de policía, del que no había de volver a salir nunca.

Un telegrama, enviado a Tagish, en Selkirk y Bennett, recibió esta respuesta: «Un hombre llamado Ross vino aquí, la semana última, con un trineo y un perro. Permaneció dos días. Compró una gorra y un abrigo de piel nuevos, en la tienda de Hunker; pagó por dos caballos cuatrocientos dólares, y compró una muchacha india a su padre por ciento cincuenta dólares. Dijo que había venido solo a Dawson y que iba a Atlin por los lagos. Parecía tener mucha prisa por marcharse.»

Este despacho dió más que reflexionar al agente Scarth. ¿En dónde estaba el otro caballo? ¿Y por qué había dicho Ross que iba a Atlin? El camino de Atlin era largo y penoso, y dejaba Bennett a varias millas de distancia en el Oeste. Scarth telegrafió de nuevo a Selkirk y a Minto; la respuesta de este último lugar fue muy interesante. El que contestó, y que debía de ser Pennycuick, contó que dos hombres, morenos ambos, pero el uno alto y el otro bajo, habían acampado durante cierto tiempo, cerca de la pista, pero que no se les había vuelto a ver, a pesar de haberse hecho serias averiguaciones. El más bajo se llamaba O'Brien y el más alto Graves. Preveníase a Scarth que, si los encontraba, procediera a detenerlos. La fisonomía de Ross concordaba bastante con la descripción que se le hacía de la de O'Brien; pero, admitiendo que los dos hombres no fuesen más que uno, ¿dónde estaba Graves? Y, además, ¿cómo un *prospector* o un leñador «que había acampado en la pista»—decía el telegrama,—hubiera podido reunir bastante dinero para comprar dos caballos y una muchacha india?

Varias horas transcurrieron mientras que se enviaban y se recibían telegramas. Entretanto, Ross, que estaba sentado junto a la estufa, no decía nada y parecía dormitar. Scarth entró en el puesto; se fué derecho al extranjero, y le dijo:

—O'Brien, ¿dónde está Graves?



El interpelado dió un salto como un gato montés, y miró al oficial de policía con ojos terribles. Por fin, se dominó:

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó con la misma flemma que antes.

—Pues exactamente lo que he dicho. ¿Dónde está Graves?

Scarth no se atrevió a decir otras palabras, a lo menos por el momento. Ross miró el rostro de su interlocutor, echó una rápida ojeada hacia la única puerta, que estaba abierta, pero en la que estaban apostados cuatro canadienses de los que uno solo le hubiese acogotado en un instante. Miró la ventanuca con sus dobles vidrios, por los que se filtraba la luz suave de un día de Enero, y los árboles, cuyas ramas rotas caían sobre la nieve a través de la pista; luego murmuró: «¡Váyanse todos al diablo!», y se sentó de nuevo en el banco de madera. No volvió a decir palabra, ni cuando, registrando su trineo, descubriéronse dos carabinas y una pistola con numerosas municiones, que le presentaron para pedirle explicaciones. Le quitaron sus zapatones de fieltro de dobles suelas (en Alaska no se lleva nunca, durante el invierno, calzado de cuero, porque no abriga bastante), y al levantar la parte inferior se encontraron mil doscientos dólares en billetes de Banco de los Estados Unidos, allí escondidos.

Al día siguiente, se interrogó a la muchacha india. Refirió ésta que, después de salir de Tagish, con dos caballos, trataron de pasar los lagos en Atlin, pero que perdieron la pista y que, como se encontraron entonces sobre una capa de hielo de poco espesor, cedió ésta bajo el peso del trineo y de los animales.

Aunque el agua no era muy profunda, se perdió uno de los caballos y se mojaron todos los efectos. Había un campamento indio cerca de Bennett, pero la pista llevaba a la *road-house*. No se podían abandonar las pistas trazadas en invierno. Perderíase uno y moriría infaliblemente. Así, pues, el viajero, quieras que no, tuvo que llegar al sitio en que lo detuvieron. Esto era todo lo que ella sabía, pero tenía importancia, porque probaba a los agentes que el hombre mentía y los engaña-



ba, tanto sobre el número de caballos que había comprado, como acerca de los días pasados en Tagish. Sin duda tenía sus motivos para hacerlo; sobre todo, el hecho de haber tratado de evitar el paso por Bennett era significativo. Bennett era el puesto más próximo de las fronteras de los Estados Unidos, y todo el mundo sabía que estaba guarnecido por policías escogidos y particularmente hábiles.

Pusieron al prisionero en seguridad, y se telegrafió a Dawson para obtener informaciones y datos completos, porque Dawson es el cuartel general de toda la policía del distrito del Clondic. El prisionero era, indudablemente, O'Brien. Todo lo indicaba. Pero, ¿dónde estaban los tres hombres desaparecidos y Graves?

Un tal Maguire, que formó parte de la policía del Clondic y había dimitido, habitaba en Vancouver. Estaba reputado por su maravilloso instinto y la habilidad con que descubría los crímenes, habilidad de la que dió pruebas en varias circunstancias. Le telegrafiaron para que se sirviese acudir en ayuda de sus antiguos colegas en un caso difícil, y aceptó gustoso. Detúvose en Bennett, en donde tuvo una entrevista con O'Brien, el cual se había puesto feroz y peligroso, hasta el punto de que fue preciso encadenarle. Cuando Maguire marchó a Minto, estaba convencido de que la solución del misterio que envolvía la repentina desaparición del mundo de los cuatro hombres, no se hallaba lejos. Supo pronto que dos hombres, llamados Graves y O'Brien, habían acampado durante algún tiempo cerca de Minto, pero nadie podía decirle exactamente dónde estaban. Sabíase que se tenían por leñadores que proveían a los vapores del río durante el verano, y que no tenían dinero. De tiempo en tiempo, iban a Minto y cambiaban cajas de conservas por tabaco. Sacaban estas cajas de una barcaza que, en el mes de Noviembre anterior, se había dejado coger por los hielos, en mitad del Yukon, algo más abajo de Minto. Pero los negocios de unos no interesaban a los otros, por lo que nadie había tratado de saber más. Graves había ido a Min-



to precisamente la misma noche en que llegó Clayson de Dawson. Desde entonces, no se había vuelto a saber de él ni de O'Brien.

A Maguire no le costó trabajo encontrar el sitio en que estaba la tienda de los dos hombres. La pista era perpendicular al río, que cruzaba a unas tres millas más abajo de Minto, y la tienda, una tienda doble, estaba plantada no lejos del río, a un cuarto de milla al Este del camino. Entre la tienda y la pista había un gran macizo de árboles, de álamos sobre todo, y el suelo, cubierto de una capa de nieve de seis pies, no presentaba una arruga sobre su lisa superficie. No era raro ver hombres que, al marcharse, abandonaran su tienda y su estufa, porque estos objetos no tenían gran valor en Skagway, y no merecían el trabajo de transportarlos. Además, en el camino no faltaban las *road-houses*. Así, pues, el hecho de que los hombres hubieran dejado allí su tienda, no tenía en sí nada de sorprendente.

Maguire pensaba que debía de haber un sendero que condujese a la tienda. Pero, ¿en qué lugar abandonaba el camino aquel sendero? En la tienda no quedaba más que un camastro roto para dos personas, una caja vacía, unas cuantas astillas y una estufa llena de cenizas. Era muy poca cosa para un asunto en el que se trataba de la vida o muerte de cuatro hombres.

Se estaba en Febrero, y la tragedia, de haber habido una, hubo de ocurrir en Navidad, hacía seis semanas. Durante este tiempo, habíase acumulado bastante cantidad de nieve y de hielo, y debían de haberse borrado todas las huellas. Maguire buscó un sendero que partiese de la tienda; pero el único que pudo descubrir se dirigía hacia el río, del lado opuesto de la pista. Sin embargo, estaba seguro de que hubo de existir un sendero que partiese de la pista y condujese a la tienda o a las proximidades. Empezó, por lo tanto, a apartar la nieve con una pala, en una distancia de diez pies, a lo largo del camino, del lado que miraba a la tienda. Cierto era que el sendero podía haber desaparecido por completo y no haber dejado nin-



guna huella; pero no tenía nada mejor que intentar. Durante cinco días trabajó solo, yendo por las noches a Minto.

Llevaba siempre con él dos fieles compañeros de la raza canina, un danés y un husky o malamut. A veces, los perros escarbaban con sus patas en la nieve para imitar a su amo. Al quinto día, el husky, que estaba haciendo un agujero en la nieve, en cuyo fondo hubiera podido tumbarse, dió de repente un salto hacia atrás, se lanzó a la pista y, dando aullidos quejumbrosos y lúgubres, huyó en dirección de Minto. Maguire, sorprendido, le llamó; pero el perro ni siquiera volvió la cabeza y continuó corriendo a escape sin dejar de aullar, hasta que por fin se perdió de vista. El agente se arrodilló en el lugar en que vió al malamut dar el salto, y empezó a quitar nieve con sus manos, tamizando cada partícula, haciéndola pasar por sus dedos. Al llegar a una profundidad de algunas pulgadas, observó que la nieve estaba dura como el hielo, lo que probaba que había sido apisonada y comprimida. Siguió ahondando y observó una coloración de la nieve endurecida, sobre una extensión de un pie cuadrado. Quitó aquella masa, dejándola un espesor de un pie, y se la llevó a Minto. Allí hizo fundir la nieve, y la envió a Vancouver para que hiciesen el análisis químico; esperó. A los pocos días, le enviaron un informe diciendo que la muestra enviada contenía sangre humana. Maguire adquirió entonces la certidumbre de que estaba en el buen camino, y hubo de reconocer que el malamut, sin que lo sospechase, era un buen policía. Corrió en busca de Pennyquick, y juntos comenzaron unas investigaciones que creo fueron pocas veces igualadas en lo ingeniosas y celosas.

Después de haber descubierto el sendero en una longitud de una docena de pies, pudieron reconstituir su dirección probable hacia la tienda. Observaron que a varios árboles que se encontraban bien en línea les habían amputado algunas ramas; siguieron la fila así mutilada, y al llegar al final observaron que desde allí podrían divisar claramente, y sin que ninguna rama estorbase la vista, el sendero y la pista principal, milla

E. M.—Febrero 1914.



abajo y milla arriba del punto de conjunción de la pista y del sendero. Observaron también que las ramas habían sido golpeadas con un hacha o talladas más bien que cortadas, y que habían debido de servirse de un hacha mellada en la mitad.

El resto de la tragedia se halla relatado en la declaración prestada por Maguire en el tribunal, durante el proceso de O'Brien, en Dawson, en Junio de 1901. El implacable agente de la justicia humana presentó todas las pruebas de la culpabilidad del criminal.

«Durante tres semanas, decía esta declaración, Pennycuick y yo trabajamos de rodillas, desmenuzando cada copo de nieve entre nuestros dedos sin guantes, a pesar de que el termómetro señalara a veces cuarenta grados bajo cero. Así no nos arriesgamos a perder el más mínimo objeto. Encontramos una bala de carabina en el primer charco de sangre, que había cubierto una superficie de seis pies de nieve. Descubrimos la antigua pista de O'Brien y de Graves; reuníase con otra que conducía al río pasando por detrás de la senda; evidentemente ellos pasaban por allí. Hicimos también otros descubrimientos, y si Vuestra Señoría se sirve permitirme continuar, creo que no omitiré un detalle.

»O'Brien y Graves se habían establecido allí, con el fin de matar y de robar. Después de plantar su tienda, hicieron un claro en medio de las ramas de los árboles, a fin de poder vigilar la pista, que se encontraba frente a ellos, en una longitud de dos millas. Hasta hubieron de cortar con este objeto árboles enteros. Trazaron un sendero, e hicieron de manera que la tienda fuera siempre invisible desde el camino. Sabían que los tres hombres vendrían por allí, porque Graves, que había ido a Minto en Nochebuena, los había encontrado. Los invitó a que fueran a beber con él, y O'Brien a su tienda para festejar Navidad, y al día siguiente los esperó en el camino de Minto.

»Cuando los tres hombres llegaron frente al sendero transversal, Clayson entró el primero en su bicicleta, seguía-le Relfe, luego venía Olson y Graves cerraba la marcha. El sendero



era muy estrecho y no permitía pasar más que de uno en uno. Al llegar Clayson a un lugar en que el sendero, por encontrar árboles, daba rodeos, O'Brien, que le esperaba de frente, le disparó un tiro de carabina, escondido detrás de un árbol. Sabemos que fue O'Brien, porque una hendidura hecha en el árbol para apoyar el cañón, está precisamente a la altura del hombro de O'Brien. Graves era mucho más alto. Además, una bala que se recogió en la nieve procedía de la carabina que se encontró en el equipaje de O'Brien cuando fue detenido en Bennett. Sabemos que fue Clayson sobre quién tiró primeramente, porque observamos las huellas de una rueda de bicicleta que se detenían precisamente en aquel lugar, cerca del charco de sangre. Relfe trató de huir de lado, sabiendo que Graves venía detrás. O'Brien, sin moverse de su posición, tiró sobre él. Relfe cayó, pero no estaba muerto. Era el único de los tres hombres que estuviese armado; tenía un revólver. Pero antes de que hubiera tenido tiempo de servirse de él—tal vez estaba demasiado débil,—O'Brien acudió y le disparó su arma en la cabeza. Hallamos en este lugar una bala aplastada en el barro helado, y a la que estaban adheridos fragmentos de huesos. Encontramos también una muela, empastada en oro, que un dentista de Dawson le había arreglado a Relfe poco antes de su marcha, y que fue arrebatada por la última bala de O'Brien. Encontramos al lado un cartucho vacío, 40,82, que O'Brien sacó de su carabina, después de haber tirado sobre Relfe por segunda vez.

»Mientras tanto, Olson se había vuelto para huir, pero Graves luchó con él. Graves no tenía más que un revólver, y se entabló un combate desesperado. Sabemos esto, porque, cuando apartamos la nieve fresca, encontramos que bajo la pista era muy dura en una amplia extensión; era evidente que la nieve había sido hollada con los pies. Entonces O'Brien volvió a cargar y disparó tres tiros sobre Olson. Por lo menos encontramos allí los tres cartuchos procedentes de su carabina. Allí el olfato del perro nos había abierto el camino, al descu-



brir, seis semanas después del asesinato, la sangre helada de Olson.

»No sé, añadió Maguire, volviéndose hacia O'Brien, al que miró a la cara, si tiró o no sobre Graves. Aunque hayamos hecho investigaciones en el mundo entero, no hemos podido encontrar la menor huella, el menor indicio de su paso por ninguna parte; no hemos podido obtener una sola palabra que le concierna desde aquel día de Navidad, es decir, desde hace año y medio.

»Una vez asesinados los tres hombres, fueron desnudados los cadáveres y arrastrados por el hielo hasta el río. Allí se abrió un agujero hasta que llegase al agua que corría bajo la capa de hielo, y fueron arrojados los tres cuerpos. Los asesinos creían sin duda que la corriente del Yukon se llevaría directamente los cadáveres al mar de Bering, o se perderían y se los comerían los peces. No sabían que los salientes de la pared inferior de la capa de hielo detienen a los cuerpos pesados. Así sucedió: el cuerpo de Olson fue encontrado en Mayo en Forty Mite; el de Clayson en Junio en Circle City, y el de Relfe una semana después cerca de los Jeats, a quinientas millas del lugar en que fue asesinado. Los cuerpos fueron llevados a Dawson, en donde fueron reconocidos, y no costó trabajo determinar el género de muerte que sufrieron.

»Cuando hicieron desaparecer los cuerpos, los asesinos formaron un montón con los trajes y prendieron fuego, quemando también los cinturones y el calzado de cuero en la estufa. Lo sabemos, porque hemos encontrado las cenizas de los ojales y diversos artículos, tales como una liga que llevaba Clayson, un botón negro, un alfiler sujetador y trozos de prendas de vestir carbonizadas. Encontramos también, tirado cerca de la tienda, un recibo de seis dólares, dado aquella mañana por Fussels a Olson, por el gasto hecho en Minto. O'Brien se olvidó de quemarlo.

»Cuando nos hallábamos tan adelantados en el asunto, se suscitó una cuestión: ¿estábamos bien seguros de que aquella



tienda era efectivamente la de Graves y O'Brien? Podía creerse, en efecto, que aquellos dos hombres no habían vivido nunca allí y que la tienda perteneció a otros.

»Enviamos a buscar en Bennett el perro Bruce que fue cogido con O'Brien. Lo llevaron a Minto y le condujimos cerca del punto de intersección de las dos pistas. Allí, Pennycuick le gritó bruscamente: «¡Bruce, anda a casa!» El perro le miró con ojos interrogadores. Pennycuick repitió la orden golpeando un pie: «¡Bruce, anda a casa, anda a casa!» Bruce miró en redor, dejó la pista principal en que nos encontrábamos todos, tomó el sendero transversal y marchó corriendo. Cuando llegamos a la tienda, le encontramos tumbado en el interior, como si estuviera en su casa, y cuando volvimos a Minto, nos siguió de mala gana. Por segunda vez, los animales mudos afirmaban la culpabilidad de ese hombre. Poco después, encontramos cerca del río, hundida en el hielo, un hacha de dos filos embotados y con una mella en medio. Correspondía perfectamente a los cortes hechos en los árboles. La hemos traído, y podremos mostrar al tribunal la sección del tronco de árbol en que O'Brien apoyó para disparar el cañón de su carabina. La hendidura corresponde exactamente a la altura de su hombro, y se ha probado que el hacha le pertenecía. Se compró en Forty Dile, y trató de hacer que la afilasen en Dawson al marchar. Al pie del árbol se encontraron dos cartuchos de la carabina de O'Brien. Hace tiempo que éste hubiera podido ser juzgado, pero esperábamos siempre encontrar huellas de Graves. Con ayuda de las autoridades de Ottawa, hemos hecho, durante un año, investigaciones en el mundo entero. No sabemos de dónde procedía y no conocemos sus antecedentes; pero desde aquella noche de Navidad, parece que ha desaparecido para siempre. Unicamente Dios y O'Brien lo saben» — dijo Maguire al terminar.

En su celda, el prisionero lo negaba todo; pero ante el Tribunal, no se atrevió a resistir ni a afirmar nada, aunque sintiese que su vida estaba en juego. Fue rápidamente condenado y



ahorcado. Durante el intervalo, es decir, entre la condena y la ejecución, trató de asesinar al sacerdote que le ofrecía los consuelos de la religión; intentó también, en la última semana, ahogar con sus manos al guardián, y escaparse.

Este es el crimen más odioso que se haya cometido durante los años que he pasado en el Noroeste. El Gobierno canadiense puede, con justicia, enorgullecerse de tanto dinero gastado, y del tacto y de la energía admirables desplegados por sus agentes.



## XVIII

### Alrededor del lago la Barga.

En el mes de Octubre de 1900 salí de Dawson, fui a pasar el invierno en Europa y volví al Clondic al año siguiente. Tomé el camino de Skagway, y llegué a White-Horse a fines de Mayo de 1901. Cuando me apeé del tren en White-Horse, me dijeron que había varios cientos de viajeros, de los cuales, una buena tercera parte mujeres, que esperaban el deshielo del lago la Barga para ir hacia el Norte. Este lago, de treinta millas de largo y dos leguas de ancho, se extiende por el Norte de White-Horse y es el último de la serie de lagos que constituyen las verdaderas fuentes del Yukon. De él nace al Norte un río caudaloso, de aguas claras y transparentes, que forma el comienzo del Yukon. De allí hasta su desembocadura en el mar de Bering, con sus numerosos meandros, recorre una distancia de mil ochocientas millas; no atraviesa ya ningún lago y no tiene rápidas lo bastante poderosas para impedir que el vapor de menor fuerza le remonte en todo su curso.

Estábamos ya a fines de Mayo, y el sol, a las diez, brillaba radiante sobre White-Horse; sin embargo, me dijeron que el lago, cuyos límites al Sur están a treinta millas de White-Horse, estaba enteramente helado, y que los vapores no podían empezar la navegación entre los hielos rotos hasta pasa-



dos unos diez días. Permanecer en White-Horse durante aquel tiempo, no constituía una perspectiva muy agradable. La población, cuyas calles tienen un suelo polvoriento, estaban llenas de polvo. Estas calles de White-Horse, que son tres, no contenían más que casas de juego, uno o dos restaurants, tiendas y una estación pequeña de ferrocarril. Así, pues, me puse a buscar los medios de ejecutar un proyecto que tomaba decididamente cuerpo en mi pensamiento. Encontré a Judge Wood, el antiguo mayor general de Seattla, y a su amigo Arnold, a los que había conocido en Dawson, y hablamos de la cosa. Por fin interrogamos al Sr. Hawkins, el director de la compañía de ferrocarriles, que estaba también al frente de la compañía de vapores que hacen el servicio entre Dawson y White-Horse.

—¿No se halla actualmente uno de sus barcos al otro lado del lago la Barga?—le preguntó Judge Wood.

—Así es—replicó Hawkins.—Pero ¿cómo irán ustedes a buscarlo?

—¿No podemos dar a pie la vuelta al lago?

—No lo sé, pero no lo creo. En el tiempo que vivo aquí, nunca he oído decir que lo haya hecho nadie en esta estación del año. Es terrible, ya lo saben ustedes, atravesar esos bosques árticos.

—Es que no tenemos ganas de pasar diez días en esta terrible población—insistí.

—Nada le obliga a ello—contestó Hawkins.—Tome el tren para Skagway, vaya a Seattla y vuelva por el vapor. Apuesto lo que usted quiera a que encontrará a todo el mundo aquí a su vuelta, y a que el lago estará todavía helado, porque aun entonces será pronto con relación al año último: el primer vapor para Dawson no salió de White-Horse hasta el 15 de Junio de 1900.

No era esto nada halagüeño para quienes tienen prisa.

—¿Cuánto—dije—nos llevaría usted por retrasar la salida del *Bailay*, que se halla actualmente al otro lado del lago, dos o tres días? Si nos decidimos a ponernos en camino, tendremos



así el tiempo de llegar; si no llegamos, entonces le haremos conocer nuestro fracaso.

Hawkins tuvo la amabilidad de prometernos que, si estábamos decididos a marchar, telegrafiaría para que se retrasara la salida del vapor hasta saber de nosotros, «muertos o vivos», añadió riendo.

Y nos decidimos a intentar la empresa.

Por su parte, el mayor Snyder, perteneciente a la policía montada del Noroeste, que mandaba un puesto de policía en White-Horse, nos prometió enviar en su canoa *Petersborough* a dos de sus agentes del puesto situado arriba del lago la Barga, para buscarnos y ayudarnos; establecido el telégrafo, las comunicaciones eran fáciles.

Aquella misma tarde salimos los tres de White-Horse en una pesada barca, y nos dirigimos a buena marcha, llevados por la rápida corriente, hacia la entrada Sur del lago la Barga, del que nos separaban unas treinta millas. La sensación de sentirse deslizar por el río rápido y claro en aquel crepúsculo de verano era muy agradable, y las horas pasaron rápidamente, hasta que llegamos por fin a la entrada del lago, el cual estaba completamente dormido bajo la capa de hielo que lo cubría por entero. Sin embargo, en sus orillas del Sur y del Oeste distinguimos una estrecha margen de agua. Desde la entrada del río hasta el lado Oeste había una distancia de cincuenta millas de bajos fondos fangosos. Hacía frío, excesivamente frío. Una ligera brisa, que soplaba sobre la superficie de hielo del lago, nos helaba hasta la medula. Cuando encallaba la barca, lo que ocurría más de una vez, teníamos que desembarcar y empujarla por el fango y el limo. Por fin llegamos a una especie de canal de agua clara, de uno o dos pies de profundidad y de una media docena de yardas de ancho, que bordeaba la costa rocosa, y nos permitió remar durante dos horas. Ciertamente es que necesitamos varias veces hacer que pasara nuestra embarcación por encima de algunos bancos de hielo que se extendían transversalmente y nos cerraban el paso. Por fin en-



contramos uno tan alto, tan grueso y tan formidable, que tratar de franquearlo con nuestra lancha pesada y llena de agua hubiera sido una verdadera locura y una pérdida de tiempo. Hicimos tres paquetes de nuestros efectos, nos los echamos al hombro y seguimos, abandonando la embarcación. Un poco más adelante, vimos una canoa encallada en la costa y cargada de sacos de correspondencia de los Estados Unidos, y a través de unos árboles descubrimos una cabaña. Al lado había tres perros hambrientos, y en el interior dos hombres, que parecían cansados, dormían con profundo sueño. Eran los portadores del correo, que, como nosotros, se habían encontrado en la imposibilidad de continuar su camino, ni por agua ni por tierra. Esperaban que los encargados de llevar el correo de Dawson a White-Horse en caballos pasarían cerca de la cabaña; tenían la intención, en este caso, de pedirles prestados dos caballos, cargarlos con los sacos del correo y ponerse en camino para Dawson, dejando allí su canoa rota.

A las tres y media de la mañana, después de haber hecho una buena comida con judías, tocino y pan duro, continuamos nuestro viaje. El sol, cuyos rayos se reflejaban sobre el lago completamente blanco, hacían fundir rápidamente la delgada capa de hielo que se había formado a lo largo de las orillas fangosas, en las que nos hundíamos al andar.

Nuestros fardos, sobre todo nuestros abrigos, nos pesaban cada vez más, mientras que el sol esparcía cierto calor a nuestro alrededor. Avanzamos así durante dos horas, hundiéndonos a veces hasta las rodillas en el lodo, en el limo y en el hielo derretido. Por fin nos detuvimos para descansar, reflexionar y hacer un reconocimiento. Advertimos entonces que, durante aquellas dos horas de fatiga, mientras que recorrimos por lo menos cuatro millas siguiendo las orillas, no habíamos en realidad arrancado más de una milla hacia el Norte, a partir de la cabaña, que seguía viéndose a nuestra espalda. La cosa no iba bien. Resolvimos entonces alejarnos inmediatamente del lago y meternos en el bosque hasta que encontráse-



mos el hilo telegráfico, que entonces podríamos seguir en dirección al Norte. De esa manera saldríamos a alguna parte.

Después de milla y media de marcha por el interior de las tierras, llegamos a la línea telegráfica. Eran entonces más de las seis, y la atmósfera estaba pesada. Nos paramos.

—Judge—dije,—yo no tengo ni frío, ni sed, ni hambre. Voy, pues, a colgar de lo alto del poste telegráfico este soberbio abrigo de castor, como todo lo que contiene, y dejar al pie estas camisas y este paquete de ropa. Si queremos llegar al extremo del lago la Barga, no basta con que aligeremos nuestro equipaje, es preciso que no llevemos equipaje alguno.

Trepé a lo alto y colgué mi abrigo. Judge y Arnold lo tiraron todo, no quedándose más que con lo que llevaban puesto, y con dos o tres cajas de *corned beef* y conservas de corde-ro y un poco de pan. Hacía mucho más calor del que me había figurado, y aquella marcha a lo largo de la línea telegráfica prometía ser en extremo fatigosa. Así fue.

Los que construyeron la línea cortaron una fila de árboles de ciento cincuenta pies de largo a través del bosque, dejando caer aquellos árboles de tal manera, que se hallaban amontonados en el suelo. Los árboles y la maleza eran tan densos y compactos en aquel bosque del Norte, que costaba trabajo abrirse camino, aun yendo a pie. Con un caballo hubiera sido completamente imposible.

La línea telegráfica no estaba muy alta, y aunque nos hubiésemos alejado solamente cien yardas de los troncos de árboles cortados, no habiéramos podido decir en qué dirección se hallaban los postes. Así, pues, tuvimos que seguir el hilo, sorteando árboles o saltando por encima, y eran tan numerosos como los mosquitos en el Yukon. La línea parecía dirigirse bien hacia el Norte; subía, bajaba, franqueaba barrancos, se remontaba de pronto por los flancos abruptos de una colina, para hundirse luego en los valles sombríos, en donde espumaban las aguas heladas que bajaban de las montañas al lago. Preciso era seguir, y seguimos. Atravesamos arroyuelos helados.



dos y nos metimos hasta las caderas en charcas fangosas al remontar las pendientes. En un punto, percibimos el lago a mil pies bajo nosotros. Allí, el hilo telegráfico saltaba por encima de una ligera depresión y ganaba la cumbre de la montaña. Cuando alcanzamos aquella cumbre, después de una ascensión muy cansada, encontramos una planicie, y, en el extremo Este de la depresión del suelo descubrimos de nuevo el lago que se extendía allá abajo.

Cuando se está muy fatigado, parece que se endurece uno y se llega a ser indiferente a las consecuencias. Ni por un instante pensamos en volver sobre nuestros pasos y bajar la pendiente. Sin consultarnos siquiera, continuamos nuestro camino, uno tras otro, a gatas.

Cuando franqueamos aquel paso difícil, me puse a temblar y pedí descansar un poco. Nos tumbamos jadeantes al sol, mientras que abajo, el lago la Barga reposaba también envuelto en un sudario de nieve. Frente a nosotros, a una distancia de diez millas, alzábase una inmensa nevera, sombreada de verde oscuro y azul, infranqueable, y que resistía a los cálidos y brillantes rayos del sol de Junio.

El lago tenía una forma oval. Desde nuestra elevada posición abarcábamos, en un radio de unas cien millas, toda la extensión de su periferia. Su superficie lisa estaba manchada por algunas islillas, y cortada por una línea azul y sinuosa, parecida a una monstruosa serpiente que se hundía en la capa de nieve, poniendo al descubierto la capa de hielo. Era el camino de Dawson. Nos apresuramos, subiendo y bajando las pendientes de los valles, cubiertas de ricos helechos, que doraban los rayos del sol. Las hierbas que se pudrían en el suelo con las hojas caídas de los álamos, de los cedros y de los abetos formaban una alfombra de dos pies de espesor, suave como la seda.

Descansábamos diez minutos cada hora. A las seis, llegábamos al pie de una cascada de veinte pies. Nos detuvimos para descansar y comer el resto de nuestras provisiones. Echa-



mos un tronco a través del precipicio, y con ayuda de una pértica que nos servía de balancín, pudimos pasar con bastante facilidad.

Dos días después, el hilo telegráfico nos llevaba de nuevo a orillas del lago. La orilla aquella estaba sembrada de piedras de tamaños desiguales. Yo llevaba un calzado fino, y no tenía otro. Mis pies me hacían sufrir cruelmente, y me moría de hambre. Cierto es que en aquel país se tiene siempre hambre. Pero al poco rato, tras un recodo del terreno, nos encontramos con una embarcación que habían traído a seco, y dos hombres que preparaban una buena comida en un alegre fuego. Eran dos *prospectors* que se dirigían a Dawson; nos dieron judías, tocino y frutas de sartén hechas con harina.

Les pedimos que echaran su embarcación al agua, ofreciéndoles pagarlos para que nos llevaran con ellos y remasen lo más de prisa posible, porque había allí un canal de quince pies de anchura. Pero había que tirar de la barca muy cargada, ya sobre las rocas, ya sobre el hielo, o empujarla en el agua poco profunda. A la hora de este ejercicio, dejamos la barca y sus acompañantes, para continuar la marcha a pie. Las pobres gentes habían construido ellos mismos aquella pesada embarcación, y de una forma indescriptible, tres semanas antes, en White-Horse, sin más herramientas que una sierra y un martillo.

Habían tardado diez días en llegar hasta allí, mientras que nosotros habíamos hecho el mismo recorrido en poco más de veinticuatro horas.

Continuamos avanzando por la orilla del lago. Al cabo de unas cuantas millas, encontramos dos canoas Peterborough. En aquel lugar, el hielo llegaba a la misma orilla, y siete hombres estaban ocupados en hacerlas deslizar por encima. El jefe, fuerte y robusto, avanzaba a grandes pasos, delante unos diez pies de la primera canoa, con una cuerda que le pasaba por el cuello y por los hombros. Nunca miraba hacia atrás; cuando se paraba la canoa, se inclinaba hacia adelante,



y hacía un esfuerzo mayor. Le saludamos al pasar, pero no se paró. El ejemplo de tales ánimos y tal resistencia excitó nuestra emulación y renovó nuestras fuerzas. Nos volvimos del lado del bosque, y empezamos una ascensión casi a pico.

A media noche se había puesto el sol, y el crepúsculo había cubierto de sombra el suelo por el que caminábamos vacilando y tropezando a cada paso, por las costas rocosas del lago. Subíamos hacia un lugar en el que esperábamos encontrar un campamento, y en aquel campamento fuego, que sería bien acogido. ¡Cuál no fue nuestra sorpresa cuando descubrimos, al llegar arriba, que aquel campamento era el del taciturno capitán y de sus compañeros, que se había detenido allí para descansar! Nos hicieron una excelente acogida, y nos ofrecieron una amable hospitalidad. Supimos que era una expedición enviada por la Comisión geológica de los Estados Unidos para descender el Yukon, remontar y cruzar el Koyuk y salir, dos millas más lejos, a las orillas del Océano Ártico. El Sr. Mendenhall, jefe de la expedición, trataba de llegar como nosotros al vapor, que sabía que estaba algo más abajo, y para esto había salido de White-Horse tres días antes. Les prometimos retrasar la salida del barco si éramos los primeros en llegar a la extremidad del lago la Barga, y nos quedamos con ellos descansando hasta las tres de la mañana. Aquellas horas fueron muy agradables.

Los compañeros de Mendenhall no tenían camas sino para ellos, y carecían de mantas. Nuestros trajes eran ligeros, y alternativamente nos helábamos o nos asábamos, según que presentáramos al fuego la espalda o el pecho. El aire era muy frío, y un vientecillo del Norte que barría el helado lago atravesaba nuestros trajes, y parecía penetrar hasta nuestros huesos como una flecha. Yo sentía que debía de tener el talón derecho cruelmente destrozado, porque me dolía horriblemente. Pero no tenía calzado ni medias de repuesto, y me arriesgaba, al descalzarme, a no poder volverme a calzar, a causa de la hinchazón de mis pies. Naturalmente, en tales condiciones,



no pudimos dormir, y nos felicitamos bastante de volver a ponernos en camino.

La línea que brillaba sobre nosotros a los rayos del sol, como una larga serpiente irónica, alejaba ahora del lago, y se metía profundamente en el bosque de abetos y de cedros, pasando a veces por medio de matorrales muy densos de cinco pies de altura. Seguimos en silencio sus sinuosidades, decididos a seguir por todas partes el hilo conductor. No nos parábamos nunca, y seguíamos avanzando, sin decir palabra. A veces, uno de nosotros se adelantaba a los otros, retrasados por un tronco caído o por un arroyo de agua fría.

Nuestras fuerzas se agotaban pronto en aquella ascensión continua. Teníamos que saltar por encima de los árboles cortados, que se presentaban a veces como una empalizada con sus ramas enmarañadas como las astas de un ciervo. Pero no nos atrevíamos a detenernos. Cuando nos tumbábamos en el suelo para descansar un poco, nos era después extremadamente penoso levantarnos y reanudar la marcha. De otra parte, aunque sabiendo que el señor Hawkins habría cumplido su promesa de retrasar la marcha del vapor, teníamos siempre presente el temor de que el parte no hubiese llegado y el vapor hubiera zarpado para Dawson.

La naturaleza del suelo cambió mucho cuando bordeamos la orilla Noroeste. Las montañas y las gargantas profundas habíanse trocado en colinas y valles; pero había más agua, y el terreno más blando era pantanoso. A cada instante teníamos que chapotear, no en arroyuelos, sino en lagos pequeños, y, conforme nos acercábamos a la salida del lago, el suelo que pisábamos se hacía gradualmente más húmedo y cedía bajo nuestros pies. Creo que el lago debía de extenderse en otro tiempo muy lejos al Norte de su situación actual, y que en realidad los lagos Kinderman, Bennett y la Barga no formaban en su origen sino una misma extensión de agua que ocupaba una superficie mucho mayor, tanto al Norte como al Sur, que la que todos estos lagos ocupan hoy.



Puede decirse que el Ynkon empieza a treinta millas al Norte del lago la Barga, porque el río Twenty Mile, en el que se vierten las aguas del lago, no es más que un riachuelo poco profundo, y no debe tomar el nombre de Yukon (río grande) sino a partir del momento en que se reúne con el Hootalinqua, porque entonces solamente aumenta su volumen, y su corriente se hace más rápida.

A las nueve, nuestro camino nos llevó una vez más a orillas del lago, y una hora después, poco más o menos, percibíamos, por encima de los altos árboles, espirales de humo que se elevaban en el picante aire. Las rocas de lava sobre las que marchábamos, herían nuestros pies, ya destrozados y cansados; pero nada era capaz de detener nuestra marcha. Bajamos la playa hasta el vapor *Bailey*, «lentamente, como dijo el capitán Ballantyne, y un poco débiles de las piernas, sin duda, pero erguidos y con la cabeza alta, como tambores mayores».

Habíamos recorrido, en poco más de treinta y seis horas, más de sesenta millas, a través de un bosque que tal vez no tiene igual en el mundo, por las dificultades que hay que vencer para atravesarlo, sino en las selvas de las islas Menores de Filipinas.

Telegrafiamos en seguida a White-Horse para notificar nuestra llegada a Hawkins, que, a juzgar por su respuesta, la noticia le regocijó tanto como le sorprendió. A petición nuestra el capitán Bellantyne se sirvió retrasar otro poco la salida de su barco para esperar a Mendenhall y a sus compañeros, que llegaron en el día. Habían encontrado aguas más profundas al acercarse a la salida del lago, en Thirty Mile, lo que les permitió hacer uso de su embarcación y avanzar rápidamente. Por orden del mayor Sayder, dos policías habían marchado a nuestro encuentro, y remontando la costa del lago en una canoa Peterborough. Pero, mientras que aquellas bravas gentes, obligadas a sacar su canoa del hielo y hacer que avanzase con ayuda de pértigas en los lugares que había poca agua, nos buscaban por todas partes, nos encontrábamos nosotros a va-



rias millas de distancia, en el corazón del bosque, y seguíamos pacientemente la línea telegráfica. Los policías volvieron solos por la tarde, cuando el vapor iba a zarpar para Dawson. Su sólida canoa *Perterborough* se había roto durante el viaje, hasta el punto que habían tenido que abandonarla y volverse a pie. Contaban con encontrarla después del deshielo, y pensaban que podrían componerla.

Cuando estuve a bordo del *Bailey*, no quise, cosa bastante rara, ni acostarme ni comer, como hubiera podido esperar. Cuando el hambre y el cansancio han llegado a un punto extremo, hay que aportar remedios graduales más bien que inmediatos.

Durante la tarde, el vapor comenzó a descender el río, cuya corriente era rápida y las aguas claras. Tomé dos huevos y un sorbo de champaña, y me fui a acostar. A medio día me desperté y llamé al camarero, que me trajo una comida más substanciosa que la precedente. Dormí entonces hasta las doce del día siguiente, habiendo dado exactamente la vuelta del cuadrante. Me levanté entonces completamente descansado y habiendo de repente recobrado posesión de mí mismo. Solamente me dolía de un modo atroz el talón derecho. Tuve que llevar una zapatilla durante varios días, aun después de haber llegado a Dawson, el 2 de Junio.

Los periódicos de Dawson habían publicado el relato de nuestras aventuras, que les telegrafiaron, y encontramos en el muelle a muchas personas que aclamaron nuestra llegada.

Hasta pasados diez días, y no antes del 15 de Junio, llegaron a Dawson los viajeros que dejamos en Skagway y White-Horse.

Las provisiones y las prendas de vestir que abandonamos en el bosque, se encontraron al poco tiempo. Nos lo enviaron todo a Dawson. Nada se había perdido, y hasta nada, por decirlo así, se había estropeado. Los exploradores y los *prospectors* son rara vez ladrones.

Fuimos los primeros en haber dado la vuelta al lago en



aquella época del año; pero me figuro que hoy es una excursión corriente. Deben de haber hecho un camino, porque nunca cuesta sino el primer paso. En esto, como en muchas otras circunstancias del mismo género, la iniciativa fue lo que más costó, respecto a valor y voluntad. No siempre es tan difícil hacer una cosa como resolverse a hacerla.

## XIX

### El verano de 1901.

Ocho meses habían transcurrido desde que dejé el país. No observé, sin embargo, grandes cambios en Dawson. Por excepción, no hubo ningún incendio aquel año, y nadie había construído. Había que esperar aún unas cuantas semanas antes de que el río estuviese completamente libre de hielos entre San Miguel y Dawson, y nosotros éramos las únicas personas llegadas a Dawson en el año, porque el lago la Barga estaba todavía helado.

El número de habitantes era aproximadamente el mismo. Mueren pocos en aquel clima. Encontré a muchas gentes con caras alegres, ojos brillantes y miembros vigorosos, que me hacían reconocer a los veteranos, de los que me despedí hasta la vuelta, en el mes de Octubre anterior.

Al día siguiente de mi llegada, marché a las minas en la diligencia diaria, ¡gran innovación! Había mucha nieve en las colinas, a espaldas del Bonanza, pero el río tenía agua y corría. Aquello era para mí un espectáculo delicioso. El valle estaba cubierto de una capa de lodo y fango.

Cuando la diligencia se paró, al pie de la colina, Billy MacLeod se presentó a recibirme. Era contramaestre en sustitución de Dave Jones, que se había marchado del país de Gales en el otoño anterior. Me recibió muy afectuosamente, y me contó al detalle lo que había hecho durante el invierno.

Habíame enviado de vez en cuando informes a Europa;

E. M.—Febrero 1914.



pero no hay informes que valgan lo que dos buenos ojos. Yo estaba muy contento de hallarme de vuelta, e impaciente por ponerme a la obra.

Mientras que charlábamos, de pie, en el mismo lugar en que me apeé de la diligencia, oímos un estrépito cerca de nosotros. Alzamos la cabeza y, al mirar a la vía férrea, que se encontraba precisamente frente a nosotros, vimos que una vagoneta llena de grava corría a toda velocidad por la inclinada pendiente.

—¡Se ha roto el cable!—exclamó Mac, cuya voz repercutió en la atmósfera, tranquila y azulada.

Un instante después, la vagoneta chocaba rudamente contra la barrera, en el extremo inferior de la vía, pasaba a través del maderamen, como si fuera de papel, y caía en las aguas burbujeantes y rumorosas de las lavadoras, que se hallaban a veinte pies debajo. La otra vagoneta, vacía ésta, que estaba unida por el mismo cable a la primera, no tardó en seguirla, y arrancó al paso los restos de la barrera.

—¡El hombre de las lavadoras!—exclamó de repente Mac; y ambos nos precipitamos adelante, mientras que los mineros acudían por todas partes.

Pero el hombre que se encontraba en las lavadoras, ocupado en tamizar la grava, era Jim Ketter, un antiguo minero de Australia, que había ya pasado dos inviernos en el Clondic, y, por consiguiente, sabía salvarse de un peligro y conservar toda su presencia de espíritu en circunstancias críticas.

Ketter no podía ver lo que pasaba, porque la barrera interceptaba su vista y le ocultaba la vía férrea; pero oyó el ruido y la exclamación de Mac Leod. De un salto abandonó su tarea y se subió a un montón de grava. En el momento mismo de quitarse, la vagoneta caía precisamente en el sitio que acababa de ocupar, aplastando las cajas, derramando el oro, que rodó a lo largo de la colina abrupta. Por un segundo, no murió de un modo infalible, tan repentinamente como por una



bala de cañón. Pero estaba sano y salvo, sonriente y un poco pálido; y me dijo, en respuesta a mis preguntas:

—¡Oh! No haga usted caso. No ha pasado nada. Sin embargo, a no ser por el grito de Mac, no sé lo que me hubiese ocurrido. Pero no ha sido mal estropicio—añadió señalándome los destrozos.

A través de la masa de maderas y hierros rotos, el agua de las dos lavadoras arrastraba todo, llevándose el oro que salía de las cajas abiertas para esparcirlo a lo largo de la pendiente. Vi varias pepitas de oro, de un valor de veinticinco a cincuenta dólares cada una, que yacían en el suelo, y que, gracias a su peso, resistían vigorosamente el impulso del agua, que no podía, a pesar de la violencia de su corriente, arrastrarlas. Volviéndome a Mac, me esforcé en sonreír, y le dije:

—Me parece, Mac, que le he traído la mala suerte. Hubiera hecho mejor en quedarme en Europa.

Mac movió tristemente la cabeza.

—Espero—dijo—que no perderemos mucho oro, aunque haya, a lo que creo, trescientas o cuatrocientas onzas en las cajas. No hemos retirado el oro desde hace cuarenta y ocho horas. Pero el polvo se ha corrido allí, en el suelo, y podremos recogerle con vasijas. Se necesitará tiempo, sin embargo.

—¿Cuántos hombres tiene usted a sueldo?—pregunté.

—Ochenta y siete—contestó.

—¿Tiene usted un cable de repuesto?

—No, y no lo hay en Dawson. El río está todavía helado, como usted sabe, y los almacenes de la ciudad han vendido todas sus existencias. En vano quise procurarme uno la semana última, por haber observado que éste se gastaba y que las mallas de acero empezaban a ceder. Tendremos que componerlo nosotros mismos. ¡Pero qué lástima de barrera y de vagonetas!

El pobre Mac bajó hasta el lugar del accidente en busca de las piezas intactas que pudieran servir, como un padre busca a sus hijos después de un ciclón. Yo hacía una hora que había



llegado, y aunque estaba muy satisfecho de verme allí, me pareció que mi situación no tenía nada de agradable. Dejé mi maleta en el lugar que la puse al sacarla de la diligencia, y, quitándome el traje de viaje, me vestí con una blusa y unos pantalones de faena.

Tomé la dirección de los trabajos en la mina para que no se interrumpieran, porque, como la primavera era muy húmeda, pudieran producirse derrumbamientos en los subterráneos. Amontonóse el barro que se sacaba de las galerías en la planicie de la colina, cerca de mi casita. Los hombres, unos doce, que trabajaban afuera, empezaron a limpiar y desembarazar el terreno. Mac Leod subió a la colina para vigilar el trabajo de las galerías, y yo me quedé abajo. Cuando se hubieron quitado los restos de maderas y de hierros, oímos el ruido de las nuevas lavadoras, en medio de la corriente de agua, y, ayudado por dos de mis más fieles mineros, eché adentro con una pala el oro derramado a nuestro alrededor.

Estabamos en el mes de Junio, y podíamos trabajar toda la noche. La atmósfera estaba lo bastante clara para que se viese suficientemente, incluso a la una, momento de la mayor obscuridad. A las veinticuatro horas del accidente todo había recobrado su curso habitual, como si nada hubiese ocurrido, y creo que no perdimos una docena de onzas de polvo de oro. Pero nos costó mucho trabajo, y ni yo ni nadie se fué a descansar mientras que las ruedas de las vagonetas, rechinando sobre los rieles, no hubieron empezado otra vez a hacer que resonase en la mina su rumor alegre.

Mis mineros eran hombres abnegados y leales, y lamento mucho que cada uno de ellos no haya llegado a ganar una fortuna que merecían todos.

A los quince días, el número de hombres ocupados en mi mina había ascendido a ciento, y hacíamos jornadas de once horas. Las lavadoras funcionaban veintidós horas al día. Las dos horas restantes se empleaban en reparaciones o en quitar el polvo de oro de las cajas. No perdimos mucho tiempo.



El agua era abundante, llovía casi diariamente. Como nuestros vecinos estaban tan ocupados como nosotros, nos hacíamos pocas visitas, y no íbamos nada a Dawson. Me vi obligado a ir, por primera vez, a las seis semanas de mi llegada, para arreglar unos asuntos que no admitían demora; pero a las treinta y seis horas estaba de vuelta.

El Yukon estaba libre desde su nacimiento hasta su desembocadura, en todo el curso majestuoso de sus dos mil millas. Llegaban y salían buques llenos de centenares de pasajeros, y la ciudad tenía la animación de una colmena. La diferencia, desde el punto de vista de la actividad, entre el verano y el invierno, era asombrosa. Observé de nuevo un cambio en las costumbres y la manera de ser de las gentes, que cada año parecían abandonar un poco más las costumbres de los antiguos para tomar los usos de los países civilizados. Si uno de los buscadores de oro del año 1897, que todavía se encontraban río abajo, en los alrededores de Tanana, hubiera vuelto a Dawson, no hubiese podido reconocer el Clondic, y se habría creído en alguna afortunada población de la costa del Pacífico. Nada puede detener el progreso del hombre en su desenvolvimiento y en su busca de la comodidad. Podemos tener por cierto que si se llega alguna vez al Polo Norte y se descubre allí oro, no pasarán cinco años sin que se pueda ir a la ciudad polar en buenos trineos, con buenos perros, por una buena pista, para encontrar dicha ciudad alumbrada con luz eléctrica y provista de tranvías y casas de juego. En la lista de los restaurants se leerá, entre los platos principales, carnes de foca y de almizclero, y los habitantes, cuya mayoría se compondrá de escoceses, tendrán que soportar, entre otras aficciones, un periódico diario.

No hay nada como el oro, o la esperanza de encontrarlo, para poner en marcha, a los corredores de aventuras, hacia cualquier extremo del mundo.

Sin embargo, Dawson no me pareció tan agradable. Los nuevos habitantes, corteses, sonrientes y de buen aspecto, no



eran tan sencillos, ni tan honrados, ni tan buenos trabajadores como los bravos antiguos. Representaban el presente, y nada en ellos recordaba el pasado. Tenían aires extraños e irreales en aquella atmósfera del Clondic, impropia para ellos. Sobreponíanse a los antiguos habitantes porque tenían dinero y podían comprar minas y propiedades. Gastaban sus energías sin resultados, recorriendo el país todo lo de prisa posible, pero con la adquisición de pocos conocimientos útiles.

Volví a mis minas, feliz de encontrarme en mi casa y de trabajar en mi provecho. Por aquella época, durante este último año de mi estancia en el Clondic, era una verdadera Arcadia el terreno bañado por el Bonanza. Llovía casi todos los días; pero las gotas nos parecían ligeras, y nosotros, mineros, nos felicitábamos de la bienhechora humedad que penetraba en el suelo y engrosaba el río. Las flores brotaban en las colinas, bajo los árboles, transformando los caminos en jardines, haciendo de toda elevación de terreno un verjel perfumado. Cuando se marchitaban y morían, nacían otras. Durante todo el verano y todo el otoño, el país parece un inmenso jardín, parecido a los que recuerdo haber visto rodeando el Taj-Mahal, en Agra. También abundaban las frutas: frambuesas, grosellas, maduraban en las alturas. Era un espectáculo encantador ver a los mineros que, después de un trabajo de once horas, en vez de bajar corriendo la colina para ir a comer, la remontaban con grandes sacos que, a las tres horas, traían desbordantes de jugosas bayas. ¡Qué comida hacían entonces con estas frutas, leche condensada, azúcar, café y pan blanco como la nieve, que se les proporcionaba abundantemente! La harina del Canadá es, en efecto, la mejor y más hermosa del mundo. Aquellos días, economizaba yo, porque, mientras que hubo frutas, mis hombres no comieron otra cosa. Pero había dos platos de los que no se cansaron nunca: los huevos pasados por agua y las conservas de tomates. En el refectorio, cada vez que se servían estos platos tan gustados, la mesa quedaba prontamente limpia. Nunca hacían demasiado los coci-



neros. Cuando por casualidad faltaba durante un día o dos algún otro artículo, poníanse ante mis mineros montones de huevos duros y se cargaba la mesa con platos de tomates asados al horno, y jamás se oyó una observación ni una queja.

Reinaban entre mis hombres y yo los sentimientos más cordiales. Estaban seguros de cobrar sus salarios, no había huelgas, y todos sabían que yo no despedía nunca a nadie sin razón y sin una buena razón jamás influenciaba a mi contra-maestre en la elección; dejábale en absoluta libertad de contratar a los hombres que quisiera, y aunque todos los habitantes de Dawson me lo hubieran pedido, no hubieran logrado que le recomendase a nadie. Yo pedía a Mac Leod buenos resultados, y, con los conocimientos y la experiencia adquiridos, me creía perfectamente apto para juzgar si los resultados eran realmente buenos.

Cuando la lluvia era copiosa y el suelo húmedo amenazaba hundirse en el fondo de la mina, contratábamos algunos hombres para trabajar horas suplementarias, y siempre se nos presentaban más de los que se requerían. La grava se deshelaba hasta la altura de cien pies sobre las galerías, bajo la constante influencia del vapor ardiente, y se desmoronaba en los vacíos que encontrábamos cuando abandonábamos un instante las galerías.

No era una lucha, sino una carrera entre la Naturaleza y nosotros. Trataba ella de hacer que se derrumbasen las galerías, y teníamos que apuntalarlas a escape para impedirlo. Andamiajes de madera, de seis pulgadas de espesor, se rompían a las dos horas de puestos; otros se hundían en el suelo bajo el enorme peso de la colina que sostenían, y desaparecían casi por completo. Formáronse huecos que produjeron derrumbamientos y hubieran podido causar accidentes. Felizmente no murió nadie.

Trabajábase duro, pero eran días felices. Estaba yo, como se comprenderá, ansioso de noticias de fuera; me preguntaba si el mundo seguía existiendo y qué es lo que hacía sin mí;



sin embargo, pasé días y noches sin un periódico o un libro. Cuando se está así acampado y de manera provechosa, por no decir agradable, asombra ver con qué facilidad se puede prescindir de los demás y vivir durante cierto tiempo en sí mismo.

La vida del Clondic se deslizaba, por decirlo así a mis pies, porque el camino del Bonanza se había convertido en la vía principal entre Dawson y las minas de todos los otros ríos. No estábamos, pues, en modo alguno aislados, y aunque lo hubiésemos estado, no habríamos tenido tiempo de advertirlo. Pero no pasaban cinco minutos en las veinticuatro horas del día sin que viéramos perros, caballos, vehículos y hombres que pasaban rápidamente en uno o en otro sentido.

Estaba bien resuelto a agotar mi mina durante la estación. No fui a Dawson más que cuatro veces en todo el verano, y el último día del mes de Setiembre miraba por última vez, desde la ventana de mi casita, la radiante puesta del sol, que iluminaba el horizonte con colores transparentes y fuegos silenciosos, mientras que el astro se hundía poco a poco tras de la Cúpula.

Al día siguiente, después de haber estado en las Horcas, para despedirme de todos, hombres, mujeres, niños, perros, caballos, porque a todos conocía en el lugar; después de haberme despedido también de mis mineros, cuya mayor parte marchó en seguida a Dawson, tomé, al atardecer, el camino de la ciudad. Había preferido ir a pie que a caballo, porque me parecía más agradable y más natural saludar así a las gentes conocidas que encontraba al paso, y a las que dejaba con emoción.

Las aguas del Clondic no me parecieron nunca tan claras y tan transparentes como el día en que crucé el puentecillo recientemente construido. Los bloques de hielo azulado que descendían flotando la corriente y se dirigían al mar de Bering, parecíanme amigos que abandonaba.

Habíase abierto un nuevo camino que partía del puente



nuevo, haciendo saltar enormes bloques de granito en la montaña, desde el puente hasta la ciudad. A los dos lados, no veía sino casas nuevas; no cabañas, sino verdaderas casas de dos pisos. El Palacio de Justicia era soberbio con sus tres pisos y su fachada de columnas dóricas. A la mañana siguiente, pude leer en uno de los diarios de Dawson noticias de Londres, fechadas la víspera. Había teléfono en casi todas las tiendas y en casi todas las casas. Cubas de riego derramaban una fina lluvia por las calles polvorientas provistas de aceras. Vendíanse al aire libre peras, albaricoques, uvas y melocotones, no a un dólar cada uno, como en Agosto de 1898, sino a un dólar la caja. Podíase comprar por un precio razonable heno recogido en el país. Las tiendas y los restaurants tenían en escaparates legumbres de todas clases, que se daban ahora en los alrededores de Dawson, y en cantidad suficiente, según me aseguraron, para atender todas las demandas.

Las orillas del Yukon estaban provistas de muelles, y llegaban tan a menudo los barcos procedentes de White-Horse con mercancías y pasajeros, que había casi un correo diario. Los alimentos y el hospedaje estaban a precios relativamente bajos, y eran poco superiores a los de las ciudades de la costa del Pacífico. Leíanse en las paredes de las casas diversos anuncios teatrales. Las gentes viajaban en coche, y a veces se veía un sombrero de copa, mientras que desaparecían las camisas rojas. Lo viejo huía ante lo nuevo. No me sorprendió saber que había en la ciudad dos buenos círculos y que se daban todos los días banquetes con traje de etiqueta.

Los pocos días que precedieron a mi marcha los ocupé en arreglar mis asuntos y poner todo en orden antes de mi partida definitiva.

El 10 de Octubre bogábamos por última vez por las aguas del Yukon, y seis días después salíamos de Skagway. El servicio de vapores y de trenes era mucho mejor que el año anterior. Podía irse a Dawson y hasta hacer el viaje circular de Seattle a Vancouver y San Miguel, pasando por Skagway y Daw-



son, y volver al punto de partida, muy rápida y cómodamente.

Podía hacerse el viaje en seis semanas, lo que permitía detenerse en Dawson o en otros puntos. Nada falta en los vapores del río; encuéntrase una excelente comida y todas las comodidades apetecibles. En Junio y Julio el viaje es admirable. Las noches son claras sobre el río, y el país merece ser cantado por su encanto y su belleza.

El territorio de Alaska, regado por el Yukon, contiene mucho oro. Se hallarán ciertamente otros Clondics en esas vastas extensiones fértiles en minerales, en minerales de cobre especialmente. En los valles de los afluentes del Yukon, muy anchos en el lugar en que sus aguas se mezclan con las del río grande, se cultivarán, bajo el ardiente sol ártico, bastantes legumbres para nutrir a todos los habitantes, y también piensos para los caballos. Se ha descubierto carbón; cierto es que su calidad no es todavía muy buena. Un hombre puede hoy muy bien llevar consigo a su familia a los alrededores de Dawson, establecerse en uno de los valles y cultivar el suelo para vender sus productos, en muy buenas condiciones, en Dawson, en Tanana y en otras poblaciones del Yukon, que existen ya o que existirán pronto. Las innovaciones modernas han permitido hacer frente a los rigores del invierno, y los que han podido soportar los fríos de Montana y las poblaciones del Norte de Rusia, se encontrarán muy bien en las márgenes del Yukon. No hay nunca vendavales; ni siquiera sentí nunca una ligera brisa. Salvo cuando llueve, la atmósfera está siempre serena y límpida.

El Gobierno de los Estados Unidos ha establecido el telégrafo entre Dawson y San Miguel, y, sin duda alguna, llegará un día en que el ferrocarril de White-Horse seguirá la línea telegráfica y descenderá al Yukon. Este es el último rincón del globo todavía inhabitado que pueda subvenir a las necesidades de una numerosa población. Es una buena suerte que esos inmensos espacios estén regidos por las dos naciones anglo-



---

sajonas. Esperamos que, cuando ese vasto país se haya dividido en Estados y provincias, los legisladores del Porvenir no olvidarán, en su orgullo del Presente, a los exploradores del Pasado.

JEREMÍAS LYNCH

FIN



# PADRE E HIJO

## ESTUDIO DE DOS TEMPERAMENTOS

---

### CAPITULO XII

En aquellos días, a su llegada al colegio, los muchachos educados en piadosas y apacibles familias encontraban, en su mayoría, un abismo abierto a sus pies inexperimentados. Pero el hecho de pasar bajo el techo paterno las noches del sábado y del domingo, me puso, supongo, al abrigo de muchas sorpresas. Hubo una crisis, pero que fue para mí indecisa y lenta. En cambio, me inclino a creer que fue para mi padre clara y aguda. Permitirme abandonar el hogar paterno, aunque fuera solamente por cinco días en ciertas semanas, era, en su espíritu, que había que abandonar en su primitiva grandeza el gran proyecto durante tanto tiempo acariciado y tan apasionadamente fomentado.

El Gran Proyecto, y no puedo menos de concederle aquí el honor mortuario de las letras mayúsculas, había sido, como lo saben mis lectores, consagrarme exclusivamente y consecutivamente, de un extremo a otro de mi vida entera a un servicio manifiesto, ininterrumpido y sin compromiso, al «servicio del Señor». Este ardiente deseo fue el de mi madre, que, a su muerte, lo legó a mi padre como un sueño de la Tierra Prometida. En su éxtasis, mis padres me cogieron de la mano, como, en remotos tiempos, Elkanah y Hannah cogieron a Samuel



para hacerle bajar de sus montañas de Ramathain-Zofim hasta Silo, a fin de hacer allí sacrificios al Señor de los Ejércitos. Habíanme vestido de lino, y tenían la esperanza de dejarme junto al altar, «porque, dijeron, todo el tiempo que viva pertenecerá al Eterno.»

Sin duda, en el transcurso de aquellos catorce años, a la luz de los relámpagos que cruzaban su espíritu, cuando sorprendía algunos de mis dichos, o descubría alguna de mis idiosincrasias, mi padre había a veces entrevisto que yo no era de aquellos a quienes el temperamento destina, en definitiva, a vivir según la regla austera de la religión. Sin embargo, tenía la esperanza de que cuando las menudas asperezas de la infancia hubiesen desaparecido con el roce, envolvería mi alma una profunda y suntuosa madurez. Tenía una manera conmovedora de concederme el perdón de mis faltas de conducta, después de haberlas dulcemente censurado, y expresaba su pena por mi fragilidad, diciendo con acento de una ternura turbadora: «¿No eres tú el hijo de mis oraciones?» Seguía creyendo que la oración, una oración tan ardorosa y tan tenaz como la suya, tenía que triunfar. La fe podía mover las montañas; ¿no podría, pues, modelar el corazón moldeable de un niño, puesto que su padre tenía la certeza de que su fe era inquebrantable? Había vehementemente deseado, había esperado un hijo que careciese de las audacias humanas, que fuese humilde y sin tacha, que no se viera turbado por las agitaciones del mundo; un hijo cuya vida fuera purificada y mantenida en la rectitud por el poder del Supremo, *in custodiendas sermones Dei*; un hijo en que debiera sacrificarse todo, a excepción de la sola cosa necesaria para la salvación.

De qué manera podría ganarse la vida semejante prodigio de humilde piedad, es cosa, me figuro, que no le ocurrió preguntarse nunca. Mi padre manifestaba por el dinero una singular indiferencia. Tal vez pensaba que, totalmente desprovisto de ambición como yo debía serlo, llegaría tranquilamente a la edad adulta, para continuar su ministerio cerca de los



pobres del rebaño de Cristo. Veía, supongo, como a través de un sueño confuso, que había justamente lo bastante para nosotros todos sin que tuviese yo que emprender una carrera o un oficio. Creo que fue al cumplirse mi primer año de colegio cuando fui testigo silencioso, pero indignado, de una conversación que tuvieron mi padre y el señor Tomás Brightwen, el hermano de mi madrastra, banquero de uno de los condados del Este.

«¿Qué va a ser?» Tal era la cuestión discutida, tomada en el sentido que se entiende en el mundo. Estoy seguro que era por primera vez, cuando menos, en mi presencia. El señor Brightwen, me imagino, estaba hablando por mi madrastra, cuyo cariño hacia mí era cada vez mayor, para que propusiera, o más bien diese aire a una proposición de coloquio sobre mi porvenir. Tampoco él tenía hijos, y creo que una benévola inspiración les había impulsado a «tantear el terreno», como se dice. Exponía que los negocios de banca discreta y honradamente llevados, conducían a veces, y bien sabemos que lo pueden, a la abundancia de bienes. Con horror mío, mi padre, con creciente energía, contestó que «si le ofreciesen a su querido hijo una carrera que le permitiese ganar diez mil libras esterlinas al año, pero que desviara sus pensamientos y su interés de la obra del Señor, rechazaría semejante oferta en nombre de su hijo». El señor Brightwen, caballero escrupuloso y cortés, que, evidentemente, no hizo jamás en su vida una declaración interesada, debió de escandalizarse; no tardó en dejarnos, y no recuerdo que nos volviera a visitar.

En el papel mudo, que era el mío, experimentaba sentimientos muy parecidos a los de Gehazi, y si me hubiese atrevido, hubiera gustosamente seguido al banquero. Hubiera hecho que excusara la viveza de mi Elíseo, y le hubiese recordado los hijos de los profetas. «Dame, te ruego, le habría dicho, un talento de oro y dos vestidos para muda.» Me parecía muy penoso que mi padre pudiera, de manera tan sumaria, disponer de mis perspectivas de fortuna; pero el hecho de ser yo



sensible a ella y de suspirar por lo que creía ser mi «suerte», muestra la distancia que ya nos separaba. Tengo la convicción de que mi padre creía expresar mis intenciones íntimas, cuando rechazaba la discreción y benevolencia de su cuñado. Pero ciertamente no era así. Me apenaba rudamente el pensamiento, así me lo imaginaba yo, de que había tenido la fortuna casi al alcance de la mano, y que había sido arrojada toda ella por la borda, al mar de los escrúpulos paternos.

Ninguno de mis compañeros del pueblo era alumno del colegio que ahora frecuentaba, y llegué a él sin conocer a nadie. Pronto, sin embargo, me habría relacionado, si mi padre no hubiera estipulado, por desgracia, que yo no durmiese en el dormitorio de los muchachos de mi edad, sino en el cuarto ocupado por los dos hijos mayores de un eminente hermano de Plymouth, a quien conocía. Desde el punto de vista social, era un arreglo enojoso, puesto que aquellos jóvenes, que me llevaban algunos años, estaban también más adelantados. En efecto, el mayor de los dos hermanos saldría pronto del colegio. Estaban muy satisfechos de su independencia y les contrariaba mucho mi compañía. Habíase supuesto que protegerían y fomentarán mis prácticas religiosas, que me invitarían, como mi padre lo había precisado, a acercarme con ellos al Trono de Gracia, al culto de la mañana y de la noche. Ahora bien, ellos no pretendían, en modo alguno, ser considerados como devotos; me consideraban como un intruso, y, al cabo de cierto tiempo, el menor de los hermanos, el más turbulento, me hizo saber que sospechaban que me habían puesto en su cuarto para «expiarles»; que así era, seguramente, convenidos su padre y el mío. Al mismo tiempo, me daba a entender que «si sabía la menor cosa» me iría mal. Pero yo no tenía el menor deseo de molestarles y no tomaba el menor interés en sus cosas. No tardé en descubrir que estaban entretenidos en una especie de tonta correspondencia amorosa con las muchachas de un colegio vecino; pero ¿qué eran para mí semejantes bagatelas?



Aquellos mocetones, que ya hacía tiempo que debían haber dejado el colegio, usaban manifiestamente conmigo de malos procederes, me condenaban al silencio. No me dirigían la palabra sino para darme una orden. Mi juventud requería que me acostara y me durmiese antes que mis compañeros, y por la mañana me despertaban y me mandaban al trabajo, mientras que ellos seguían aún bostezando. Pero, lo mismo que me separaban de mis compañeros de la misma edad por la noche, permanecía también separado de ellos durante el día; de suerte que yo no era nada a sus ojos, ni interno, ni externo, ni carne, ni pescado. La soledad de mi vida me parecía extremada, y el hecho de ir a casa el sábado por la noche para volver el lunes por la mañana, impedía aún más todo compañerismo escolar. Durante mucho tiempo, sobre los confines de aquella juventud que se abría a la vida, «vagué solitario como una nube», y a veces me sentía más desgraciado que antes. Y sin embargo, nadie me tiranizaba, y, aunque oscura y vagamente fuese testigo de actos de impureza y de crueldad, nunca fui víctima de ellos, y nunca tampoco fui confidente de peligrosos secretos. Supongo que mi rara reputación de santidad, medio temible, medio ridícula, me envolvía en una atmósfera aisladora.

Nos engañan los proverbios consagrados, y uno de los más clásicos nos dice que «el niño es el padre del hombre». Pero, en mi caso, no puedo creer que esto sea verdad. En mis años de madurez siempre he sido un enamorado de la especie a que pertenezco, dependiente de la compañía de mis amigos, por la pulsación misma de mi vida moral. Ser abandonado, como un marino desembarcado en una isla desierta, estar encerrado en una celda solitaria, habitar un faro o acampar solo en medio de un bosque, he aquí las que siempre me han parecido aflicciones demasiado abrumadoras para ser soportadas, ni aun con la imaginación. Una existencia en la que la conversación no existe, es como un aire demasiado pobre en oxígeno para que mis pulmones lo respiren.



Sin embargo, cuando al mirar hacia atrás, me detengo en los días de mi internado, no me veo atraído por ninguno de los seres humanos que entonces me rodeaban. Las caras de mis amigos arrojan luz en la memoria de esos años, pero apenas si recuerdo más que los nombres de dos o tres de mis compañeros de colegio. No hay uno solo cuyo espíritu o carácter haya hecho sobre mí una impresión duradera. Más adelante, he soportado con impaciencia la soledad y me ha asustado; pero, en el colegio, lo único que deseaba es huír de aquel bullicio y permanecer solo con mis reflexiones y pensamientos. De esta atracción magnética de la humanidad, que ha sido la angustia de mis años de madurez, no tengo el menor vestigio mientras que fui muchacho. No supe nada de esos amores frágiles hacia los que la mayor parte de los hombres echan después miradas tiernas y apasionadas, de esas emociones que no pueden explicarse sino con la explicación que de ellas da Montaigne: «porque era él, porque era yo». Yo, para quien la amistad ha sido después como el sol y el sueño, dejé el colegio sin que me iluminase y refrescara la afección de un amigo.

Si hubiera sido un alumno brillante, me hubiera sin duda atraído los celos de mis compañeros. Pero esto me fue ahorrado por lo mediano de los resultados que obtenía en clase. Quiero mencionar aquí un incidente que permitirá comprender los progresos realizados desde hace cuarenta años en los métodos de observación pedagógica. Yo era muy corto de vista, y, por consiguiente, los otros tenían sobre mí una grandísima ventaja, puesto que era incapaz de distinguir el encerado o la pizarra sobre los que se explicaban nuestros trabajos. Aunque parezca increíble, cuando se piense en ello, jamás, durante todo el curso de mi vida escolar, se me tuvo en cuenta semejante hecho, hasta que, cuando tenía yo diez y seis años, la dama polaca que nos enseñaba los elementos del alemán y del francés, llamó la atención de alguien sobre tal anomalía. No tenía yo gran prontitud de imaginación, y pasaba por más obtuso de inteligencia de lo que era, a causa de la bruma con

E. M.—*Febrero 1914.*



que me envolviera mi miopía. Pero esto no es una autobiografía, y no quiero fatigar al lector con los detalles fríos y como sepultados de una vida escolar sin interés.

No me resignaba, sin embargo, a parecer constantemente la nulidad que tenía conciencia de ser, y, al año de mi entrada en el colegio, afirmé bruscamente mi existencia en el brillo de un acto popular, y creo que con mucha sorpresa mía. Había incurrido en nuestras antipatías un joven auxiliar. Aquel pobre muchacho, tísico, medio muerto de hambre, era, me figuro, el más miserable de todos nosotros, y su carácter irritable, antipático y violento no le cuadraba para la tarea que se había impuesto. En el colegio, viejo edificio lleno de rincones, una larga habitación, semejante a una cueva, abríase sobre nuestro corredor principal, y recibía la luz por unas profundas ventanas con fuertes rejas que daban a un jardín interior. Aquella cueva era para nosotros, y allí teníamos nuestras cajas de juegos. Por tácito convenio, ningún profesor entraba allí. Una vez, al anochecer, estábamos allí muchos cuando sonó la campana para el estudio de la noche. Varios tardaron en acudir al llamamiento; M. B., perdiendo toda medida en su cólera, entró en la habitación, y, riñéndonos con voz silbante, la emprendió a echarnos afuera. Yo fui el último en salir, y, como él se volviera para ver si por acaso se quedaba escondido algún perezoso, me determiné a la acción. Con rápido movimiento cerré la puerta detrás de mí y eché el cerrojo, justamente a tiempo de oír al prisionero lanzar un grito de rabia. Me junté con los otros que subían a escape la escalera, y, rasgo característico de mi aislamiento, no tuve un «compadre» a quien confiar mi proeza.

Sin embargo, la noticia de que M. B. estaba encerrado fue conocida casi instantáneamente, y el respetuoso temor inspirado por este suceso, hizo que la clase de la noche, tan turbulenta de ordinario, guardase un orden ejemplar. Sin profesor, cerca de nosotros, en medio de un silencio raramente interrumpido por una risa ahogada o un siseo de llamada, permanecíamos en



nuestros bancos trabajando o haciendo que trabajáramos con celo. Mientras que me inclinaba sobre mi libro, comenzaban a entrechocarse en mi espíritu mil nuevos pensamientos. Yo era el libertador, el tiranicida; había emancipado a todos mis compañeros de la opresión odiosa. Seguramente, cuando supieron quién había dado el golpe, se unirían a mi alrededor, sería alguien en la vida de la escuela, y no ya sencillamente una sombra que trotaba o una invisible presencia. Por fin M. B. fue puesto en libertad por un criado, y subió a la sala de estudio, donde nos encontró en gran expectación.

Al pronto no dijo nada. Se dejó caer en la silla en la actitud de una persona medio desvanecida, mientras que con la mano se apretaba un costado. Su desfallecimiento, su silencio redoblaban la sorpresa de mis compañeros y me producían algo como remordimiento. Por primera vez pensé que era un hombre y podía sufrir. Se levantó pronto y cogió una pizarra, en la que escribió dos preguntas: «¿Lo ha hecho usted?—¿Sabe usted quién lo ha hecho?» Después hizo que circulase de mano en mano. Los «no» precipitados y redoblados que iba obteniendo parecían poner el colmo a su desesperación.

Uno de los últimos a quien correspondía la pizarra circulante era el culpable. Cuando vi acercarse este momento, me invadió una indecible timidez. Supuse que nadie me había visto, que nadie podía acusarme. Nada era más fácil o más seguro que negar, nada más embarazoso para el enemigo, nada menos peligroso para el culpable. Un diluvio de razones plausibles hizo irrupción en mi espíritu; parecíame percibir que este era un caso en que decir la verdad hubiera sido no solamente una locura, sino una falta. Sin embargo, cuando el profesor estuvo ante mí, tendiéndome la pizarra con su mano pálida y temblorosa, cogí el pizarrín; e ignorando la primera pregunta, escribí primeramente «sí» frente a la segunda. Supongo que, por su ambigüedad, esta actitud embarazó singularmente al señor B. Me apremió a que respondiera a «¿lo ha hecho usted?» Pero aquí, permanecí mudo obstinadamente, y me vi llevado a esca-



pe a un cuarto vacío, en donde me tuvieron encerrado toda la noche y todo el día siguiente, con intervalos de las visitas del director y de las otras personalidades inquisitoriales, hasta que, poco a poco, tuve que hacer una confesión plena y presentar excusas.

Este absurdo menudo incidente tuvo por efecto revelarme a mis compañeros como un sér viviente. En adelante, cesé de estar señalado con el estigma de la invisibilidad; habíame manifestado bajo una forma material, y por un momento había proyectado mi sombra en la leyenda. Pero no hubo cambio alguno en otros conceptos. Curiosamente refractarios a mi alrededor, no lograba a mi vez ejercer ninguna influencia, y en la práctica, mi aislamiento no era menor que antes. Por esto, los recuerdos relativos a la vida social de mis años de colegio son monótonos y vagos. Fue un período durante el cual, como así se me presenta cuando miro hacia atrás, el arroyo de mi naturaleza espiritual se extendió en un estanque sin profundidad, casi sin movimiento. Esforzábame en adquirir los elementos de ese conocimiento convencional que, en varias ocasiones, me había singularmente faltado hasta entonces. Pero mi cerebro estaba entumecido y mi visión intelectual velada. Las personas de edad a las que les ha ocurrido hablarme ulteriormente con franqueza de mi tiempo de escuela, me han asegurado que si les había frecuentemente llamado la atención como un niño inteligente, poco vulgar, hasta interesante, pareció que todas estas promesas se desvanecieron cuando fui un colegial; de suerte que los que estuvieron más inclinados a la indulgencia renunciaron a la esperanza de verme llegar a ser un hombre notable. Este fue particularmente el caso para el más indulgente de mis protectores: mi distinguida y bondadosa madrastra.

Sin embargo, como lo que relato aquí no puede tener valor sino mientras no me aparte en nada de la verdad, forzoso me es decir que la sequedad y esterilidad de mi vida escolar fueron más aparentes que reales. Mi desarrollo moral y mental proseguíase todo este tiempo en ciertas direcciones, y pues-



to que mis compañeros y mis profesores estaban de acuerdo para crearme tan estúpido, quiero dar pruebas tardíamente de «cierto espíritu de oportunidad», y preguntar si aquella creencia no obedeció hasta cierto punto a lo vulgares que eran ellos mismos. Creo que si algunas gotas de simpatía, que si ese rocío mágico del Paraíso hubiera caído en un desierto, hubiese podido florecer como la rosa, o en todo caso, como esa flor quimérica que es la rosa de Jericó. Tal como ocurrió entonces, el ambiente convencional, la aridez intelectual de mis profesores y de mis compañeros no me daban ninguna ocasión para desarrollarme fuera de mí. La vida interior que, como he dicho, proseguía inadvertida, no la destruían; pero la aprisionaban, la languidecían y la quitaban todo valor. Afirmábase bajo la forma de sueños y especulaciones, en el curso de los cuales, pasaba por muchas operaciones tortuosas del espíritu. Los objetos de estas últimas eran fútiles; pero la actividad de que eran causa tenía su utilidad. Si me fuese posible definir con mayor precisión lo que entiendo por esto, diría que si, durante mis días de colegio, no tenía pensamientos propios, preparaba, sin embargo, mi espíritu a pensar, y le enseñaba a especular.

Por esta época, el gran asunto de mi curiosidad consistía en las palabras como instrumentos de expresión. No cesaba de aumentar mi vocabulario, y de descubrir para las cosas términos adecuados y particulares. Aquí también el estudio se adelantaba a la práctica, puesto que estaba ocupado en proveerme de palabras antes que tener ideas que expresar con ellas. Cuando leí a Shakespeare, y llegué al pasaje en que a Calibán le dice Próspero que no tenía pensamientos hasta que su maestro le hubo enseñado las palabras, recuerdo cuál fue mi estremecimiento de sorpresa ante la intuición del poeta, porque yo mismo había sido un Calibán:

Tengo piedad de ti,  
Me tomé el trabajo de hacerte hablar, te enseñé a cada momento  
Una cosa u otra, cuando, bárbaro,



Ni siquiera sabías lo que querías decir, y proferías sones inarticu-  
[lados,  
Como una criatura estúpida: revestí tus dichos  
Con palabras que los hiciesen conocer.

Vagamente, de los libros que estaban a mi alcance, trataba de hacerme mis Prósperos, y tenía conciencia de que, cuando la palabra inevitable se había apoderado de mí, la imagen y la idea salían con ella de la obscuridad para mostrarse a plena luz.

Mi padre poseía un ejemplar del *Diccionario Etimológico*, de Bailey, obra publicada a principios del siglo xviii. Yo me estaba horas hojeándole, jugando con las palabras en un arreglo que no sabría encontrar hoy, deleitándome en el sabor de los provincialismos truculentos y anticuados. Sucedió que mi padre, al encontrarme ocupado de tal manera, tuvo la curiosidad de saber cuál era la naturaleza de mi trabajo, y yo no pude explicársela muy inteligiblemente. Me dijo que renunciara a semejante ociosidad, y me sirviera prácticamente del lenguaje. A este efecto, imaginó un ejercicio que me obligó a adoptar, aunque me era odioso. Me mandaba afuera, prescribiéndome, por ejemplo, que subiera por el sendero hasta Warbury-Hill, y volviera a casa a través del monte, o bien que bajase al mar por una de las sendas, siguiera la playa hasta la primera rendija del acantilado, y regresara pasando por el pueblo. Después me pedía que le contase, en el vocabulario más rico posible, todo lo que había visto en el curso de la excursión. Ya he dicho que esta disciplina me parecía detestable y abrumadora; pero, cuando miro hacia atrás, me hallo dispuesto a creer que no hubo nunca nada más provechoso y más práctico en el ejercicio a que me sometió mi padre. Este ejercicio me obligó a hacer observaciones visuales, a retenerlas en mi espíritu, y a vestirlas con un lenguaje minucioso y exacto.

Fue en el transcurso de mi décimoquinto año cuando trabé de nuevo conocimiento, inteligentemente esta vez, con Shakespeare. Me había caído en las manos una sola de sus obras



*La Tempestad*, en una edición escolar adaptada, supongo, a uno de los exámenes universitarios que se instituían entonces en la provincia.

Leí esta obra varias veces de cabo a rabo, sin desdeñar el apoyo de las notas, y haciendo del glosario mi regalo. Me apliqué al estudio de *La Tempestad* como no me había aplicado hasta entonces al estudio de ninguna obra clásica, y esta obra llenó todo mi sér de armonía y novelería. Este libro era mi tesoro secreto; el resto de las obras de Shakespeare quedaba fuera de mi esperanza. Sin embargo, llegué gradualmente a que me prestaran un volumen por aquí y otro por allí. Terminé *El mercader de Venecia*, leí *Cimbelina*, *Julio César* y alguna otra. Los demás dramas, en su mayoría, fueron para mí letra muerta durante mucho tiempo aún. Pero lo dicho fue bastante para bañar mi horizonte con todos los colores del sol levante. A causa, sin duda, de la manera como fui educado, las obras de Shakespeare no me parecían nunca como coaccionadas por las exigencias de la escena o destinadas a ser representadas por actores. Las imágenes que hacían surgir en mi espíritu eran las de gentes reales que se movían en pleno aire y expresaban, en el juego natural de la vida, sentimientos engalanados con el lenguaje más seductor, y también, porque tal me parecía, el más evidente y más necesario.

Mientras que me encontraba así bajo el encanto absoluto de la magia shakespirina, prodújose un acontecimiento significativo. Mi padre me llevó a Londres por primera vez desde mi infancia. Aquella visita, que no debía durar más que unos días, tenía por objeto permitirnos tomar parte en una enorme conferencia evangélica. Paramos, no lejos del Strand, en una fonda sombría, en la que me molestaba mucho el ruido, día y noche. Cuando no estábamos en la conferencia, pasaba muchas horas en un comedor de la fonda, entre los mendrugos de pan y las moscas azules, mientras que mi padre estaba ocupado en el British Museum y en la Royal Society. La conferencia se celebraba en una inmensa sala en un lugar del Nor-



te de Londres. Recuerdo que mi miopía contribuyó a darme una impresión algo asustadiza de aquella muchedumbre con sus círculos superpuestos de caras pálidas, confusas, que se desvanecían en la bruma. Mi padre, en calidad de invitado privilegiado, tenía asientos reservados en el estrado, y nos encontramos en el corazón de la primera asamblea verdaderamente considerable que hubiera yo visto nunca.

El interminable ritual de rezos, himnos y alocuciones no hizo impresión alguna en mi memoria, pero mi atención fue repentinamente despertada a la vida por una observación que se hizo entonces. Un hombre gordo, ya de edad, dotado de una voz de bajo y de un aplomo imperturbable, denunciaba el desarrollo de la incredulidad y la tibieza de los que hacían profesión de ser cristianos y se abstenían de dar la batalla a la invasora impiedad; comparaba tales cristianos con los Laodiceos, que el ángel del *Apocalipsis* vomitó de su boca. Por ejemplo, preguntaba el orador: ¿quién se alza hoy para impedir la explosión de la idolatría entre nosotros? «En este mismo instante—continuó—se procede, sin suscitar la reprobación, a una celebración blasfematoria del nacimiento de Shakespeare, un alma perdida que está hoy en los infiernos a causa de sus pecados.» La sensación que experimenté al oír estas palabras fue la de un golpe bruscamente asestado en la cabeza; estrellas y chispas voltejaban a mi alrededor. Si alguien a quien quisiera hubiera sido groseramente insultado en mi presencia, no me habría sentido más angustiado en mi impotencia. Nadie, en aquel vasto auditorio, arriesgó una palabra de protesta, y caí en un profundo abatimiento. Era, hay que observarlo, la primera noticia que tenía yo del tercer centenario del nacimiento de Shakespeare en Stratford, y no tenía la menor idea de lo que podía haber provocado la explosión de aquella piadosa indignación.

Pero Shakespeare estaba ciertamente en la atmósfera. Cuando volvimos a la fonda al medio día, me abordó el asunto espontáneamente. Contuve la respiración, dispuesto a sufrir



un nuevo tormento. Sin embargo, lo que oí me sorprendió y me alivió. «Ese hermano—observó él—no estaba autorizado, en mi entender, a hablar como lo ha hecho. Las gracias no estipuladas por Dios en su alianza no se nos han revelado. Antes de hablar tan temerariamente de Shakespeare como de «un alma condenada en el infierno», hubiera debido recordar lo poco que sabemos de la historia del poeta. La luz de la salvación estaba ampliamente diseminada a través del país, durante el reinado de Isabel, y no podemos saber si Shakespeare, antes de morir, aceptó la expiación de Cristo en la simplicidad de la fe.» La concesión parecerá pobre hoy a los espíritus ilustrados y mejor informados de las cosas del mundo, pero yo no sabía explicar con palabras el consuelo que me produjo. Por encima de los postres, dirigí a mi padre miradas afectuosas, y, a no haber estado presente el mozo, le hubiera estrechado entre mis brazos.

Esta anécdota puede servir para indicar la actitud que, por aquella época, guardaba mi conciencia respecto a la Teología. No tenía el sentimiento de hallarme en estado de rebelión contra la fe severa en que había sido educado; pero no podía menos de observar que la literatura me invitaba a tomar por innumerables senderos, cuyos meandros conducían a lo opuesto del camino recto y seguro que conduce a la salvación. Me imaginaba, si se me permite continuar esta metáfora, que por caminos tan seductores iba seguro mientras que no me aventurase tan lejos que perdiera de vista el camino principal. Si, por ejemplo, hubiera sido completamente seguro que Shakespeare era irremediablemente un condenado, ¿cómo hubiera podido justificarme a mis propios ojos el continuar leyéndole? Un sér que rompía el pan con los Santos todos los domingos por la mañana, que «había tenido un grupo» en la escuela dominical; que pronunciaba, como mi padre gustaba recordarlo, una confesión pública semanal de su complacencia en llevar la cruz de Cristo, ese tal sér no podía en modo alguno, por desconcertante y penosa que fuese esta conclusión, continuar ad-



mirando un alma perdida. ¡Pero cuánto consuelo me aportaba la dichosa posibilidad de un arrepentimiento final! Siempre podía consolarme la convicción de que cuando Shakespeare componía algún pasaje de embriagadora belleza, era en el momento preciso en que empezaba a exhalar el encanto que la fe de Cristo aporta a un alma santificada. Y, con casuística semejante, me perdonaba mis otros placeres intelectuales y personales.

Mi padre conservaba la seguridad de que mi colegio, que no volvió a visitar desde el día en que me llevó, estaba dirigido con arreglo a los mismos principios que los de su propia casa. Tuve a menudo la tentación de informarle; pero siempre me faltó valor para empezar. La piedad de aquel establecimiento que reunía a los hijos de muchos padres de convicciones evangélicas, se manifestaba principalmente en los prospectos. Los ejercicios piadosos se limitaban a una lectura de la Biblia en alta voz, por la mañana temprano, antes del desayuno; cada muchacho leía por turno un versículo, sin elección ni explicación.

Al llegar al último alumno, terminaba la lectura del día, aunque fuese en medio de una frase, y allí empezaba la lectura de la mañana siguiente.

A la lectura del «capítulo» seguía una oración larga y seca. No sé si este servicio matinal les parecía a los otros muchachos más superficial, más por cumplir que los que tenían costumbre, pero a mí me llenaba de asombro y repugnancia, habituado como estaba a los cultos domésticos en que mi padre leía «la palabra de Dios» con voz fuerte y apasionada, con énfasis dramático, interrumpiéndose para comentar y parafrasear el texto, y poniendo de relieve cada frase, como si cada una formase parte de un mensaje personal o de una conmovedora historia de familia. En el colegio, «la oración de la mañana» era un ejercicio lúgubre e ininteligible, y con él terminaban los actos religiosos hasta el día siguiente. La discreción de los muchachos es extraordinaria. Estoy absolutamente convencido de



que ninguno de nosotros reveló nunca en casa estos detalles a nuestros piadosos padres.

De hacerlo alguno, hubiera debido ser yo, puesto que hubiese «dado testimonio» el primero de todos. Pero me había hecho reservado en materia de confidencias. Nunca se sabía en qué enojoso sentido podían desarrollarse, ni a qué inquietantes excesos de celo podían precipitadamente conducir. Yo estaba en guardia contra mi padre, porque hartamente deseaba que me acercase a él para pedirle ayuda, ánimos y consejos espirituales. Todavía «delicado», sin perjuicio de ir adquiriendo una solidez de constitución cada vez mayor, estaba sujeto a serios resfriados y a dolores neurálgicos pasajeros. Mi padre deseaba casi furiosamente que estas molestias pudiesen servir para mi santificación, y cuando guardaba yo cama, a menudo deprimido por la enfermedad, era cuando acostumbraba a obtener sobre mí sus más implacables triunfos. Había conservado la singular superstición, estupenda en un hombre de ciencia y de larga experiencia humana, de que todos los sufrimientos y todos los males eran enviados directamente por el Señor en castigo de alguna falta precisa, y no como el simple efecto de una causa física. Las consecuencias de esta manera de ver eran a veces sorprendentes, y recuerdo especialmente que mi madrastra y yo cambiábamos nuestras impresiones, asombrados con motivo del proceder de mi padre con la señora Goodyer, mujer de un joven zapatero y miembro de la comunidad de los «Santos», cuando se rompió ella una pierna. Mi padre, embarazado un instante para descubrir la significación de este accidente, por cuanto la lesionada era el ser más dulce e inofensivo de los miembros de nuestra iglesia, decidió que debía de ser porque se había hecho un ídolo de su marido, e hizo llorar a la pobre criatura poniéndose a su cabecera e implorando al Espíritu Santo para que pusiera de manifiesto este pecado a los ojos de la doliente.

Así, cuando me encontraba en casa, sufriendo una de mis ligeras indisposiciones, la cuestión de mi estado espiritual pre-



ocupaba violentamente a mi padre, y resultaba para mí un verdadero malestar intelectual. Se presentaba junto a mi lecho, con solemne solicitud, y, cayendo de rodillas, rezaba con fervor, en alta voz, a fin de que pudiera serme graciosamente manifestada la intención con la que el Señor me había enviado aquella dolencia. Después se ponía en pie y me hacía sufrir un penetrante interrogatorio espiritual, encaminado a descubrir la falta tan divinamente denunciada y reprobada que se me advertía desde lo alto.

No era sobre detalles de conducta moral sobre lo que hacía este examen contradictorio; creo que faltas tan abyectas le inspiraban un desprecio demasiado grande para que pensara en buscarlas. Pero, incertidumbres de doctrina, algún desfallecimiento de mi fe respecto a la pureza de tal o cual dogma, una tibieza en mi celo para «llevar la cruz de Cristo», un desarrollo de mi orgullo intelectual, tales eran las ofensas insidiosas, por las que suponía que el constipado de cabeza o el dolor de muelas me habían sido enviados como mensajeros celestes, para llamar a la senda del deber a mi conciencia extraviada.

En ocasiones, experimentaba un verdadero tormento al confesarme que estar en cama no era una penalidad. Ganaba con ello no ir al reino del tedio, que era el colegio, estarme en un cuarto iluminado por un buen fuego, con mi bondadosa y sonriente madrastra, que me prodigaba cuidados exquisitos, y gozar largos días ininterrumpidos de lectura. Tenía desagradablemente conciencia de que no osaba el descaro de «acercarme al Trono de Gracia», con la demanda de saber por qué pecado estaba condenado a un tan agradable empleo del tiempo.

El curso de mi vida corría pleno y muy alegremente durante las vacaciones, cuando reanudaba mis ejercicios al aire libre, en compañía de mis amigos del pueblo. Creo que eran más refinados y de mejor educación que cualquiera de mis compañeros de colegio. En todo caso, solamente entre aquellos compañeros familiares continué anudando relaciones simpáti-



cas. En uno de estos muchachos, del que no he vuelto a tener noticias desde hará pronto una generación, hallaba gustos singularmente parecidos a los míos, y juntos andábamos a caza de obras en prosa y en verso, pero particularmente en verso.

Mis músculos habían tomado fuerza, la cual aumenta considerablemente con el ejercicio. Me daban el dinero necesario para tomar el tren que me conducía adonde estaba el colegio y para volver. Pero prefería recorrer a pie diez o doce kilómetros a lo largo de la costa, lo que representaba más de la mitad de distancia por ferrocarril entre el colegio y casa; por lo tanto, podía disponer como dinero de bolsillo lo que economizaba del precio del billete. Si acumulaba sumas tan considerables, era para comprar libros de poesía. Por aquella época no estaba, como hoy, al alcance de todas las bolsas, y la adquisición de cada obrita maestra era un triunfo particular. Y, especialmente, no olvidaré nunca la emoción que sentimos cuando llegamos a la cantidad exorbitante que pedía el librero por la edición, imperfecta por añadidura, de los poemas de S. T. Coleridge. Cuando por fin estuve en condiciones de satisfacerla, mi amigo y yo fuimos a la ciudad a continuar nuestra solemne adquisición. Una vez en posesión de nuestro tesoro, leíamos alternativamente, en alta voz, las estrofas del volumen de color de naranja, mientras que paseábamos. Después tomamos una vereda apartada y nos sentamos en la raíz protuberante de un olmo. Permanecimos allí en una especie de nirvana poético, leyendo, olvidados del tiempo que transcurría, hasta que hubo pasado con mucho la hora del desdeñado almuerzo, y tuvimos que llegar a escape a casa para encontrar allí pan, queso y una reprimenda.

Mis lecturas me originaban de vez en cuando algunos contratiempos que, hasta entonces, no fueron graves ni frecuentes. Tenía bastante cuidado en no poner muy de manifiesto lo que, perteneciente a la literatura, hubiera podido ser un percance. Pero, al ir a cumplir los diez y seis años, hice una adquisición que me procuró serios disgustos, y fue motivo de una



herida duradera a mi dignidad. Había mucho tiempo deseado un volumen, visto en el escaparate de un librero, en el que se decía que estaban reunidas las obras de poética de Ben Jonson y de Cristóbal Marlowe. Lo compré por fin, y me lo llevé para devorarlo, mientras que marchara por el camino desolado que, los sábados por la tarde, me llevaba a lo largo del acantilado. No pude sacar nada de Ben Jonson, pero cuando llegué a *Hero y Leandro*, me vi transportado a un cielo de pasión y de armonía. Era para mí una maravillosa revelación de belleza romántica, y mientras que iba a paso lento por el camino solitario y silencioso—con su perspectiva inmensa sobre el mar, y, de vez en cuando, sus rompimientos sobre la playa que se veía abajo,—alzaba la voz y cantaba los versos, sin dejar de avanzar perezosamente. Pensaba no haber visto nunca nada tan encantador como:

El enamorado Leandro, joven y hermoso,  
cuya trágica suerte cantó el divino Musaeus.

Todo esto se presentaba a mi imaginación más seductor que lo que hasta entonces había soñado, porque aún no había conocido a los románticos modernos.

Cuando llegué a casa, agotado de fatiga y entusiasmo, me fue absolutamente necesario, en cuanto me repuse, ir en busca de mi madrastra para que se asociara a mi contento. Lo que me parece chocante hoy, y una prueba desconcertante de mi inocencia casi infantil todavía, es que, al hallarla ocupada en sus labores, empecé a leer sin vacilación, en alta voz, el voluptuoso poema de Marlowe a aquella noble mujer, a aquella cristiana sin tacha. Fuimos muy bien al principio, pero al llegar al episodio de la languidez de Cupido, las agujas de mi madrastra empezaron a entrechocarse nerviosamente, y cuando nos embarcamos en la descripción de la persona de Leandro, mi madrastra me interrumpió diciéndome, a la verdad, bruscamente: «Dame ese libro, si gustas; desearía leer el resto para mí.» Muy sorprendido, dejé la lectura, y me quedé estupefac-



to al verla tomar el libro, cerrarlo con un ruido seco y taparlo con su labor. No logré que me dijese una palabra sobre el asunto.

Pronto se me olvidó el incidente; así fue que me alarmé en extremo cuando aquella noche, después de estar ya acostado, entró mi padre en mi cuarto, pálido, con los ojos inyectados, presa de una turbación violenta. Dejó la vela, permaneció en pie junto a mi cama y, durante algún tiempo, pareció irresoluto sobre el discurso. Luego me acusó, en términos vehementes, de traer a casa, de poseer y leer un libro tan abominable. Explicó que mi madrastra se lo había enseñado, que lo había ojeado y lo había quemado.

La frase que más me afectó del discurso fue la siguiente: «Nos dejarás pronto, dijo, para ir a vivir en Londres. Ahora bien; si tu patrona entra en tu cuarto y ve un libro semejante, te echará inmediatamente como a un libertino.» He aquí lo que no comprendía del todo, y se me antoja hoy, que el hecho de haberseme ocurrido, con tanta sencillez y tan infantil candor, leer aquellos versos a mi madrastra hubiera debido probar a mi padre que no me animaba idea alguna de índole inmoral.

Yo estaba herido y ofendido profundamente, pero mi indignación se atenuó por la sorpresa y la emoción de la noticia de que iba a marchar a Londres a vivir en un cuarto amueblado, y solo evidentemente. Hasta entonces no había llegado hasta mí ninguna alusión, ninguna palabra encubierta referente a tal proyecto. Reflexionando, no pude admitir sino que mi padre, poco familiarizado con la literatura del siglo xvii, debía de haber dado con algún espantoso y escandaloso pasaje de Ben Jonson, y que no había leído *Hero y Leandro*. El efecto artístico de tal poesía sobre un espíritu eminentemente pagano no entraba en el campo de su experiencia. Y no había duda de que juzgaba a los libres poetas del reinado de Isabel con el mismo espíritu que la hipotética patrona de huéspedes.



Tenía yo mucho miedo del mundo exterior, del misterioso y furioso torbellino de Londres, pero estaba dispuesto a dejar gustoso el reducido círculo de Devonshire, a ver por última vez el barro rojo, la sombría calle del pueblo, los antiguos pleróticos, y a oír, por última vez también, las voces gangosas de los «Santos». Sin embargo, me costaba mucho trabajo persuadirme de que podía ser feliz lejos de casa, y de nuevo comparaba mi suerte con la de una de aquellas tortugas que erraban por el acuario de mi padre con la concha a cuestas. Si, por casualidad, sucedía que las sacaran del lugar en que habían elegido domicilio, arrastraban su cuerpo pálido y blando, en busca de otra casa, visiblemente desesperadas, y víctimas de toda suerte de accidentes ignominiosos.

Mi alma se hallaba lastimosamente dividida entre el deseo de permanecer como un niño bajo la custodia de los suyos, y el de ir a través del mundo, como un hombre que se ensancha; en mi absoluta ignorancia, me esforzaba en vano evocar lo que sería mi porvenir inmediato. Mi padre no proyectaba sobre este enigma ninguna luz, porque no se había formado ninguna idea precisa de lo que yo podría hacer para ganarme una existencia digna. Pero todavía iba a permanecer un año en el colegio y en casa.

Este último año de mi vida de muchacho pasó rápida y agradablemente. Mi perezoso cerebro se despertaba al fin, y era capaz de estudiar con aplicación. Salí bastante bien de los exámenes públicos, y pudo pensarse que daba cierta honra a mi escuela. Sin embargo, no me asocié íntimamente a la vida escolar, y hasta, cosa que tuve ocasión de lamentar más adelante, me arreglé para evitar las lecciones que me eran desagradables y, por lo tanto, particularmente preciosas. Pero leía con desenfrenada voracidad, aventurándome en diversas direcciones bastante inesperadas. Todo Shakespeare había pasado ya a mi poder bajo la forma de una reimpresión más odiosa y más desagradable a la vista de lo que pudiera imaginarse en estos días. Conocí a Keast, que me cautivó por completo; a



Shelley, cuya *Queen Mab* me rechazó desde luego; a Wordsworth, cuya magia era aún demasiado joven para poder apreciar. Mi padre me regaló la masa entera de los versos pedregosos de Southey, que me fue imposible comprender, mientras que mi madrastra me prestaba *The Golden Treasury*, en el que casi todo me pareció exquisito.

Sin embargo, esta extensión de mis conocimientos intelectuales no entrañaba un espíritu de duda o de hostilidad respecto de la fe. Al contrario, mi fervor pareció al pronto considerablemente vivificador. Mis oraciones se hicieron menos frías y menos mecánicas; ya no evitaba, en cuanto me era posible, la meditación sobre las ideas religiosas; me habitué a escrutar las Escrituras por mí mismo, con interés y con simpatía, si no con ardor. Empecé a percibir sin animosidad la rara estrechez del sistema de mi padre, que parecía no tomar en consideración sino un círculo de personas escogidas, un grupo de discípulos iluminados de manera particular, y no tener relación alguna de ningún género con lo restante de la comunidad cristiana.

Tuve a este propósito algunas conversaciones instructivas con mi padre, al que no encontré opuesto a que sus convicciones fuesen llevadas hasta su último término teológico. No quería formular juicio, protestaba él, pero no podía admitir que un solo unitario, un sociniano, como prefería decir, pudiera por azar salvarse, y no tenía ninguna esperanza de salvación eterna respecto a los habitantes de los países católicos. Recuerdo lo que decía de Austria. Dudaba de que ni un solo súbdito austriaco pudiera esperar recibir la vida eterna, excepto, convenía él, tal vez alguna piadosa individualidad, por extremo ignorante, que, sin darse cuenta de los errores del pontificado, hubiese humildemente estudiado la Biblia. Pensaba que el chino sencillo o el feroz aborigen de Fidji, tenía mayores probabilidades de salvación que cualquier cardenal del Vaticano. Y hasta estimaba que si en el clero de la Iglesia anglicana eran muchos los llamados, pocos, seguramente, serían los elegidos.

E. M.—Febrero 1914.



Yo no podía simpatizar, ni aun en mi estado de ignorancia, con una concepción tan rígida de la gracia divina. Por poco inclinado que fuese al escepticismo, no pensaba que fuera posible que un secreto de tan capital importancia hubiera sido confiado a un corto número de hermanos de Plymouth, y ocultado a millones de teólogos piadosos y desinteresados. Mi padre no trataba de poner en tela de juicio la sinceridad de los jefes de la cristiandad europea. Pero todos estaban equivocados, todos estaban en el error, y cualesquiera que fuesen la santidad de sus vidas, la abnegación de sus sacrificios, tendrían que sufrir, por su error, eternidades de tormentos sin límites. Hablaba con solemne complacencia, de la religiosa cargada de años, que, tras una larga vida de renunciamiento y abnegación, moría al fin «solamente para descubrir su error».

Mi padre, que era tan tierno de corazón que no podía soportar la vista del sufrimiento o de la miseria de un hombre, por desagradable, por indigno que fuese, admitía perfectamente la creencia de que Dios castigaba a los seres humanos por millones y para siempre, por un error de comprensión puramente intelectual. Esta falta de consistencia en las ideas de mi padre, parece haber sido el resultado de un empleo curiosamente irregular de los dones de su espíritu. Considerando indiscutible, como así lo hacía, la absoluta veracidad de las Escrituras, y aplicando a su interpretación una inteligencia habituada a los métodos de la ciencia, había llegado a ahogar a la vez la actividad de la imaginación, el sentido de la justicia moral, y su ternura de corazón, que era profunda e instintiva.

Ahora bien; en aquellos momentos me vino un vivo deseo de conocer cuáles eran las doctrinas que enseñaban las otras iglesias. Expresé el deseo de instruirme en las prácticas de Roma, o, por lo menos, en las de Canterbury, y tenía la mayor curiosidad por asistir a los servicios anglicanos y romanos, pero me era imposible hacerlo. No era, ciertamente, que



mi padre me prohibiese entrar en la linda iglesia parroquial de nuestro pueblo o en la magnífica catedral puginesca (del arquitecto Pugin), que Roma había erigido al lado; pero sabía que en cuanto se me viese en uno o en otro servicio, se enteraría mi padre y le molestaría mucho. Aunque tenía yo diez y seis años, y me trataban con indulgencia y cariño, yo no era más todavía que un pájaro que revoloteaba en la red de la voluntad de mi padre e incapaz de la menor acción independiente. Abandoné todo pensamiento de asistir a otros oficios que no fueran los de nuestra «sala», pero no consideraba ya este veto como definitivo. Me resignaba, pero estaba en la casa de Rimmon, de la que sabía ahora que había de escapar inevitablemente. No obstante, toda la emancipación que deseaba o con que soñaba, debía limitarse en mi pensamiento a hacer entrar en relaciones con el mundo exterior de la cristiandad, sin despojarme de los principios puros y simples de la fe.

Y ciertamente, había llegado a desear ardientemente tal emancipación, y al contemplarla, me elevaba a un grado de fervor religioso más considerable que el que nunca había alcanzado antes o el que me fue dado conocer después. Nuestros pensamientos estaban muy ocupados entonces por la espera de la venida del Señor, quien, como creían mi padre y los que compartían sus ideas, había de aparecer de pronto, sin la menor advertencia, para volverse a elevar a la gloria eterna con todos los que, habiendo aceptado la Redención, hubieran recibido el sello de la inmortalidad. Estos, en suma, no eran numerosos, y los «Santos» tenían la convicción de que el mundo, después de haber permanecido estupefacto unos días, volvería a sus hábitos de vida, hundiéndose con mayor rapidez en la corrupción moral producida por la marcha de las almas que eran la sal de la tierra. Un examen atento de las profecías, había conducido a mi padre a considerar tal acontecimiento como de inminencia absoluta, y, a veces, cuando nos separábamos por la noche, le ocurría decirme, con un transporte que hacía brillar su mirada: «¡Quién sabe! Puede que nos encon-



tremos la próxima vez en los aires, con todas las cohortes de los Santos de Dios.»

Yo compartía esta convicción sin duda alguna, y hasta, con perfecta inocencia, quiero creerlo; pero tal vez también, no sin una punta de malicia, hice al final de las vacaciones de verano la proposición de quedarme en casa: «¿Para qué he de ir al colegio?—pregunté.—Quédeme a vuestro lado para el momento en que nos elevemos por los aires al encuentro del Señor.» A esto, mi padre replicó vivamente y con firmeza, que nuestro deber era proseguir nuestras ocupaciones hasta el último instante, puesto que no sabíamos el momento de la venida del Señor, y que nos reuniríamos, en un momento, aquel día, cualquiera que pudiese ser la distancia que nos separase sobre la tierra. Quedé confuso; pero su argumento era lógico y juicioso, como se probó con el tiempo. Mi padre vivió todavía un cuarto de siglo sin abandonar la esperanza «de no probar la muerte», y cuando se acercaron sus últimos momentos, sufrió una amarga decepción ante lo que tenía por una mezquina recompensa a su probada fe y su probada paciencia. Pero si, como yo propuse entonces, se hubiera prescindido del trabajo necesario para mi existencia ante el inminente Advenimiento del Señor, me hubiera cerrado el terreno hasta hoy.

Volví al colegio con el cerebro lleno de raras discordancias, con una mescolanza de *Eudimión* y el *Libro del Apocalipsis*, los himnos de John Wesley y el *Midsummer Night's Dream*. Pocos muchachos de mi edad, me figuro, llevaban en sí una cantidad tan confusa de impresiones prematuras y esperanzas contradictorias. Por un momento, era piadoso con devoción; al instante después, me veía acosado por visiones de belleza material, y suspiraba ardientemente por impresiones que afectasen mis sentidos. En mi cerebro, caldeado y enfermizo, Jesús y Pan llevaban el cetro ambos, así como en una capilla, al borde de un camino, consagrada de una manera discordante e impía a los ritos paganos y cristianos. Pero, por el momento, lo mismo que en el gran coro que traduce tan maravillosamente



nuestra doble naturaleza, la «estrella de los pastores de Belén» dominaba todavía. Me hice cada vez más pietista. Y como empezaba entonces a hacer versos, escribí una tragedia, pálida imitación de Shakespeare, pero sobre un asunto bíblico de espíritu evangélico; luego odas, parodias del *Prometeo Desencadenado*; pero que se referían al próximo advenimiento de nuestro Señor y a la ascensión de los Santos. Mi excitación malsana, que fermentaba de esta manera violenta, alcanzó su grado más alto y se desbordó hirviente.

Era una tarde de verano, y, gozando ahora de una grandísima libertad de movimientos, me había sustraído a la obligación de acompañar a mis condiscípulos en el ceremonioso paseo que daban bajo la vigilancia de un pasante. Había leído gran cantidad de poesías, pero mi corazón había traducido a Apolo y a Baco en términos de una exaltada fe cristiana. Estaba solo, tumbado en un sofá, junto a un ventanal abierto, en una habitación que servía de cuarto de estudio para los alumnos que «se preparaban a un examen». Paseaba mis miradas por un laberinto de jardines que descendían en pendiente hasta el mar, que brillaba suavemente más allá de las torres del poblado. Cada uno de aquellos jardines encerraba una *villa*, pero todo el paisaje próximo, bajo mi vista, estaba ahogado en el follaje. La maravillosa y tibia luz que precede al ocaso modelaba las sombras y proyectaba sobre las anchas copas de los árboles un suntuoso resplandor. Debajo, y a mi alrededor, reinaba un absoluto silencio; un poder mágico parecía tener en suspenso hasta las más menudas semillas.

Por mi alma pasó entonces una inmensa oleada de emoción. Ahora, seguramente, se aproximaba el gran cambio final. Sumí mis miradas en el cielo suavemente matizado, y me ensanché irresistiblemente en palabras: «Ven ahora, Señor Jesús—exclamé,—ven ahora y llévame para siempre contigo a tu Paraíso. Estoy pronto a ir. Mi corazón está libre del pecado, no hay nada que me tenga arraigado en este mundo perverso. ¡Oh! Ven ahora, ahora, y tómame antes que haya co-



nocido las tentaciones de la vida, antes de que tenga que ir a Londres hacia todas las cosas terribles que allí ocurren.» Y me incorporé en el sofá, y me incliné en el ventanal, y esperé la aparición gloriosa.

Este fue el punto culminante de mi vida religiosa, la cumbre a la que me hizo llegar mi esfuerzo hacia la santidad. Esperé un instante, atento, y entonces, aunque estaba solo, me avergoncé un poco de la actitud teatral que había adoptado. Todavía miraba y todavía esperaba. Luego se alzó una ligera brisa, y las ramas se agitaron. Rumores del camino llegaron hasta mí. Pronto los tintes se obscurecieron; cayó la noche. Creció un lejano murmurio, el de mis compañeros que volvían. La campana sonó para el té, última palabra de prosa para destruir mi poesía mística. «El Señor no ha venido, el Señor no vendrá nunca», murmuré, y, en mi corazón, el edificio artificial de mi extravagante fe comenzó a vacilar y a derrumbarse. En adelante, mi padre y yo, aunque el hecho permaneció afortunadamente largo tiempo oculto a sus ojos, y hasta a los míos, marchamos por los hemisferios opuestos del alma, con «el espesor del mundo entre nosotros».

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA  
 EPÍLOGO

No sería admisible, sin embargo, que esta relación terminase con el hijo en primer término. Si este relato tiene un valor, no podría consistir sino en la luz que contribuyera a arrojar sobre la única y noble figura del padre. A medida que avanzaron los años, los rasgos característicos de esta figura acusaron un contorno más severo, y se encerraron más rigurosamente dentro de los límites fijados. En sus relaciones con el hijo que marchó pronto para afrontar a una edad precoz la nueva vida de Londres, el padre continuó demostrando una solicitud extrema que obscurecieron gradualmente la decepción y el desencanto. No disminuyó en nada las exigencias



que imponía a la fragilidad humana. Tenía la cuerda espiritual estrechamente tendida, las riendas bíblicas estaban constantemente en acción, trayendo a posición, con vivas sacudidas la cabeza del neófito descorazonado.

Aquella alma joven, arrebatada a la vigilancia personal del padre, comenzó a desarrollarse bastante confusa e irregularmente en el seno de nuevas provincias de pensamientos, y a través de nuevas capas de experimentos. El mentor laborioso, que se había quedado en la casa del Oeste, mantenía la misma ansiedad capital concerniente al corazón dulce y dócil, consagrado al servicio del Señor, al que era preciso, contra toda eventualidad y con menoscabo de las leyes de la vida, conservar sin tacha en medio del mundo.

El suplicio de una inquisición epistolar empezó desde que estuve instalado en Londres, en un cuarto, de huésped. Para mi padre, cuyos ocios eran numerosos, la aprensión palpitante y la pluma pronta, la expansión de la correspondencia no comportaba ningún inconveniente; constituía una ocupación seria, pero agradable. En cuanto a mí, la misiva de exhortación casi diaria, con su rosario de preguntas sobre mi conducta y su serie de advertencias, llegó a ser una carga casi insoportable, particularmente porque entrañaba una respuesta tan exacta, y en lo posible tan completa. A la edad de diez y siete años, la metafísica del alma está llena de sombras, y es una cosa terrible verse obligado a precisar con exactitud las grandes líneas de lo que es tan ondulante y tan informe. Para mi padre, parecía que no existía ninguna razón que pudiera hacerme vacilar en dar, a sus preguntas implacables y a menudo repetidas, respuestas cuyo sonido tuviera una claridad metálica; pero la tal correspondencia era una tortura para mí. Cuando dejaba percibir una ligera queja; cuando suplicaba que me dejaran un poco a mí mismo, mis demandas avivaban, como automáticamente, las ardorosas alarmas paternas, cuyo fuego arrojaba entonces furiosas llamaradas.

La carta, aquella carta que no esperaba sino con harta cer-



teza, se encontraba infaliblemente sobre la mesa cuando bajaba a almorzar; era de ordinario mi única carta, a menos que no se añadiesen unas líneas agradables y discretas de mi querida y consoladora madrastra, en las que se trataba de asuntos perfectamente apacibles, tales como la recogida de las rosas en el jardín o el estado de salud de los diversos vecinos. Pero la otra carta, la carta solitaria, en su blancura amenazadora, con el sobre de magnífica letra, estaba allí, esperándome, quitándome el gusto de los manjares y haciéndome insípido el perfume del té. Podía yo cometer la impertinencia de diferir su lectura; podía afectar no fijarme en ella: allí estaba, no obstante. Antes de que empezara el trabajo de la mañana, sabía que sería preciso leerla, y peor aún, que sería preciso contestarla. En vano me esforzaba en disimularme a mí mismo lo que contenía. Como todas las anteriores, como todas las siguientes, insistiría, variando de todas maneras sus demandas, para obtener la declaración reiterada de que continuaba plenamente dispuesto, como en los días de mi infancia, «a estar en todo al lado del Señor».

Unas veces contestaba precisamente como se deseaba que contestara, otras eludía la cuestión y hablaba de otra cosa, algunas me volvía hacia mi verdugo y pedía encarecidamente que dejaran a sí misma mi tierna juventud. Poco importaba la forma bajo la que manifestaba mi debilidad, con la esperanza de desconcertar el vigor que mi padre afirmaba francamente, firmemente, resueltamente. Si apelaba de la esclavitud que era una correspondencia tan inflexiblemente solemne, recibía, y con prontitud paralizante, una contestación como ésta:

«Déjame decirte que la «solemnidad», de que te quejas, ha sido sencillamente la expresión de la tierna ansiedad de un corazón de padre, que quiere que su hijo único, lanzado al mundo fuera del alcance de la vista y del oído paternos, marche por el camino de Dios. Recuerda que no es ahora como en los días que estabas en el colegio, cuando permanecíamos en comunión personal con intervalos de cinco días. Ahora, no sa-



bemos absolutamente nada de ti sino por tus cartas; y si ellas no nos informan sobre el estado próspero de tu alma, la más profunda solicitud de nuestros corazones no tiene nada que pueda satisfacerla. Pero quiero probar en adelante tener confianza en ti y prescindir de mis temores. Eres digno, en efecto, de mi confianza, «y tu Dios, que es el Dios de tu padre, te tendrá de su mano».

No me avergüenzo en confesar que cartas como ésta me hacían llorar a veces; el envejecido papel del que acabo de extraer las anteriores líneas revela señales de lágrimas derramadas hace más de cuarenta años, lágrimas en que se confundían mi desesperación frente a mi propia debilidad, mi turbación ante mi falta de voluntad, mi compasión por la desolación manifiesta y patética de mi padre. Quería «tratar en adelante de tener confianza en mí», decía. ¡Ay! el esfuerzo debía ser vano. Uno o dos días más adelante, después de una estéril tentativa para escribir sobre otros asuntos, reaparecía el mismo importuno tema; luego, de nuevo, volvían las eternas cuestiones relativas a la Expiación y a los Medios de Gracia, al mismo tiempo que los angustiosos temores de antes ante la idea de que «yo entregase» mi intimidad a agradables compañeros que no estaban «unidos conmigo en Cristo»; en suma, volvían nuevas apremiantes instancias para obtener la seguridad, en cada una de mis respuestas, de que avanzaba en la clara luz del Pensamiento divino.

Paréceme hoy profundamente raro, aunque entonces conociese demasiado poco el mundo para notarlo, que aquellas incesantes exhortaciones se refiriesen, no a la conducta, sino a la fe. He hecho observar anteriormente, en el curso de este relato, con qué desdén, con qué altivez, negábase a abordar mi padre el asunto de mis faltas de conducta. No porque no hubiese cierto número de ellas que señalar, ¡Dios lo sabe!, sino porque era de espíritu demasiado noble para insistir sobre ellas, y, aunque por naturaleza fuese profundamente inclinado a sospechar la posibilidad de frecuentes caídas morales, incluso en-



tre los elegidos, se negaba a rebajarse a nada que se pareciese a espionaje.

Le conservo una deuda de gratitud profunda por la admirable fe que tuvo en mí en ese concepto. En los momentos de estar yo solo en Londres, en aquella delicada época de la vida, «expuesto», como se dice, a toda suerte de peligros, tan desarraigado como un pajarillo lanzado fuera de su nido, aun entonces, mi padre, en su altivo quijotismo, no se permitía imaginar que pudiera yo ser culpable de mala conducta moral, sino que entendía que mi fe fuese el solo objeto de sus temores.

«Háblame más sobre tu luz interior. ¿Es que la antorcha del Señor brilla en tu alma?» He aquí lo que preguntaba sin tregua. O también: «¿Te has creado la compañía espiritual de algunos jóvenes? Has pasado sobre el domingo último sin decir una palabra, y, sin embargo, es el día que más me interesa de toda la semana. ¿Encuentras el ministerio de la Palabra agradable y, sobre todo, provechoso? ¿Conduce tu alma a ejercitarse en la presencia de Dios? La venida de Cristo se acerca. Por esto, vela y ora sin cesar, a fin de que puedas ser juzgado digno de subsistir ante el Hijo del Hombre.»

Si tomo de las cartas que escribía mi padre pasajes como éstos, no es porque trate de sacar algo divertido del contraste entre su fervor, de una parte, y de otra, la indiferencia casuista y la distracción molesta que manifestaba un joven a quien el mundo real ofrecía entonces sus escenas irritantes y estimulantes de vida animal y de vida intelectual, sino para hacer simpático y tal vez digno de admiración el espectáculo de una firmeza romana tan ciega como la que demostraba la actitud espiritual de mi padre.

Sus aspiraciones eran individuales y metafísicas. A la hora actual, la revolución que ha derribado el puritanismo, del que mi padre fue tal vez el último tipo superviviente, es tan completa, que las personas pertenecientes a todas las clases religiosas concuerdan en poner en primer término la actividad filantrópica, la actitud objetiva. El cambio ha tenido un alcance



tal, que hoy en día, una religión que no una a su fe subjetiva un ardoroso esfuerzo por el bien ajeno, pasa difícilmente por hallarse en posesión de algún principio religioso digno de este nombre.

La propaganda de la beneficencia, la constante atención dada al perfeccionamiento moral y físico de las personas que fueron víctimas de algún desfallecimiento, es completamente reciente, como rasgo característico de la religión, aunque, a decir verdad, ese rasgo parezca haber sido uno de los elementos del designio original del Señor. Fue ignorado por los grandes predicadores del siglo xvii, fuesen católicos o protestantes, y mi padre, el último de sus discípulos, no hallaba en el principio dicho sino un escaso atractivo. Cuando Bosuet deseaba que sus lectores prestasen oído «al grito de miseria de nuestro alrededor, que debería partirnos el corazón», instauraba un nuevo elemento en el dominio de la Teología. Podemos escrutar el famoso tratado de las *Reglas y ejercicios de la vida santa*, de tapa a tapa, y no veremos que Jeremy Taylor pensara que la actividad del visitador de los pobres o la de la hija del Ejército de Salvación se elevara a la categoría de santidad.

Mi padre, pues, como un antiguo teólogo, concentraba sus pensamientos sobre el elemento intelectual de la fe. En la obsesión, cuya causa era yo para él, creía que si mi espíritu podía preservarse de los errores seductores del siglo, y mi corazón se ocupaba únicamente en la adoración apasionada de Dios, todo iría bien para mí perpetuamente. Estaba, además, convencido de que, consagrándose a dirigir mis pensamientos, los obligaría a correr por determinado canal, porque no había empezado a aprender la lección, tan desoladora para los santos de su temperamento, según la cual «la virtud no sería la virtud si no pudiera darse por una criatura a su semejante». Había reconocido, a su pesar, que la santidad no era hereditaria, pero continuaba esperando que podía ser coercitiva. Yo era todavía «el hijo de muchas oraciones», y era inadmisibile que estas oraciones se pudieran quedar sin respuesta.



La suprema panacea era entonces, como siempre, el estudio de la Biblia, y mi padre no cesó jamás de exhortarme a él. Me regaló un ejemplar de la edición del Nuevo Testamento griego del Decano Alford, en cuatro tomos, y los había encuadernado tan lujosamente, que la obra, en el pobre estante en que ponía mis poetas de a seis peniques, brillaba como una duquesa entre campesinas. Me arrancó la promesa escrita de que traduciría y meditaría algunos versículos del texto griego todas las mañanas, antes de empezar mis tareas. Falté muy pronto a esta promesa, minadas mis buenas intenciones por un invencible fastidio.

Le oculté esta traición, y el sentimiento de que engañaba a mi padre emponzoñaba mi conciencia. Pero el dilema planteado entonces ante mí no tenía, en casos semejantes, sino una solución posible: o engañar a mi padre o paralizar mi individualidad.

Mi alejamiento creciente de las Santas Escrituras comenzaba a ocupar mis pensamientos, y a sorprenderme tanto como me escandalizaba. Deseaba sinceramente que continuasen haciendo mis delicias aquellas páginas sagradas por las que conservaba aún una veneración instintiva. Sin embargo, no podía menos de observar cuán diferentes eran, de una parte, el ardor con que me apoderaba de un volumen de Carlyle o de Ruskin—esos magos que hasta entonces no se me habían revelado,—y de otra parte, la creciente languidez con que tomaba un volumen de la edición Alford para mi «pasaje» diario. Evidentemente, a mi pesar, y aunque creyese criminal mi avaricia, la razón verdadera por la que encontraba ahora la Biblia tan difícil de leer, no era otra que mi familiaridad con su contenido. Tenía éste la vulgaridad incolora de una historia cien veces repetida. Suspiraba por algo nuevo, algo que satisficiera mi curiosidad y me produjese sorpresa. Que las doctrinas y los hechos contenidos en la Biblia fuesen verdaderos o falsos, la cuestión no me preocupaba. Pero se me habían presentado tan a menudo, se habían arraigado tan profundamente en mí,



que, como han dicho, «yacían inertes en el dormitorio del alma», y no me hacían ya ninguna impresión.

Me he asombrado a menudo, y todavía soy incapaz de comprender que mi padre, durante el curso de su larga vida o casi hasta el final, no cesara de sentir un vivo placer en la lectura de la Biblia. Como ya creo haberlo dicho, desde antes de la edad madura había prácticamente confiado a su memoria el contenido entero de los Santos Libros, hasta el punto de que, partiendo de donde se quiera, aunque fuese en medio de uno de los poetas menores, podía continuar sin interrupción todo el tiempo que gustara prolongar este ejercicio. En ningún momento le pudo, pues, abrumar la saciedad de que he hablado. El que yo la experimentase tan pronto, es sencillamente indicio de una diferencia de temperamento. No era posible, ni aun a través del cristal ahumado de la correspondencia, engañar en esto la mirada de águila de mi padre, y, en consecuencia, sus sospechas tomaron otro giro. Se imaginó que yo había sido o estaba siendo una víctima de la «infidelidad del siglo».

Ante esta nueva dificultad, recurrió a producciones de la literatura de entonces, a cuyo lado las páginas menos atractivas del Levítico o del Deuteronomio me parecían verdaderamente palpitantes. En particular, me recomendó leer una obra que acababa de aparecer, titulada: *La Continuidad de las Escrituras*, y cuyo autor, William Page Wood, fue, más adelante, Lord Chancellor Hatherley. No sé por qué suponía mi padre que las lucubraciones de un jurisconsulto eminente, formuladas en un estilo que recordaba la caída del serrín al serrar madera, me pudieran producir emociones que la brillante retórica del Oriente no había logrado despertar. Es que Page Wood había sido durante treinta años director de una escuela dominical, y a mi padre le impresionó siempre con exceso la penetración de espíritu de los piadosos hombres de ley.

A medida que pasaba el tiempo, que yo crecía, y se hacía mi espíritu más independiente, la ansiedad de mi padre, res-



pecto a lo que llamaba «los lazos y las emboscadas que rodean por todas partes a la descuidada y atrevida juventud de Londres», llegó a serle extremadamente penosa. Reflexionando en su fuero interno sobre estos «lazos»—que evocaban en mi imaginación una viñeta en madera, groseramente grabada, de una antigua edición de Bunyan, en la que se veía un demonio haciendo cabriolés encima de una especie de caja delicadamente metida en el suelo,—mi padre concluyó por colocarse en una disposición de espíritu que no dejaba de ser muy irritante para su infortunado corresponsal, ahora ciertamente cogido en el lazo, enganchado por su pluma como un pájaro por las patas y sin ningún medio de escapar. A cada picotazo, a cada batimiento de alas, el implacable pajarero contestaba:

«Me acusas de ser receloso, y temo no poder rechazar la acusación. Pero puedo presentar a tu espíritu sensible y reflexivo estas excusas, dignas de consideración: el profundo y tierno amor que te tengo, tu juventud y tu inexperiencia, los ejemplos de los otros jóvenes, su alejamiento de los consejeros que son los padres, nuestra absoluta y penosa ignorancia de todos los detalles de tu vida cotidiana, excepto los que nos das tu mismo... Trata de ponerte en la situación de tu padre, y juzga si mis sospechas son irrazonables. Reconozco con alegría que, por lo que veo, prosigues la carrera virtuosa firme y dignamente. Mis sospechas tienen un lado bueno, hacen que me envíes, de vez en cuando, seguridades, que son para mí de un gran consuelo. Además, me conducen a acercarme en tu favor al divino Trono de Gracia. El santo Job sospechaba que sus hijos habían cometido algún pecado, y maldecido a Dios en sus corazones. ¿No era su sospecha semejante a la mía, fundada en los mismos motivos y fecunda en análogos resultados? Porque te condujo a interceder cerca de Dios. He citado anteriormente el ejemplo de este patriarca, y permitirá que nos miremos todavía en él.»

En efecto, el santo Job continuaba siendo mirado, y llegué a tener a este patriarca un odio tan feroz como inmerecido.



¿Pero quién es el joven de diez y ocho años que aceptara gustoso que se le comparase con los hijos de Job? Y ciertamente, por mi parte, me hallaba mucho más parecido con aquel otro personaje justamente exasperado que era Elihu el Bucida, de la familia de Ram.

A medida que transcurría el tiempo, la inquisición singular de que era objeto aflojó su esfuerzo, y sufrí cada vez menos los tormentos de la correspondencia religiosa. Nada soporta una tensión violenta continua, y mi padre, por animoso que fuese, tenía otras preocupaciones. Sus orquídeas, su microscopio, sus investigaciones fisiológicas, sus interpretaciones de las profecías, llenaban las horas de su vida activa y enérgica, y lejos de sus miradas, sino ciertamente lejos de su espíritu, había yo cesado de estar con una preeminencia enojosa. Sin embargo, aunque la reiteración de su ansiedad hubiera podido cansarle un poco, como me había cansado a mí hasta hacerme lanzar gemidos de desesperación, no hubo la más ligera modificación en su manera real de ver las cosas, ni en su actitud conmigo.

Ya he tenido ocasión de decir que mi padre no tenía nada de rústico o de visionario. En ciertos momentos y en ciertos casos, deseaba ardientemente que pudiesen todavía ser dispensados a los fieles signos y prodigios como los que asombraron y alentaron la infancia de la Iglesia cristiana. Pero no tenía la pretensión de ver él mismo semejantes milagros, y no daba menor crédito a los que afirmaban haberlos visto. Felicitábase a menudo de que su cerebro, aunque constantemente absorto en las cosas espirituales, no se hubiese visto nunca arrastrado a suspender de una manera cualquiera sus funciones racionales.

Sus interrogatorios por cartas fueron menos apremiantes, pero durante los pocos días de verano que acostumbraba a pasar en Devonshire, tuve que sufrir de manera aguda dialécticas de mi padre. Estaba rodeado de campesinos que eran incapaces de argumentar con él. En el seno de aquella asamblea,



hasta un adolescente sin ningún deseo y recién llegado de Londres, le ofrecía ocasión de agradables debates. Declarábase presto a discutir; más aún, anhelaba hacerlo. Con sus mangas intelectuales remangadas, tomaba una actitud de combate, y me provocaba a un asalto sobre una parte cualquiera del Plan de la Gracia. Su ardimiento me asustaba. Sus golpes, bien dirigidos, daban en una vejiga o un almohadón, más bien que en un bravo antagonista.

Y ciertamente, yo al descubierto, él acorazado por completo con su cota de mallas, se prevalía de las más injustas ventajas, porque había adoptado un método que yo estimaba, y tengo que estimar todavía, desleal en extremo. Pretendía tener un conocimiento personal de la voluntad divina, y, a mis argumentos contempORIZADORES contestaba con declaraciones solemnes: «¡Tan ciertamente como que Dios está vivo!», o con llamamientos a una autoridad superior: «¿Pero qué me dice *mi* Señor en la Epístola de Pablo a los Filipenses?» El privilegio de su fe era saber, y el de su carácter, aplastar las objeciones; entre estas dos fuerzas, quedaba yo rápidamente reducido a polvo.

Estas discusiones, según el irónico término con que se las designaba, terminaban invariablemente con un desastre para mí. Era expulsado de mi fortaleza de papel, mis murallas de tela vacilaban al primer són del clarín paternal, y el adversario me perseguía a través de la llanura de Jericó hasta caer ignominiosamente al suelo, cubriéndome la faz. Parecíame que me perseguían cuernos de hierro semejantes a los que preparó Sedecías, el hijo de Kenaana, para animar a Achab.

Cuando me daba por vencido y pedía cuartel, mi padre se ponía radiante, y creo oír todavía su voz llena, tan penetrante, tan cálida, tan penosa a mis nervios demasiado tirantes, hacer explosión en una especie de bendición al final de estas disputas que no interesaban más que a mí solo: «Me arrodillo ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, para que se digne concederte según las riquezas de su gloria el ser poderosamen-



te fortificado en el hombre interior; pueda Cristo habitar en tu corazón por la fe; puedas tú, arraigado en el amor y fundado en El, ser capaz de comprender, con todos los santos, lo que es la largueza, la longanimidad, la profundidad y la elevación del amor de Cristo superior a toda inteligencia, a fin de poder estar lleno de la plenitud de Dios.»

Mi padre solía ponerse así, solemne y ceremonioso, sin la menor advertencia, y en circunstancias sencillas y familiares desbordaba repentinamente de emoción, como una piscina invadida y llena con exceso por una invisible entrada de agua.

Deseo vehementemente que ninguna huella de esa absurda conmiseración hacia sí mismo, que podría fácilmente empañar recuerdos de esta naturaleza, venga a dar a los míos un color falso. Mi padre, que se me deje declararlo una vez más, no solamente se interesaba en cuestiones religiosas. Por aquella época, en particular, se dedicó a la acuarela al aire libre, y se puso a un estudio asiduo de la botánica. No era un monómano fanático. Sin embargo, en todo lo que hacía y decía se encontraba su preocupación capital. El lo reconocía francamente: «Para mí, confesaba él, toda cuestión requiere ser considerada desde un punto de vista divino, y la resolución no puede ser satisfactoria sino cuando no pierda de vista el trono de lo Alto desde el que Cristo formula sus fallos.»

Mi padre sostenía esta manera de ver, tratárase de poesía, de la sociedad, de la guerra de Prusia con Austria o del estambre de una flor silvestre. Una vez por lo menos, tuvo conciencia del efecto de cansancio que producía esta insistencia sobre mi temperamento, porque, alzando sus grandes ojos oscuros, por los que pasó el relámpago de una sonrisa, cerró de pronto la Biblia que acababa de comentar muy largamente, e hizo esta cita estupenda de Virgilio:

*Claudite jam rivos, pueri: sal prata biberunt* (1).

Estas eternas conversaciones sobre asuntos religiosos no

(1) Niños, cerrad los arroyos; los prados han bebido bastante.

E. M.—Febrero 1914.



eran probablemente el aspecto menos incomprensible del carácter paternal, gracias a la educación evangélica a que fui sistemáticamente sometido. El efecto era, no obstante, menos intolerablemente fastidioso, y creo que hubiera exasperado aun a aquel que estuviese dotado de una real y robusta piedad. Para mí, en quien agonizaba una débil fe imitativa, tal insistencia me era profundamente vejatoria. Llévome, ¡ay! a prosternarme a menudo en la casa de Rimmon, a dar pruebas de una hipócrita ingeniosidad para desviar, en lo posible, la atención de mi padre cuando advertía yo la inminencia y la proximidad del tema que me esperaba. En esto, mi madrastra me favorecía con su ayuda; aludía a otro asunto capaz de interesar a mi padre, y lo hacía con una habilidad de prestidigitador mundano que la valía mi gratitud maravillada. Aunque dispuesta ella a acudir de aquella manera en socorro de mi debilidad, no había, sin embargo, inteligencia entre nosotros. Siempre, cuando estaba a solas conmigo, decía de mi padre, que era aquel «cuya trompeta daba un sonido puro y claro». No había la menor huella de infidelidad en la superficie de su alma cándida; pero creo que a veces languidecía de tedio.

Mi padre carecía por completo de esa prudencia que os lleva a desviar la mirada y a pasar lo más rápidamente posible a la dirección opuesta. El drama particular que acoge toda suerte de desgracias sociales antes que admitir la posibilidad de la dicha para los hombres capaces de «vivir una mentira», no había sido imaginado entonces, y no se podría concebir un hombre más diferente de mi padre que Ibsen. Y sin embargo, cuando, mucho más adelante, me ocurrió leer el *Pato salvaje*, los recuerdos del interior familiar desconcertante que fue el de mi infancia, me ayudaron a comprender el personaje de Gregers Werle y su determinación de arrancar el velo de ilusión de todos los compromisos que hacen soportable la vida.

Yo era dócil, usaba de argumentos plausibles, no era nada quisquilloso; si mi padre se hubiera decidido a dejarme a mí mismo; si hubiera podido sencillamente dejar voluntariamen-



te sin analizar mis subterfugios y explicaciones, todo hubiese ido bien. Pero se negaba a ver ninguna diferencia entre un muchacho de veinte años y un hombre de sesenta. No tenía profundas simpatías por la juventud que, en sí misma, carecía de todo encanto para él. No tenía ninguna compasión por la debilidad de lo que todavía no ha llegado a la madurez, y su sola y única ansiedad era encontrarse, al final de su viaje espiritual, en seguridad conmigo en la casa, «donde hay varias moradas». Los incidentes de la vida humana, el trayecto del camino que llevaba a la gloria, no eran nada para él.

Mi padre gustaba, muy especialmente por aquella época, de precisar su actitud respecto de Dios, y no se cansaba nunca de estimular en mí la misma ambición. Considerábase como el fiel intendente de un Amo que podía llegar de un momento a otro y que pediría cuentas de todo. Este amo era Dios, con el que mi padre creía seriamente estar en relaciones mucho más confidenciales que las de las otras personas piadosas. Aguardaba, con una esperanza «ansiosa la venida del Señor», acontecimiento que, diferentes veces, creyó inminente. Calculaba la fecha exacta, ateniéndose a las profecías del Antiguo y Nuevo Testamento; pasaba la fecha sin el Advenimiento esperado, y mi padre se mostraba más que decepcionado; estaba exasperado. Luego se daba cuenta de que había habido en su cálculo un ligero error, y los placeres de la anticipación volvían a empezar.

En todo esto, trataba conmigo como con una especie de coadjutor inferior, algo a la manera con que un alto servidor responsable trataría a un ayuda de cámara. También yo debía velar. Nada importaba que me absorbiesen seriamente asuntos personales. Debía estar preparado para la venida del Amo, y el incesante interrogatorio de mi padre lo llevaba con el espíritu de un mayordomo que le atormenta el temor de que esté descuidada alguna parte esencial del trabajo de la casa.

Mis vacaciones y todas mis relaciones personales con mi



padre estaban envenenadas por esa insistencia. Nunca me sentía a gusto en su compañía. Continuamente esperaba una serie de preguntas apremiantes, que no podría eludir. Al mismo tiempo, adquiriría yo confianza en mí y respeto por la opinión ajena, lo que ocurre naturalmente a un joven de costumbres serias que, con su trabajo, subviene a sus necesidades y lleva una vida independiente. Hacía esta independencia particular, aunque la reconociese gustoso desde los otros puntos de vista; mi padre no sentía respeto ni consideración alguna en cuanto se abordaba la cuestión religiosa. Y entonces, por primera vez, se me ocurrió una reflexión que había de hacer varias veces después y con acento cada vez más triste: ¡qué compañero tan encantador, qué pariente tan delicioso, qué amigo tan afable y simpático hubiera sido mi padre, a no ser por aquella austera piedad que debía arruinar todo!

Que se me permita expresarme con toda franqueza. Después de mi larga prueba, después de mi paciencia y longanimidad, tengo seguramente el derecho de protestar contra la mentira, y quisiera poder emplear otra palabra, de que la religión evangélica o cualquiera otra religión que se afirma por la coacción que impone, sea, para la vida humana, un ayudante saludable, estimable o apetecible. Una religión así divide los corazones. Instituye un ideal vano y quimérico, a cuya estéril persecución todos los afectos indulgentes y tiernos, todo el fuego vivificante de la vida, todos los exquisitos placeres y las dulces resignaciones corporales, todo lo que endulza y ensancha el alma, se sacrifican a cambio de lo que es duro, vacío y negativo. Alienta un espíritu de condenación severo e ignorante; desarregla por completo el saludable mecanismo de la conciencia, inventa virtudes estériles y crueles, como inventa pecados que nada tienen de tales, pero que ensombrecen con inútiles nubes de remordimientos el cielo de la inocente alegría. Si nos esforzamos en mirarle de frente, convendremos que hay algo horrible en ese fanatismo, que se limita a considerar esta existencia patética y fugitiva que es la nues-



tra como la antesala incómoda que se abre sobre un palacio que nadie ha explorado, y cuyo plano nos es enteramente desconocido. Mi padre, cierto es, pretendía de buena fe que estaba íntimamente familiarizado con la disposición y el mueblaje de aquella morada, y que deseaba verme suspirar exclusivamente por la dicha de residir en ella eternamente.

Entonces llegó un momento en que mi orgullo se rebeló contra la vigilancia policíaca de que eran constantemente objeto mis «maneras de ver». Hubo una mañana, en el invernadero de la casa—entre las magníficas orquídeas que recordaban a mi padre su juventud en los trópicos,—en que mi longanimidad, tal vez mi timidez, me abandonaron. Quizá pudo influir algo en ello la atmósfera pesada, penetrada por los embriagadores perfumes de aquellas flores. Mi padre, una vez más, me hacía sufrir el habitual interrogatorio: «¿Marchaba yo estrechamente unido con Dios? ¿Era claro y vigoroso mi sentimiento de la eficacia de la Expiación? ¿Tenían todavía a mis ojos su plena autoridad las Santas Escrituras?» Mis respuestas, esta vez, fueron violentas y nerviosas. No me acuerdo con claridad de lo que dije entonces, y no deseo traer a mi memoria las frases entrecortadas de sollozos en que suplicaba que me dejaran a mí mismo, en que reivindicaba el derecho de pensar por mí mismo, en que rechazaba la idea de que mi padre fuese, ante Dios, responsable de mis secretos pensamientos y de mis convicciones más íntimas.

No replicó nada. Salí del horno embalsamado del invernadero, y metí mi cara en la fresca hierba del césped. Mi estancia en Devonshire, ya cerca de su fin, fue precipitadamente abreviada. Apenas llegué a Londres cuando la carta que sigue, furiosamente lanzada sobre las huellas del fugitivo, venía a clavarse como una flecha en mi corazón:

«Cuando tu santa madre murió, no solamente te confió tiernamente a Dios, sino que te dejó a mí como una carga solemne para educarte con arreglo a la disciplina y el consejo del Señor. Constantemente he tratado de tener presente esta



responsabilidad; puedo afirmar que siempre lo ha estado, y en mi elección de un ama de gobierno, y en mi elección de un colegio, y en la organización de tus vacaciones, y en mi elección de una segunda esposa, y en mi elección de una ocupación para ti, en mi elección de un albergue para ti, y, en fin, en una porción de cosas sin importancia, siempre he tratado de obrar para ti, no a la luz de este mundo presente, sino en vista de la Eternidad.

»Antes de que tu infancia hubiese transcurrido la bendición manifiesta de Dios pareció acompañar nuestros cuidados, porque verdaderamente pareciste haberte convertido a Él; confesaste, en tu bautismo solemne, que habías muerto y resucitado con Cristo, y fuiste recibido con alegría en el seno de la Iglesia de Dios como un vivo resucitado de entre los muertos.

»Todo esto llenaba mi corazón de alegría y de gratitud, siempre que pensaba en ti. ¿Cómo pudiera haber sido de otra manera? Y cuando te dejé en Londres, una triste tarde de invierno, mi corazón, lleno de un amor desolado, halló un refugio, y su recurso en el pensamiento de que tú eras uno de los corderos del rebaño de Cristo, sellado como Sien por el Espíritu Santo, renovado en tu corazón por la santidad, a imagen de Dios.

»Durante un tiempo, todo pareció ir muy bien. Ciertamente, deseábamos vivamente descubrir más de tu corazón en tus alusiones a las cosas religiosas; pero tu manera de expresarte era filial y afectuosa; tu conducta, por lo que podíamos darnos cuenta, era moral y buena; te mezclabas con el pueblo de Dios; hablabas de la delicia y del provecho que hallabas en sus mandamientos, y empleabas tu talento en su servicio.

»Pero recientemente, y con especialidad en el transcurso del último año, se ha manifestado un rápido progreso hacia el mal. Y aquí te ruego que te interrumpas para mirar de nuevo a Dios, a fin de obtener la gracia de pesar lo que voy a decirte; de otro modo, estallará la cólera.

»Cuando viniste a casa este verano, el golpe abrumador



cayó de pleno sobre mí; descubrí lo muy alejado que estabas de Dios. No es que hubieses cedido al curso impetuoso de la sangre de la juventud, y que hubieras caído víctima de los apetitos carnales; en este caso, por triste que fuese, tu conciencia iluminada hubiera hablado altamente, y hubieras encontrado el camino que te habría llevado a la sangre que nos purifica de todo pecado; a la humilde confesión, al mismo tiempo que al rebajamiento voluntario, al perdón y a una comunión nueva con Dios. No era esto, era peor. Era esa espantosa, esa insidiosa infidelidad, que había realizado ya su obra con terrible energía en tu espíritu y en tu corazón. Y era peor aún, ciertamente, sí, porque esa infidelidad destruye los cimientos mismos de la fe sobre los que debe descansar toda verdadera piedad, toda religión real.

»No parecía que quedase nada a lo que yo pudiera apelar. Veía que no teníamos ya ningún terreno común. Las Santas Escrituras no tenían ya ninguna autoridad; habías aprendido a eludir su inspiración. ¿Te apremiaba un oráculo particular de Dios? Te lo explicabas de manera que te desembarazases de él. Y hasta pesabas el carácter de Dios en la balanza de una razón mezquina, y la arreglabas en consecuencia. Descendías así la rápida corriente del tiempo hacia la eternidad, sin un solo guía autorizado, arrojado el mapa por la borda, no teniendo, para dirigirte, sino lo que tú mismo podías forjar en tu propio yunque, es decir, lo que tú podías *conjeturar*.

»No creas que me expreso así en un movimiento de cólera, y que empleo palabras que no podrían justificarse. Si la Palabra escrita no es una autoridad absoluta, ¿qué sabemos de Dios? ¿Qué podemos hacer sino inferir de los fenómenos oscuros y mudos que nos rodean, es decir, conjeturar como conjeturaban los paganos: Platón, Sócrates, Cicerón? ¿Qué sabemos nosotros de la Eternidad? ¿De nuestras relaciones con Dios? ¿Y especialmente de las relaciones de un pecador con Dios? ¿Y de la reconciliación? ¿Qué sabemos nosotros de esta cuestión capital: cómo un Dios, de una rectitud perfecta e inma-



culada, puede habérselas con un pecador corrompido, que ha hollado hasta las leyes que estaban escritas en su conciencia?...

»Luego de haber orado mucho, había tomado la resolución de pasar enteramente en silencio tu espantosa conducta; pero las preguntas, aparentemente sinceras, sobre la causa de mi pena, me han hecho llegar hasta los orígenes, y no podía evitar el desarrollo que tiene esta carta. Con dolor, pero sin ira, te la envío, esperando que podrás examinar de nuevo, bajo la mirada de Dios, el curso entero de los acontecimientos de los que esto no es más que una fase. Si se te concede esta gracia, ¡oh!, con qué alegría sepultaré todo lo pasado, para tener de nuevo, como antiguamente, una dulce y tierna intimidad con mi queridísimo hijo.»

El lector que me haya hecho la merced de seguir este relato del choque de dos temperamentos, no dejará de advertir la importancia suprema de la carta que acabo de citar largamente. Reúne, con la mayor lógica, la historia entera de lo ocurrido, y puedo dejarla como epígrafe de este libro.

No necesito añadir nada, si no es para hacer observar que cuando se lanza un desafío semejante a la inteligencia de un joven digno y reflexivo, sometido a los impulsos normales de los veintiún años, no hay más que dos alternativas posibles: o bien tendrá que dejar de pensar por sí mismo, o bien se confirmará en todo su individualismo, al mismo tiempo que se acentuará formalmente la necesidad de la independencia en materia religiosa.

Ningún compromiso se me ofrecía, como se ha visto; ninguna proposición de tregua hubiese sido aceptable. Este era un caso de «Todo o Nada»; y así, provocado hasta la desesperación, el joven emancipó de una vez por todas su conciencia del yugo de la «consagración», y, tan respetuosamente como le fue posible, sin jactancias ni recriminaciones, usó del privilegio que todo hombre tiene de moldear su vida interior.

EDMUNDO GOSSE

FIN



# LA AMÉRICA MODERNA

---

Roosevelt en la Argentina. Sus conferencias. Ataques a las instituciones de los Estados Unidos. La condenación de los socialistas. El Dr. Zeballos y la doctrina de Monroe ante Roosevelt. Declaraciones trascendentales. La oratoria norteamericana y la argentina.—Los progresos cívicos en la Argentina. La ley Electoral vigente y sus orígenes, según Levillier. El voto secreto.—El castellano en América. Los editores de París. Los monjes franceses en Buenos Aires. Españolismo de los dominicos.—El castellano en las escuelas de los Estados Unidos. Comercio americano.—La tagua ó marfil vegetal. Obtención y empleo industrial.

Míster Roosevelt ha dado tres conferencias importantes en Buenos Aires. Visitó esta ciudad después de haber pasado por otros lugares de la América española. De todos los actos del famoso ex-presidente de los Estados Unidos, ninguno ha sido tan significativo como el que ha realizado en la Argentina. Se ha mostrado como diplomático y como político norteamericano.

En el Brasil tuvo frases y conceptos que, de haberlos repetido en la Argentina, hubiesen provocado muestras bien claras de desagrado; pero el ex-presidente calló, y ya no se acordó de que había pasado por el Brasil.

El indudable alcance político de las conferencias de Roosevelt ha contribuído enormemente a rodear de importancia su visita y despertar algo más que la curiosidad en los argentinos.



Bueno será transcribir una observación hecha a propósito del viaje que nos ocupa, y que constituye una alusión para algunos emigrantes intelectuales y temporales de la vieja Europa.

Dice así:

«Al fin y al cabo, Roosevelt es un personaje de celebridad universal indiscutible; un genuino representante de su pueblo y de su raza; un hombre cuya acción, en bien o en mal, se ha dejado sentir muchas veces sobre todas las naciones civilizadas, y que no ha llegado a este país en busca del vellocino de oro, ni para sonsacar dinero a nadie, mientras que los Ferri, Murri, Clemenceau, Jaurés (aquí endilga el escritor algunos nombres españoles bien conocidos) han venido a estas tierras con todos los arreos de emigrantes intelectuales y con el deliberado intento de embolsarse unos centenares de pesos explotando la ciencia, el arte, la palabra y la pluma, si no otras cosas que conviene más no decir. Y es claro que se ha de acoger de muy distinto modo al individuo que visita nuestra casa a título de leal amigo y cumplido caballero, que al farsante que golpea la puerta vendiendo quincalla científica o mendigando una limosna con altanería.»

Las primeras declaraciones de Mr. Roosevelt contribuyeron igualmente a aumentar la expectación, dado que él mismo recomendaba su discurso.

«No diré que el discurso que tengo preparado sea un gran discurso; pero sí aseguro que es lo mejor que yo puedo hacer. No me he creído dispensado de dirigirme a vosotros con menos cuidado que el que puse al hacer uso de la palabra ante las Universidades de la Sorbona y Oxford, y cuando hablé en Berlín, por invitación del Kaiser.»

El ex-presidente habló en inglés, y ante un público que hablaba el español. Para un propagandista no es conveniente el expresarse en idioma distinto del que habla y entiende el auditorio; esto hace pensar que Roosevelt, si no habló en español o en francés, fue porque no entraba en su cultura el conocimiento de tales lenguas, cosa que no abona gran cosa a un



hombre de Estado. Si un argentino hubiese hablado, Sáenz Peña, por ejemplo, en español en los Estados Unidos, y en ocasión análoga, habría sido tildado de inculto e incapaz.

Una de las conferencias versó sobre la democracia y las reformas más urgentes que se habían de realizar en la Constitución americana, tema que escogió Roosevelt para que su afortunado contrincante, el presidente Wilson, se enterase, aunque no interesara gran cosa a los argentinos las querellas de los políticos norteamericanos. Bien examinados los conceptos expuestos por Roosevelt, resultan vulgares y de escasa consistencia científica, representaciones generales que se encuentran en la superficie de un cerebro cualquiera, aunque sean dichas con la petulancia de un gallo, por más que la intención del orador haya sido el resultar elocuente.

En la conferencia política expuso el ex-presidente norteamericano un programa político para su país, más bien que un tema de cultura científica. Además, hizo su biografía al exponer y recomendar las cualidades que había de poseer un estadista. Recuerda tal proceder lo que hizo Mirabeau cuando ante la representación nacional hacia su retrato al describir las cualidades exigibles en el político cuya exaltación iba a votarse. Al escuchar tales palabras, que envolvían pretensiones muy claras, dijo el célebre abate de aquella Asamblea francesa, completando un párrafo de las descripciones de Mirabeau «... y picado de viruelas». El picado de viruelas era Mirabeau. El hombre que Roosevelt pedía para los Estados Unidos, era Roosevelt.

Por considerarla de importancia la opinión en contra de la existencia de la Corte Suprema expuesta por un político norteamericano, conviene señalar que Roosevelt calificó la Corte Suprema como antidemocrática y conservadora. Los comentaristas la han juzgado así:

«Al establecer una autoridad judicial central, se han tenido presentes dos fines igualmente importantes y fundamentales en un gobierno libre. El primero consiste en el ejercicio re-



gular de todos los poderes del gobierno; el segundo, en la uniformidad de interpretación y de acción de estos poderes. El poder de interpretar las leyes comprende necesariamente el de decidir si son o no conformes a la Constitución, y en este último caso declararlas nulas sin ningún valor. Como la Constitución es la ley suprema del país, si un conflicto surge entre ella y las leyes del Congreso, o de los Estados, la autoridad debe seguir solamente aquella que es de obligación principal, es decir, la Constitución. Este último punto resulta de la teoría de una Constitución republicana, porque de otra manera los actos de las autoridades legislativas y ejecutivas, serían inatacables y fuera de toda fiscalización; a pesar de las prohibiciones y de las restricciones contenidas en la Constitución, las usurpaciones menos equívocas y las más peligrosas tendrían lugar, sin reparación posible. De esta manera el pueblo estaría a la merced de los gobernantes en el gobierno nacional como en el gobierno de estados; resultaría de hecho una omnipotencia semejante a la del Parlamento inglés. La opinión general en América ha decidido que el poder judicial debe pronunciar el último fallo sobre la constitucionalidad de los actos y de las leyes del gobierno federal y de los Estados, a lo menos, en tanto cuanto den ellos margen a un debate judicial (o sea un pleito). De aquí se sigue que, cuando estas leyes y estos actos están sometidos a la apreciación del poder judicial de la unión, el juicio debe ser definitivo; si de otra manera fuere, las decisiones judiciales caerían en el desprecio, y los poderes legislativos y ejecutivos dominarían exclusivamente (1).»

La segunda conferencia de Roosevelt versó sobre unas divagaciones filosófico-histórico-político-económico-religiosas. El método no aparece por ninguna parte, pero insistimos en lo dicho: tienen importancia las opiniones de Roosevelt, no por su fundamento científico, sino porque representan el pensar de un

---

(1) J. Story: *Comentario sobre la Constitución federal de los Estados Unidos*.



hombre que refleja la opinión de gran parte de sus compatriotas, a más de dar un claro espécimen de la formación de los estadistas norteamericanos.

En esta conferencia lo más culminante fue la condenación de las pretensiones socialistas. Había que luchar contra los socialistas, decía Roosevelt, «que sostienen una política no sólo impracticable, sino también odiosamente repulsiva por su sólida inmoralidad; que predicán la abolición de todo lo bueno que la humanidad ha conseguido lenta y dolorosamente en su distinta, vacilante y esforzada carrera hacia la altura, a través de las edades; y que propagan la peor forma de injusticia, cual sería la que hiciera que el hombre cosechara donde no ha sembrado, repartiendo los resultados por partes iguales sin consideración a la desigualdad del servicio que cada uno hubiera prestado para asegurarlos; y, «contra quienes se proponen detener todo esfuerzo hacia la altura y rebajar el nivel hasta el lote común de la humanidad; soportando para siempre una vida encadenada y sin esperanzas, vida que sería intolerable para cualquier espíritu libre e intrépido, capaz de abrigar altas aspiraciones».

Debemos disculpar al ex-presidente norteamericano del rigor con que trata a los socialistas, sin rozar el avance moral que representa la concepción pura del socialismo. Se trata de un norteamericano, y los norteamericanos no pueden comprender el socialismo como los europeos. Un socialista de tanto valer científico como el alemán Werner Sombart, examina las causas por las cuales no existe el socialismo en los Estados Unidos, y demuestra por qué el espíritu del socialismo alemán no arraiga en América del Norte. El hecho es que resulta algo extraño para la mentalidad del yanqui la concepción socialista.

Parece ser que los elogios recibidos por Roosevelt con ocasión del discurso o, mejor, diatriba contra los socialistas, se explican por circunstancias puramente locales. Los socialistas han obtenido un triunfo en las últimas elecciones, y la opinión



del estadista norteamericano resulta una arma más para los adversarios.

Un acto de gran significación tuvo lugar cuando Roosevelt recibió la investidura de doctor en Filosofía y Letras, *honoris causa*, en Buenos Aires.

Hasta tal momento no se había dicho nada respecto de la magna cuestión panamericana. El Dr. Zeballos, uno de los más ilustres publicistas argentinos, abordó el tema en plena solemnidad, dirigiéndose al flamante doctor *honoris causa*. Elogió la doctrina de Monroe, pero negó el valor práctico considerándola inaplicable a la Argentina. «Porque—decía el Dr. Zeballos—la República Argentina ha concluido su evolución civilizadora, y es un país respetado y que sabe hacerse respetar, digno del respeto del mundo.»

.....

«¡Somos una nación orgánica, somos una nación responsable ante la civilización! No tememos agresiones a nuestro territorio, ni de Europa ni de América, y no hay el menor peligro de que nuestra integridad soberana pueda ser amenazada por nación alguna. ¡La actitud de Monroe no es aplicable, pues, a nuestro país! Y hago esta declaración invocando mi autoridad de decano de los profesores de Derecho Internacional privado de las Universidades argentinas, usando mi autoridad de miembro, electo dos veces, del Instituto de Derecho Internacional de Europa y de miembro de la segunda Comisión de dicho Instituto recientemente nombrada para dictaminar sobre los protectorados, las ocupaciones territoriales y las zonas de influencia de las potencias del mundo; y con estos títulos declaro que la República Argentina agradece el amparo de la actitud de Monroe, que en pasados tiempos nos fue necesaria y que ha dejado de serlo hoy, cuando culmina nuestra civilización.»

El público primero y la opinión después, se mostró entusiasmado ante declaraciones tan enérgicas, que ya era hora fuesen hechas solemnemente ante los grandes gobernantes de



los Estados Unidos. El Dr. Zeballos vino a decir lo que en buen romance puede llamarse una advertencia en toda regla contra la política de tutela y rapiña de los Estados Unidos con los demás Estados de América.

Después, la Prensa ha recogido lo que a título de contestación dijo Roosevelt.

«No sois solamente una de las grandes naciones del porvenir; ya sois una gran nación libre del presente. Estáis en pie de entera igualdad con las grandes naciones de la humanidad en cuanto a la extensión territorial, la estabilidad política, la viril energía, el desarrollo ordenado, el respeto patriótico de sí mismo y el derecho al respeto de otros. En cuanto a vosotros, tengo la convicción de que no es aplicable la doctrina de Monroe en el sentido de que los Estados Unidos del Norte sean sus únicos guardianes. No necesitáis protección. Sois capaces de ser los campeones de vuestra propia doctrina de Monroe. En otras palabras, amigos, habéis alcanzado tal grado de desarrollo, que en todas las relaciones internacionales entre la Argentina y los Estados Unidos, el tratamiento mutuo debe ser igual, fundado en la mutualidad exacta de respeto y de obligaciones.»

Menos mal si los demás hombres públicos de la gran República Norteamericana piensan lo mismo, y lo que dicen es lo que piensan; pero, ¡está tan claro el ejemplo que ofrece Méjico constantemente amagado por los yanquis!

Por todas estas razones, bien merecía una consideración especial el caso de Mr. Roosevelt en la Argentina.

El carácter latino-ibero estuvo representado ante Roosevelt por el Dr. Zeballos. Aquél, era el tipo psicológico de la mentalidad que más se compadece con el pragmatismo: carácter práctico, calculador, frío, desprovisto de genio estético y de calor sentimental. Este, idealista, sentimental, intelectualista, artístico, elocuente. El mismo Roosevelt llamó a Zeballos «orador del día». Hablando como lo hizo el doctor argentino en representación de un claustro, echó, según algunos escriben, las



bases de un intercambio académico entre la Argentina y los Estados Unidos.

Tal vez se repetirá ante estas apreciaciones, sobre las cualidades oratorias del Dr. Zeballos, la infundada y vulgar objeción de que la oratoria es manifestación de una mentalidad inferior. No me explico que sea signo de inferioridad mental la cualidad de poder decir en voz alta y con ritmo musical, si se puede, lo que los pensadores que escriben confían al papel. El orador da siempre un hálito de vida, una palpitación a los conceptos que no consigue nunca el escritor. La dificultad está en que para ser orador se requiere una ideación rápida, cualidad poco común. No es aventurado el afirmar que los pueblos de vieja civilización, de larga evolución mental, son pródigos en oradores; los pueblos jóvenes suelen carecer de ellos.

Se reprocha a los españoles su afición a la oratoria y la constante práctica de la misma. Esto es un error. En ningún centro docente he visto mayor cantidad de oradores que en Alemania. Y la oratoria académica no es todo verbalismo literario. Recuérdese lo que a este propósito ha escrito el profesor Paulsen en su libro sobre las Universidades alemanas.

El Dr. Zeballos no sólo realizó ante Roosevelt un acto político de trascendencia mundial al arrancarle declaraciones sobre la aplicación de la doctrina de Monroe, sino que provocó un espléndido contraste entre la mentalidad anglo-sajona y la hispano-latina.

Es un anuncio de las creaciones futuras del genio de la raza trasplantado en América.

\*  
\* \*

El progreso no debe medirse tan sólo por los avances materiales. Cuando se estudia el adelanto de algunos países americanos, se hace casi siempre una estimación económica de los mismos, que hay que completar con las consideraciones de carácter moral.

Por lo que a la Argentina se refiere, junto a las estadísti-



cas económicas habría que añadir la consideración de los avances culturales y cívicos. Esto es lo que un publicista argentino distinguido como Roberto Levillier ha realizado en algunas publicaciones suyas, de las cuales tomamos el siguiente estudio político, expuesto en el Ateneo de Madrid.

Levillier describe el estado caótico de la vida política antes de la gran reforma electoral vigente, que tantos bienes ha producido en aquella gran República.

La palabra partido—dice el publicista argentino—en aquella época no significaba necesariamente doctrinas, sino «particulares». No existía partido proteccionista, ni librecambista, ni conservador, ni republicano, ni demócrata, ni nacionalista; sólo personalidades, por lo general de gran talento, rodeadas de adherentes incondicionales. Y esos grupos perseguían todos el mismo objeto, o a lo menos aseguraban al público que lo perseguían: el de regenerar el medio político, de acordar la pureza de sufragio y de realizar la Constitución. Esos eran por entonces sus propósitos. Veamos, pues, ahora que conocemos los manejos corrientes en las altas esferas políticas, cuál era esa impureza de sufragio que los partidos opositores ambicionan suprimir.

Existía un especie de círculo, abierto día y noche. El Jefe responsable, sombra del Presidente de la República, era lo que se llamaba un as de partido; poseía una actuación que le indicaba como el más apto para ejercer el mando; gozaba de una situación personal prestigiosa que derivaba generalmente de sus cualidades oratorias, y de su capital político, representado por el atesoramiento de varios millares de libretas de electores, pacientemente acumuladas. Debía por definición poseer una experiencia profunda del mecanismo. Al ejercer la jefatura, perseguía por cierto un interés personal, como ser un Ministerio o una banca en el Senado, pero no exclusivamente; era un verdadero sport; halagaban a su espíritu las satisfacciones del mando, los preparativos de intrigas y las peripecias de la lucha. Su cargo no era obstáculo a que fuese Diputado, al

E. M.—Febrero 1914.



contrario; ese rango elevado le daba cierta impunidad, y le facilitaba el servir a esos intermediarios que después de haber tratado con el pueblo, que era en fin de cuenta la presa apetecida, traía a su amo contra un do-ut-des formal, el resultado de su propia cosecha.

Las reuniones políticas de los partidos opositores eran exactamente iguales. Y los métodos y los elementos no diferían. Pero mientras los oficialistas trabajaban todo el año, y conservaban sus partidarios por medio de concesiones y de amabilidades, éstos no abrían la guerra sino algunos meses antes de la elección, y no disponiendo de influencia alguna en las zonas administrativas, agotaban sus finanzas en vano. La carrera estaba ganada antes de corrida. El jefe del partido oficial podía sumar las libretas de cada comité y pronosticar de antemano la cifra de electores y el resultado.

El acto era una simple fórmula, la última escena de la larga parodia. Era una ceremonia de carácter grave, pero irresistiblemente cómica, por la ironía del contraste entre las apariencias y la realidad.

La Mesa electoral, compuesta de ciudadanos *supuestamente* porteados por el Poder ejecutivo, tenía ante sí un *supuesto* padrón de la circunscripción. Los comités proveían sus elementos de libretas de electores, que no conteniendo ni fotografía, ni filiación detallada, ni firma del dueño, podían distribuirse indistintamente al verdadero propietario o a un individuo cualquiera dispuesto a prestar ese servicio. El *quid* no era obtener los electores que correspondían a las libretas, sino ciudadanos que llevasen las libretas compradas por el partido a la Mesa escrutadora. Estratagemas audaces multiplicaban los esfuerzos; José González, después de haber votado bajo su nombre en una parroquia, llevaba la libreta de Juan Fernández a otra, y si se atrevía, se presentaba dos o tres veces disfrazado en la misma Mesa bajo nombres distintos. El padrón era muy viejo, de manera que se hacían votar a enfermos, a ciudadanos ausentes y a los mismos muertos.



Cuando la mayoría no parecía segura, el partido oficialista recurría a un sistema infalible. El presidente de la Mesa era casi siempre, gracias a una serie de intrigas preliminares, miembro de ese partido. Tenía, de acuerdo con la ley Electoral, la policía a sus órdenes. Las únicas personas que podían turbarle en la aplicación de dicho recurso eran los representantes de los partidos opositores y los fiscales. Cuando sentía que los elementos comprados por los adversarios podían llegar a ser superiores a los suyos, ponía en duda la idoneidad de todo elector y lo hacía prender por la policía y despedir, juntamente con el fiscal, que, por supuesto, no dejaba de protestar indignado. Habiendo así hecho tabla rasa de lo que podía incomodarle, y, de acuerdo con los otros miembros de la Mesa, volcaba el padrón, es decir, llenaba las inscripciones de votos con los nombres de todos los electores contenidos en el censo. Era rápido, categórico y definitivo. Los opositores tenían luego derecho de reclamar, pero era muy difícil, por no decir imposible, descubrir los autores de tantos fraudes desfachatados, ni había para ello, como es de suponer, muy buena voluntad en las esferas oficiales.

En las provincias, las costumbres políticas eran aún de un carácter más imperativo. El Gobierno encontraba al subir al Poder todo un mecanismo sabiamente organizado por sus predecesores, para aplastar las oposiciones y garantizar la obediencia. La mayoría del Congreso provinciano le respondía como respondía al jefe anterior; era la única forma para los diputados y los senadores de asegurarse la reelección y de conservar su capital político. Ese término no significa aquí libretas, sino situación, es decir, una influencia positiva sobre ciertos distritos de la provincia en que eran propietarios o amigos de estancieros. Si el diputado respondía al gobernador, el gobernador respondía al diputado; el primero le votaba sus leyes y le aseguraba la mayoría; el segundo le aseguraba, del mismo modo y con la misma mayoría, la realización de sus proyectos. Pero, en caso de discordia, el gobernador suprimía



las situaciones adquiridas con un revés de mano. Comenzaba por vaciar la municipalidad, pretestando irregularidades, y luego enviaba un comisionado, así como el ejecutivo nacional envía intervenciones a las provincias en caso de desórdenes. El representante del gobernador presidía las nuevas elecciones municipales, y, como es de suponer, los nuevos concejales eran todos, así como el intendente, fieles amigos del Gobierno, dispuestos a secundarlo, cuerpo y alma, en las siguientes elecciones de diputados al Congreso provincial. La conciencia de los electores se formaba por medio de insinuaciones amables del comisario de la región, las cuales se hacían insistentes cuando se tardaba en aceptarlas, y que se traducían en represalias disimuladas y en vejámenes, cuando se pretendía desatenderlas. Desprovisto, pues, del sostén de las autoridades en su propio distrito, no podía el diputado recuperar su antiguo prestigio, y debía, o renunciar a él o transigir con la voluntad del gobernador.

No se distinguía en la vida política general más que un abismo entre la doctrina y la realidad, una gran inarmonía entre las leyes y las costumbres, y el peso ya excesivo de las impertinentes arbitrariedades oficiales.

Ascendió al poder Sáenz Peña en 1910, en condiciones favorables; la opinión estaba deseando una reacción en materia política; tenía por el candidato electo la mayor estima, y confiaba en las promesas hechas por él en su propaganda presidencial.

Sin embargo, no podía el Presidente—aun cuando llevara ya un programa definido—deshacer de entrada la red de costumbres ilegales tejida en tantos años de régimen anticonstitucional. Era necesario preparar el ambiente y no lanzar la reforma decisiva sino después de haber asegurado las estacas que habían de sostener el edificio.

Comprendió que debía no sólo modificar leyes y crear nuevas, sino, ante todo, corregir enérgicamente con el propio ejemplo las desviaciones producidas por prácticas anteriores.



Para demostrar su imparcialidad absoluta en materia política, rompió, al subir al Poder, todo lazo con el partido que había defendido y sostenido su candidatura. «Partido» significó hasta entonces en la Argentina «hombres», no «ideas». Sáenz Peña no renegó, pues, de sus ideas anteriores, sino que se limitó a no favorecer a los partidarios cuyo concurso había aceptado. Esa medida era de una importancia capital en un país donde, según la antigua tradición y un falso concepto de la lealtad, todo Presidente debía encumbrar con él los miembros de su partido a los más altos cargos del Estado. El quiso concluir de una vez con los compromisos que rebajaban al Poder ejecutivo y deformaban todos los rodajes de la organización. Al divorciarse con sus amigos, al despojarse espontáneamente de todos los apoyos que de hecho se ofrecían al Presidente, se lanzaba en el vacío, a riesgo de debilitar su acción personal. Pero pensaba para el Estado, y no en su presidencia, y al obrar en ese sentido fortalecía el Ejecutivo. Adoptó, además, un conjunto de costumbres saneadoras, desde largo tiempo reclamadas por la opinión: lejos de intimar con diputados, senadores y gobernadores, se aisló de ellos ostensiblemente, para evitar que le pidieran favores, para evitar familiaridades peligrosas y dejar a cada cuerpo de Estado su soberanía absoluta. Dedicó su acción inicial a demostrar que el Ejecutivo debía y podía gobernar sin el apoyo de grupos políticos, sin la amistad de las demás ramas del Estado, pero contando, sí, con el sostén de la opinión. Esto no sólo significaba la reprobación de un pasado vicioso; era algo más fundamental: *era conservar cada poder dentro del límite de las atribuciones señaladas por la Constitución*; era dar al pueblo la soberanía.

Sáenz Peña no engañaba al país al anunciarle que la Constitución sería su ley. Le hizo sentir que la reforma en vías de realización era el advenimiento de la legalidad; y al acercarse a la opinión pública para gobernar, al darle esa prueba de confianza y de estima, la elevaba por vez primera al rango supremo que debe ocupar en una democracia. Ese indicio de pensa-



mientos políticos superiores anunciaba a las claras que Sáenz Peña no se limitaría a reformar el espíritu del medio, sino que también reformaría las costumbres políticas de todo el país.

A raíz de una ley de censo militar, que fue enviada por el Ejecutivo al Parlamento, y sancionada, remitió luego la ley electoral tan esperada. Esta fue recibida en la rama legislativa con grandes resistencias, y esas se explican, pues un buen número de diputados y senadores electos en el régimen anterior entreveían el riesgo de perder su banca en futuras elecciones, si éstas habían de ser auténticas. Pero les era muy difícil fundar y exteriorizar públicamente su resistencia; por otra parte, la opinión se mostraba favorable a la nueva ley, aunque muy escéptica. En efecto, hasta la última hora duró la creencia de que todo sería inútil, que los antiguos políticos eran demasiado astutos y sabrían burlar la ley, que triunfaría la venalidad, que el pueblo no votaría y que resultaría, en suma, la reforma una vana tentativa.

La ley, que fue finalmente sancionada en ambas Cámaras, después de la brillante defensa que de ella hizo el ministro del Interior, Dr. D. Indalecio Gómez, estableció el voto obligatorio y secreto, con lista incompleta, escrutinio individual y representación de la minoría.

Las listas de Censo, utilizadas en el acto electoral, fueron hechas por oficiales del Ministerio de la Guerra, sujetos en caso de delito a las graves penas del Código Militar. Esta operación ofreció, pues, garantías de probidad, y suprimió del antiguo padrón, hecho caprichosamente por políticos oficialistas, los muertos que antes figuraban para el mayor provecho de los acaparadores de libretas.

Una multa de diez pesos o dos días de prisión castiga a los ciudadanos que, sin razón legal, dejan de votar. Los empleados públicos no pueden tomar parte en el manejo de las elecciones, ni aceptar una candidatura sin haber antes dimitido.

En el acto de la votación, el ciudadano debe presentar a la Mesa electoral de la parroquia en que vive su libreta, que ya



no es cívica, sino militar, y que lleva hoy su fotografía, sus señas particulares y sus impresiones digitales. El presidente, después de reconocer su identidad, le entrega un sobre vacío y le hace pasar a una sala aislada, en la que encuentra boletas de voto de todos los partidos. Ahí, sin testigo alguno, el elector hace su elección, coloca una boleta en el sobre, y a la salida echa en presencia de la Mesa el sobre cerrado en la urna.

El escrutinio es público, y lo hace una Junta electoral, compuesta del Presidente de la Cámara de Apelaciones, del Presidente del Concejo municipal y de un Juez federal. El Congreso es supremo juez de la validez de los diplomas.

El 7 de Abril de 1912, la elección de 60 diputados, es decir, la renovación de la mitad de la Cámara joven, vino a dar ocasión al pueblo de experimentar las virtudes de la nueva ley, y verificar las promesas de imparcialidad hechas por el primer magistrado. Los acontecimientos dieron razón a la ley, confirmaron la fe del Presidente en la opinión pública, y confundieron adversarios tradicionalmente victoriosos. Fue un despertar feliz. De 934.000 electores, 841.000 votaron en 4.650 Mesas, cuando antes apenas figuraba un 25 por 100 como votantes, en tanto que la gran masa de la nación permanecía en la abstención. El acto concluyó en el día sin presión oficial. El Presidente cumplió con su palabra: el sufragio fue libre. Ya dirían los resultados si era el sistema capaz o no de aniquilar los fraudes.

Fueron conocidos algunas semanas más tarde. Indicaban claramente las verdaderas simpatías populares, y señalaban hasta qué punto debió ejercerse la presión oficial en las elecciones anteriores, para llegar a paralizar los efectos de tan evidente unanimidad. Así es como en Buenos Aires, los radicales que no habían logrado entrar a la Cámara, en los últimos veinte años se llevaron ocho bancas de diputados y una de senador; los socialistas, dos bancas; la unión cívica, una, y la unión nacional, que antes las absorbía todas, por ser el partido oficialis-



ta, se llevó una sola, y esto gracias a los méritos y al prestigio personal del candidato que presentó.

Este resultado produjo una sensación de estupor y de íntimo júbilo; algo como si el pueblo hubiese recibido independencia moral, el sentimiento de que algo sucio acababa de morir, de que algo muy grande, limpio y luminoso acababa de nacer en la democracia. Es difícil con palabras expresar la impresión de orgullo que provocó en todos los medios la rehabilitación cívica tan ansiada. Y no es una exageración pretender que la fecha del 7 de Abril quedará en los anales de la evolución política argentina como una cima inolvidable.

Así describe una fase del progreso cívico de su patria el publicista argentino. La ley liberal es una realidad, y no una ficción. Los argentinos aman la ley porque es buena, y la respetan porque se hace amar y despierta una confianza absoluta.

Países hay en Europa que están muy lejos de alcanzar el nivel de pureza cívica que supone la sinceridad electoral.

\*  
\* \*

El castellano se ve combatido en la América española por las naciones de lengua extraña, concurrentes con España en el continente colombino.

Los franceses, sobre todo, se dan buena maña para esto. En París atraen a los escritores hispanoamericanos para que publiquen sus obras en francés, so pretexto de dar así a las obras un público más numeroso. Esto es discutible; pero aun con todo esto, es más la vanidad de los escritores de ver publicadas sus obras en París, que no otra cosa, lo que les impulsa a acceder a las demandas de los editores franceses.

Acaba de publicarse una revista en París, dedicada a la América ibérica. La titulan los franceses *Revue Sud-Americaine*. Califican geográficamente la publicación como si se tra-



tase de alguna revista de geología o cosa parecida; la cuestión es evitar los adjetivos *hispano* o *íbero*.

Lo mismo ocurre en la enseñanza, aun en la confesionalista. He aquí un ejemplo:

Por falta de personal en la «Tercera Orden (francesa) para la Enseñanza», fundada por Lacordaire, falta de personal producida por las leyes antirreligiosas francesas, el Colegio Lacordaire de la capital federal argentina ha sido cerrado por el General de los Dominicos. En vista de la reclamación del Arzobispo de Buenos Aires y de los padres de familia interesados, el General ha anulado el decreto que cerraba el Colegio y ha transferido la propiedad del Colegio a la Orden Mayor Dominicana. El Colegio pertenece, en adelante, en virtud de esta resolución, a la Provincia Dominicana Argentina; lo cual significa una disminución de la influencia francesa, de la cual dicho Colegio era un gran instrumento, y un beneficio paulatino y cierto para el estudio esmerado de la lengua española, descuidada (¿adrede?) (1) por los monjes franceses, y para el conocimiento de la literatura española y de la Historia de España.

La contribución al estudio de la cultura española que pueden llevar a cabo los Dominicos de la Provincia bonaerense, no deben olvidarla los españoles de América y Europa. El estudio del castellano —aparte todo espíritu nacionalista por nuestra parte— es una necesidad para todos los que en alguna relación están con la que bien puede llamarse, como se ha llamado ya, la inmensa Hispania. Descuidarlo so pretexto de nacionalismo extraño, como han hecho los monjes franceses de la «Asociación Lacordaire», es no solamente un grave error, sino también un perjuicio evidente para los que buscan instrucción.

---

(1) Véase *La République Argentine*, par le Père H. D. Sisson (Directeur du Collège Lacordaire), chapitre 11, page 210, I tome. Paris, Plon, 1910.



En los Estados Unidos, donde no se desconoce la importancia del castellano, se trabaja para conseguir la implantación del estudio del castellano en las escuelas. Así lo describe el *Boletín de la Unión Panamericana*:

«En relación con los continuos esfuerzos que la Unión Panamericana ha venido haciendo durante varios años para conseguir que en las escuelas públicas de los Estados Unidos se enseñe el español, es grato anotar los esfuerzos que en este sentido está haciendo la Sección de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado. Dicha Sección lleva una correspondencia con los funcionarios de escuelas públicas en varios Estados, y ha recibido muchas cartas que expresan el interés que dicha proposición ha despertado, o anunciando que se comenzará a estudiar el español. La Unión Panamericana espera que la Sección Latinoamericana continúe su buena obra. Como una prueba de lo que se viene haciendo sobre este particular, a continuación citamos un párrafo de una carta dirigida al Honorable Calvin M. Hitch, Subdirector de la Sección de Asuntos Latinoamericanos, por el Sr. William M. Slaton, Superintendente de las escuelas de la ciudad de Atlanta, Estado de Georgia:

«Me es grato manifestarle que ya he recomendado la enseñanza del idioma español en el Departamento de Negocios de nuestra Escuela Superior de muchachos. Las clases comenzarán en el mes de Setiembre, en conformidad con la autorización de la Junta de Instrucción Pública, la cual autorización ha sido concedida por recomendación mía.»

»También se anuncia que al abrirse nuevamente las escuelas, en este otoño, se enseñará el castellano en las escuelas públicas de los Estados de Mississippi y Virginia.»

Aparte de las relaciones culturales que sostienen los Estados Unidos con la América española, las relaciones comerciales son motivo bastante para hacer pensar en la necesidad del estudio de la lengua castellana en Norte-América.

El valor del canje de productos efectuado entre los Estados



Unidos y los diez países suramericanos el año 1912, ascendió a cerca de 313 millones de pesos, o sea un aumento de unos 10 millones. Esta cantidad total representa exportaciones de los Estados Unidos por valor de 126 millones de pesos, e importaciones de la América latina valuadas en 187 millones. Por más que el valor de las importaciones que hicieron los Estados Unidos es mayor que el de sus exportaciones, este hecho de ninguna manera debe considerarse como un síntoma desfavorable, porque el excedente que se echa de ver en las exportaciones respecto de las importaciones lo representa principalmente la materia prima que es necesario importar para las fábricas de los Estados Unidos.

Por ninguna parte aparece, pues, la conveniencia del afrancesamiento en América.

\*  
\* \*

Hace unos cincuenta años que algunos recogedores de goma en los bosques de la parte septentrional del Ecuador hablaron, por vez primera, de una palma especial que encontraron en gran abundancia, cuya nuez o almendra se asemeja, en la forma y color, a la cabeza, en miniatura, de un negro. A estas almendras las llamaron «negritos», y al hacer nuevas investigaciones se encontró que cuando la almendra se secaba por completo, se parecía al marfil dentino, y tenía la contextura de éste. Se embarcaron muestras de estas almendras para Europa con el fin de hacer experimentos, y por más que al principio se creyó que eran inútiles, no tardó en descubrirse que proporcionaban un material excelente para fabricar botones y otros artículos de adorno, para cuya fabricación hasta ahora se había usado un marfil más costoso. Una vez que el cuesco se seca por completo, puede aserrarse, tallarse, ponerse en tornos y hacerse botones de todos tamaños y formas, en tanto que la contextura del material es tal, que absorbe fácilmente los cuños o matrices, y adquiere un alto grado de puli-



mento permanente. Desde entonces el marfil vegetal o tagua se convirtió en un producto importante, y muy pronto contribuyó al aumento del comercio de exportación del Ecuador. Anualmente se embarcan de dicha República más de 20.000 toneladas, cuyo valor asciende a unos 3.000.000 de pesos, al paso que tanto Colombia como Panamá están aumentando su producción.

El nombre botánico del árbol que produce dicha almendra es *Phytelephas macrocarpa*, que los indios conocen comúnmente por la palma de tagua.

La tagua crece cerca de la costa occidental de Sur-América, es decir, desde el Sur de Panamá, a través de Colombia, el Ecuador y la parte septentrional del Perú. Abunda mucho en las laderas orientales de los Andes, y hay arboledas de tagua en los valles de los ríos, a diferentes alturas, siendo así que se han hallado algunas a una elevación que varía desde 2.500 hasta 2.600 pies sobre el nivel del mar. El árbol, que en realidad es una especie de helecho, tiene un tronco corto y grueso, que crece lentamente hasta una altura que varía desde 10 hasta 20 pies, y de cuando en cuando algunos árboles muy viejos han llegado a una altura de 30 pies. Las hojas, que semejan grandes y vistosas plumas verdes, muy parecidas a las de la palma de coco, se extienden alrededor de la espiga central que, después de crecer y esparcir sus ramos durante cinco o seis años, constituyen el tronco, que a aquella edad no tiene más de 3 ó 4 pies de altura, coronado por este dosel de frondas que semejan plumas. Luego aparecen los fragantes botones en la base de las hojas más bajas, que fructifican mediante la acción del polen que se les transmite por el aire o suaves brisas, o que le llevan los millares de insectos procedentes de las flores del árbol macho situado cerca de allí.

La fructificación se verifica en todos los períodos o etapas, siendo así que los botones o flores aparecen constantemente, y sus pétalos caen y se visten de su áspera corteza, en la cual se ocultan intercalados o encajados en la pulpa y en muchas



cubiertas, las semillas o almendras, que al principio tienen la forma de bolsas de un líquido dulce y refrescante que se trueca en una blanda y deliciosa pulpa, y finalmente se convierte en la dura almendra que se conoce en el comercio. Una colección de sesenta hasta noventa almendras, en grupos de cinco o seis, se encaja en la cáscara áspera, grande, nudosa y de un color moreno, que, semejante a la cáscara o corteza de una nuez, se abre por el fondo cuando las almendras están en sazón, y las deja caer en el suelo.

Las almendras se maduran con mucha lentitud, siendo así que desde el período de floración hasta que se maduren por completo y estén en condiciones para introducirlas en el mercado, transcurre un año. Por lo general, las recogen después de haber caído enteramente maduras. Cuando están en sazón, tienen el tamaño de una papa pequeña, aproximadamente, y su composición es muy dura, blanca, de grano muy fino, y se asemeja mucho al marfil dentino en todos sus rasgos característicos. Como quiera que el clima influye en el desarrollo del árbol, se encontrará una diferencia considerable en la forma y composición de las almendras que crecen en donde ha llovido con exceso respecto de las que se recogen en un clima seco. Como los árboles crecen silvestres y sin ningún cultivo, no se sabe con certeza la estación en que fructifican ni el tiempo que dura la tagua; pero los que están mejor informados sobre la materia dicen que comienzan a fructificar al sexto año, y que el árbol vive desde cincuenta hasta cien años.

Con excepción de los que están interesados en la compra y venta de botones en grandes cantidades, es probable que sea muy exiguo el número de personas que se den cuenta cabal de la importancia de su fabricación o del ensanche de dicha industria en estos últimos años. Los Estados Unidos compran anualmente unas 10.000 toneladas de almendras de tagua, cuyo valor asciende aproximadamente a 1.500.000 pesos. En este país hay 23 fábricas de marfil vegetal, y en dicha industria hay invertidos por lo menos 4 millones de pesos, y más



de 10.000 personas están directa o indirectamente empleadas en ella.

Cuando las nueces de tagua llegan a la fábrica se asemejan mucho a las patatas o papas pequeñas; pero por lo regular tienen uno o dos lados planos y están enclavadas en cascos o cubiertas sumamente duros. Cuando estos cascos están enteramente secos, son tan duros que no se pueden cortar con un instrumento de acero común, pero se abren o rajan dándoles un golpe violento. Para sacar la pepita, las almendras se esparcen y secan a una temperatura de unos 100 grados F., hasta que la parte interior se desprende de la cubierta. Entonces se colocan en un barril de hierro de volteo o descascarador, cuya parte interior está provista de golpeadores, y de esta manera se separan mecánicamente de la cáscara o cubierta. Después de examinarse con cuidado y de quitar todo vestigio o huella de casco que todavía pueda haber quedado adherido, se llevan a las sierras para cortarlos en tajadas. Estas pequeñas sierras circulares funcionan a una velocidad de 6.000 revoluciones por minuto. Las almendras no se cortan con sierra, pieza tras otra, sino que se corta una pieza de cada lado, dejando el corazón o centro, que, por lo general, es hueco y más o menos rajado, el cual se bota o se vende como desperdicio. Entonces estas piezas se llevan a un cuarto seco, se tienden sobre cribas y se someten a una temperatura más alta que antes, hasta que se extrae de ellas toda partícula de humedad, cambian su tinte azulado blancuzco original, y adquieren un color blanco o crema puro de marfil. Para esto se requieren, por lo regular, de ocho a diez días. Luego cada una de estas piezas de marfil queda tan dura y seca como un hueso, y por más que se remoje o infle en los procedimientos de fabricación posteriores, siempre vuelve a su estado de dureza original. Estas piezas de marfil son de diferentes tamaños, pero todas pueden utilizarse en la fabricación de botones.

Una vez que dichas piezas se han secado y endurecido, se llevan a un cilindro giratorio muy largo, casi horizontal, que



tiene muchos agujeros. Después se echan en una tolva que a su vez los derrama en el extremo más alto del cilindro, estando las perforaciones de tal manera dispuestas en grupos de diferentes tamaños—empezando por la más pequeña,—que cuando las piezas pasan por ellas se separan automáticamente en los tamaños principales por el hecho de caer en sacos que están colgados debajo. Luego vuelven a escogerse y se separan con mayor exactitud a mano, desechándose todas las que están rajadas y que son defectuosas, y entonces se llevan a los obreros que están situados en los tornos giratorios. Cada elemento que hace girar el botón está resguardado del que queda contiguo en un compartimiento separado, para impedir que las piezas de diferentes tamaños se mezclen. Al terminarse la operación, el contenido de la caja se echa en una máquina separadora, desde la cual los botones van a las máquinas de taladrar agujeros.

Las máquinas más exactas y complicadas en las fábricas de botones son las que taladran los agujeros en estos últimos. No sólo hacen los agujeros, sino que también agrandan los bordes de los agujeros, a fin de que no corten el hilo, y si se trata de un botón abovedado, cortan las pequeñas ranuras en su superficie entre los agujeros. Todo esto se hace en una sola operación, siendo así que en algunas máquinas el material se suministra a mano, en tanto que en otras los botones se echan por la parte superior, y la máquina hace girar automáticamente cada botón, de modo que su superficie quede en la debida dirección, y lo mantiene en su debido lugar, mientras dos o tres taladros abren y ensanchan los agujeros. Entonces el botón, en el cual se ha hecho el agujero, cae debajo y desocupa el lugar para otro. Una de estas máquinas automáticas taladra un promedio de 200 gruesas de botones diarias, en tanto que otra, a la cual se llevan los botones a mano, y que se usa para los mejores botones, taladra unas 100 gruesas. Hay otras máquinas que sirven para taladrar agujeros en los botones que tienen espigas que proyectan desde la parte posterior.



Después, el botón de marfil blanco se somete al procedimiento de coloración, mediante el cual se le dan los tintes y diseños que igualen y armonicen con los últimos tintes o colores de las lanas que pronto aparecerán en el mercado. El fabricante de botones se ocupa en descubrir los colores que se introducirán en el mercado, y entonces prepara sus muestras en conformidad con ellos.

Los colores que se les dan a los botones de marfil se dividen en dos clases, a saber: los colores sólidos y los jaspeados o abigarrados. Los primeros se tiñen simplemente, y el requisito principal es saber con exactitud la manera de mezclar debidamente los tintes, el tratamiento del material y el tiempo que los botones deben permanecer en el baño colorante. El procedimiento de dar a los botones un color jaspeado o abigarrado es mucho más complicado. Los botones a los cuales se les ha de dar color se esparcen en planchas o tablas que tienen un pie cuadrado, más o menos, colocándose por lo regular diez hileras de botones en una tabla. Sobre ésta se coloca una lámina de metal, en la cual se tallan los patrones o modelos del diseño, dispuestos de tal modo, que quedan precisamente sobre cada botón. La tintura, que se convierte en vapor mediante la acción de un atomizador mecánico, se sopla sobre el patrón, y es evidente que sólo afecta la parte del botón que queda expuesto. Otro procedimiento consiste en soplar goma laca sobre el patrón calado, de manera que posteriormente, cuando el botón se sumerge por completo en el baño colorante, la parte que se cubre con goma laca permanece blanca.

El último procedimiento importante en la fabricación de botones es su acabamiento o retoque, que puede consistir en pulirlo, deslustrarlo o satinarlo.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.



# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—HIGIENE SOCIAL: La Eugénica.—MORAL SOCIAL: La Casuística y los deberes para con el Estado.—COSTUMBRES: Los médicos.—LITERATURA: El teatro de Menandro.—OCULTISMO: Un médico clarividente.—IMPRESIONES Y NOTAS: Un francés en Sevilla.—D. Juan Ruiz de Alarcón.—El cañón antiaviador.—La muerte de Pascal.—Músicos alemanes.—El filodoromántico Frick.

## HIGIENE SOCIAL

LA EUGÉNICA.—¿Qué es la Eugénica? Francisco Galton, que ha forjado la palabra, la definía como «El estudio de las causas que pueden someterse a la intervención social y son susceptibles de mejorar las cualidades de raza de las generaciones futuras». La *Sociedad francesa de Eugénica* la define de un modo análogo: «El estudio de las condiciones más susceptibles de favorecer el nacimiento de sujetos sanos y vigorosos.» Según Adolfo Landry, en la *Revue Bleue*, el objeto de la Eugénica es investigar las causas de degeneración o perfeccionamiento de la raza, y determinar las reglas para que los individuos que nazcan estén lo mejor dotados posible física, intelectual y moralmente.

Como se ve, la Eugénica es una cosa antigua con un nombre nuevo; pues tratándose de plantas y de animales domésticos, la nueva ciencia está hace tiempo muy desarrollada. La

E. M.—Febrero 1914.



verdadera novedad está en la aplicación al hombre de los principios y reglas que vienen aplicándose a los demás seres. Mírese la cosa como puramente individual, como nacional o como humana, no hay duda que los problemas de la Eugénica merecen fijar nuestra atención.

En ciertas sociedades primitivas, principalmente guerreras, se han dictado leyes de carácter eugénico, como la ley espartana, que condenaba a los recién nacidos mal conformados a ser muertos; aun en ese caso, la ley no se preocupaba de la descendencia posible de esos recién nacidos, y sólo pretendía eliminar de la sociedad sujetos destinados a ser para ella una carga; sólo en nuestra época es cuando nos hemos empezado a preocupar de la mejora de la raza, y de la Eugénica propiamente dicha. Galton ha bautizado la nueva ciencia, y su iniciativa no ha sido estéril, sobre todo, en los países anglosajones.

En los Estados Unidos, la *American Breeders Society* se ha anexionado una sección de Eugénica, con cuyo concurso el *Instituto Carnegie* ha organizado un laboratorio cerca de Nueva York: expertos investigadores anotan los informes recogidos sobre los pensionistas de hospicios, asilos, prisiones y colegios; en el laboratorio se centralizan todas las noticias relativas a la herencia humana, se vulgarizan los resultados obtenidos y hasta se dan consultas, especialmente a propósito de matrimonio. Inglaterra cuenta con el *Eugenic Education Society*, que tiene por órgano la *Eugenic Review* con un laboratorio anejo, el *Francis Galton*, que ha publicado una serie de memorias notables, relativas a las cuestiones de descendencia, evolución y estadística biométrica. En Francia se ha fundado recientemente la *Société française d'Eugénique*, formada por naturalistas, fisiólogos, médicos, estadistas y políticos, que publica un boletín, *Eugénique*, con las actas de las sesiones, trabajos originales, análisis y bibliografía.

¿Por qué despierta la Eugénica tanto interés? En primer lugar, la resonancia de las teorías de Darwin tenía que provo-



car el nacimiento de la Eugénica; pues el problema de la herencia se ha convertido en uno de los más grandes problemas de la vida. Por otra parte, en nuestra sociedad, todo contribuye a fijar la atención en cuanto afecta a las mejoras de la raza. En las grandes aglomeraciones urbanas, las condiciones higiénicas son relativamente malas: los alojamientos son exigüos, el aire puro falta, la propagación de los gérmenes contagiosos se facilita, la existencia es más trepidante, gastando más el sistema nervioso y el organismo entero que la vida del campo; esto sin hablar de los desórdenes y vicios a que se está más expuesto en las grandes urbes. Las transformaciones de la técnica productiva y de la organización social obligan, además, a un número cada vez más crecido de hombres, a consagrarse a ocupaciones sedentarias, lo que aumenta en proporción las perturbaciones psíquicas y nerviosas.

Las tendencias humanitarias de nuestro tiempo y nuestra legislación social contrarían la selección natural. Hoy la competencia, dígase lo que se quiera, es menos temible que antes para los débiles. El que hoy se halla en estado de inferioridad por una enfermedad o una desgracia, hubiera sido antes aplastado sin misericordia en la gran lucha por la vida, mientras hoy encuentra asilos y socorros que le permiten perpetuar sus deficiencias. Los mismos progresos de la medicina y de la higiene, auxiliando a los débiles, van también contra los intereses de la raza. Por último, el decrecimiento continuo y rápido de la natalidad tiende a debilitar y a deteriorar la especie, pues ese decrecimiento se nota, principalmente, en las clases acomodadas, y sólo las clases pobres, condenadas a vivir en malas condiciones, son las que sostienen la población, degradándola.

Ese cambio continuo de proporción en provecho de elementos inferiores, explica la preocupación de los pensadores y el nacimiento consiguiente de la Eugénica. El hombre es dueño soberano de los animales y de las plantas; puede reglamentar a su gusto la reproducción de los unos y la multiplicación de las otras. Pero tratándose de los hombres mismos, la cosa es



distinta. En algunos Estados de la gran Confederación americana se han dictado leyes para la esterilización de ciertas categorías de condenados o dementes; pero es difícil que esas leyes puedan aplicarse en Europa. Se ha pedido que se prohíba el matrimonio a personas que presenten ciertas tachas transmisibles a la descendencia; pero esas proposiciones apenas han encontrado eco; repugnan a nuestra necesidad de libertad, y la prohibición legal del matrimonio, por otra parte, no impediría uniones funestas.

No hay necesidad de la intervención legislativa; la persuasión puede ser suficiente. El día en que se haya podido determinar exactamente la medida en que tal enfermedad o tara sea transmisible; el día en que cada cual pueda pesar las consecuencias para su descendencia de la unión que proyecta contraer, hay que esperar que se eviten la mayor parte, si no todas esas uniones. Por otra parte, no se trata sólo de impedir procrear a los viciados; pues, después de todo, lo corriente es que su descendencia se detenga pronto. Lo que se propone principalmente la Eugénica es mejorar los sujetos y las familias viciadas, de tal modo que, al perpetuarse, los vicios que las corroen vayan atenuándose, impidiendo, además, que se formen o se desarrollen nuevos vicios. Bueno sería hacer desaparecer del cuerpo social los elementos malsanos; pero curar esos mismos elementos y preservar del mal los sanos es todavía mejor.



## MORAL SOCIAL

LA CASUÍSTICA Y LOS DEBERES PARA CON EL ESTADO.—Se ha creído que Pascal mató la Casuística con las *Provinciales*; pero lejos de ser así, la ciencia de Molina y Escobar, según dice Alberto Bayet en la *Grande Revue*, viene rehaciéndose desde hace un siglo de los golpes que Pascal la asestara, asegurando el triunfo de la Casuística y del laxismo. Alfonso de Ligorí vengó, sin gran trabajo, la moral relajada, del desprecio janse-



nista en Italia. Aquella labor tropezó en Francia con la resistencia de obispos y seminarios, que proscribieron y condenaron los libros del gran casuista italiano. La canonización de San Alfonso y la derrota del galicanismo, dieron fin de aquellas resistencias, y las tres obras más importantes que hoy dominan en los seminarios en materia de Teología moral, la *Teología dogmática y moral*, del abate Vincent, o *Teología de Clermont*, cuya 8.<sup>a</sup> edición es la de 1893 (París); la *Teología moral universal*, del P. Timoteo, capuchino (París, 1902), y los *Principios de Teología moral*, del P. Michel (París, 1904), son libros todos cimentados en la doctrina de San Alfonso, y con toda clase de aprobaciones. Sólo la *Teología de Clermont* figura de texto en 67 seminarios franceses, constituyendo el fondo de la educación moral del clero.

¿Qué enseña la Casuística en materia de deberes del individuo para con la sociedad, del ciudadano para con la patria? Según la *Teología* del P. Michel, hay que rechazar lo que se llama libertad de conciencia: *Rejicienda est libertas cogitationis*. La libertad de cultos es algo impío y absurdo que la autoridad pública no tiene el derecho de consagrar. La libertad de hablar, de escribir y la libertad de enseñanza son, asimismo, inadmisibles, pues el error no tiene derechos. Hay, pues, que librarse con cuidado del liberalismo, ni aun mitigado, como igualmente opuesto a la razón y a la fe. Hay que desconfiar de la neutralidad escolar, y no poner los pies en las escuelas neutras. En la práctica podrá, a veces, tolerarse la herejía o el error; pero esa tolerancia, lejos de ser un bien, será una nota de imperfección social.

En todas estas decisiones se reconoce la política definida varias veces por la Santa Sede. Los casuistas aplican con rigor los principios católicos, defendiendo la sociedad actual contra los que sueñan en transformarla. Su celo les lleva a veces demasiado lejos, pues en la *Teología de Clermont*, de 1899, y en la del P. Michel, de 1902, se halla una teoría bastante imprevista de la esclavitud lícita. Ambos autores condenan desde



luego la esclavitud pagana, que reducía al esclavo al estado de cosa; pero si la esclavitud se reduce a una domesticidad perpetua, «sin más salario que lo indispensable a la vida», no repugna al derecho natural. Esa servidumbre, según el P. Michel, rebaja y envilece el alma del esclavo, y no es conforme con la caridad y la fraternidad cristiana; pero es lícita, con tal de que tenga una justa causa, y habrá justa causa si un hombre queda reducido a esclavitud en expiación de un grave delito; pues si se trata de un condenado a muerte, como la esclavitud es más suave, puede ser legítima; y si se posee legítimamente un esclavo, se le puede vender, siempre que sólo se trate de una domesticidad perpetua. La esclavitud de los deudores insolventes puede también ser lícita, y la esclavitud de los hijos de un esclavo, admitida antiguamente, cuenta en su favor varios textos de la Biblia, y hay muchos teólogos que la tienen por legítima.

Todo esto, como dice Bayet, no pasa de juegos de casuistas, de los que sólo importa hacer constar la tendencia, pues prácticamente hoy no tienen importancia. Pasando a doctrinas de mayor aplicación, veamos lo que enseña la Casuística en cuanto a los deberes para con la patria. No hay casuista que haya enseñado *en principio* el antipatriotismo, y todos concuerdan en que, teóricamente, debemos a nuestro país el servicio militar y el impuesto. Pero ¿en qué medida debemos pagar y servir? San Alfonso se pregunta si los defraudadores del fisco pecan mortalmente, y si están obligados a restituir; unos dicen que sí, otros dicen que no. San Alfonso recoge los argumentos de unos y otros, y se queda sin resolver, remitiéndose «a más sabios». Pero, cuando es probable que un impuesto sea injusto, ¿se debe pagar? Aquí la negativa es general, y San Alfonso la sigue; pero hay que advertir que esta cuestión no se planteaba en el antiguo régimen en los términos que hoy. Gury pregunta: «¿Es un pecado grave, después de una compra, hacer figurar en el contrato un precio inferior al que se ha pagado, para entregar menos dinero al fisco?» La cuestión es controvertida:



unos sostienen que no, pues habría fraude y mentira; otros quieren que se declare el valor intrínseco del objeto; otros, que basta declarar más de la mitad del valor real; la opinión más probable es la que desliga a los contratantes de toda obligación de declarar el verdadero precio.» En cuanto al notario que presumiendo el fraude levanta acta sonriendo, «no peca contra la justicia».

Gury, aunque más cercano a nosotros que San Alfonso, no es un contemporáneo; pero la *Teología de Clermont*, en su tomo VI de la edición de 1899, distingue los impuestos indirectos: consumos, aduanas, timbre, estancos y registro. En conciencia, hay que pagar los impuestos directos *si son justos*. En cuanto a los indirectos, la mayor parte de los casuistas sostienen que las leyes concernientes a estos impuestos tienen un carácter puramente penal y estamos absolutamente libres de eludirlos, a condición, si se descubre el fraude, de pagar las multas legales.

Y ahora, ¿qué es un impuesto justo? Para que merezca este título, se necesitan dos condiciones: un motivo legítimo, y una proporción conveniente entre los sujetos a pagarlo. «Cuando un impuesto es ciertamente injusto, no hay ninguna obligación de pagarlo, pues hay que considerarlo más bien como una calamidad pública, de la que cada cual se libra como puede.» Difícil es que los particulares sepan decidir con certeza si un impuesto es o no justo; pero si hay duda, los sujetos a él no están obligados a nada, *quia in dubio melior est conditio possidentis*. Si un contribuyente ha robado al Estado no pagando el impuesto, ¿tiene que devolver lo que se ha guardado? «En la práctica, *antes del hecho*, hay que exhortar a las gentes a pagar el impuesto; *después del hecho*, si un penitente tiene por cierto o probable que es injusto pagar tantos impuestos, o que por otros caminos ha atendido a las necesidades públicas, no se le debe obligar a devolver el precio de su fraude: *non est cogendus ad restitutionem tributi defraudati*.

La *Teología* del P. Timoteo extiende la facultad de no pa-



gar hasta a los impuestos directos: «Hay tantos, los han aumentado tanto, sirven para tantos usos ilícitos, hay a veces entre quienes los imponen tal falta de conciencia y aun de probidad, que sería injusto obligar en conciencia a los ciudadanos a pagarlos.»

Para librarse del impuesto, no debe uno corromper a los funcionarios encargados de cobrarlo; pero, ¿se debe decir en la Aduana que no se tiene nada que declarar cuando se lleva algo sujeto a derechos? El mandamiento «no mentirás», parece cortar la cuestión; pero el P. Timoteo está por la decisión de Gury. Teofrido—decía Gury,—interrogado por un empleado de Consumos que le pregunta si lleva algo sujeto a derechos, responde que no. «No debe ser considerado como habiendo cometido un pecado; pues decir *no tengo nada*, significa: no tengo nada que deba declarar espontáneamente. Busque usted, pero no me pregunte.» Así, Timoteo declara que no hay medio injusto cuando, para evitar pagar derechos, «se oculta una mercancía, se hace un rodeo, se sirve uno de las fórmulas usuales (no llevo nada, etc.), o se disminuye el valor de una sucesión». Conclusión práctica: fuera de los casos de corrupción, «no hay que obligar a reembolsar al Estado, a los ciudadanos que se han sustraído al impuesto por industria y hasta por mentira».

Pasemos al servicio militar, sin hablar de las opiniones de San Alfonso, que se referían a un estado de cosas que hoy no existe. Hoy no se trata de aquellos soldados del antiguo régimen ligados al Estado por algún contrato; hoy estamos en la época del servicio militar obligatorio. La *Teología de Clermont* sostiene que en una guerra «evidentemente injusta», los soldados no pueden servir con tranquilidad de conciencia, pues «la muerte del inocente, el ataque dirigido contra él, tiene una malicia intrínseca, y están, por esa razón, absolutamente prohibidos; si no pueden fugarse, no tienen ni siquiera el derecho de matar para defenderse, pues son agresores injustos».

Esta teoría es peligrosa en la práctica; pues desde el momento en que un soldado católico crea que una guerra es injus-



ta, no tiene más recurso que fugarse o dejarse matar. Pero es más chocante todavía lo que los casuístas sostienen en materia de deserción; para ellos la deserción en tiempo de guerra es un pecado grave, y, por consiguiente, todo desertor debe volver a sus filas; pero esta obligación cesa «si teme, al volver, un peligro muy próximo o un castigo muy grave». En tiempo de paz, la cuestión se complica. ¿Puede uno sustraerse al servicio militar? Si otro tiene que cubrir su puesto, peca contra la justicia conmutativa, y está obligado a reparación para con quien le ha reemplazado; si no perjudica a otro (caso del servicio obligatorio), no peca más que contra la justicia legal, «y, por consiguiente, no está obligado a ninguna reparación. En la práctica—concluye la *Teología de Clermont*—no hay que inquietarse por los que se sustraen al servicio militar, ya con mentiras, ya mutilándose».

El P. Timoteo, por su parte, dice que la ley militar es puramente penal, y, por lo tanto, el que rehuye cumplirla no peca, ni tampoco el que deserta. «Los exentos de derecho, como los clérigos y sostenes de familia, pueden cometer el pecado de mentira o recurrir a la astucia, tratando de hacerse exceptuar; jamás pecan contra la justicia conmutativa, sea cualquiera el medio de que se sirvan para ese fin».

La *Teología* del P. Michel es más precisa todavía. Sostiene que las leyes militares no obligan en conciencia, y, por consiguiente, no cometen pecado los que se libran del servicio militar, ya antes de la incorporación, ya después, desertando, no estando alistados sino en virtud de la ley militar, y, por consiguiente, no está obligado a nada para con el Estado el que se sustrae al servicio militar, aunque haya cometido el pecado de mentira o se haya mutilado o se haya debilitado la vista.

Es verdaderamente sorprendente el descubrimiento de estas doctrinas por quienes parecen más obligados al respeto a las leyes y al amor a la patria, y eso explica que, empujados de un lado por las corrientes del socialismo, del internacionalismo y el anarquismo, y de otro, por estas teorías laxistas, adquiera



tantos vuelos el antipatriotismo o, por lo menos, el indiferentismo.

## COSTUMBRES

LOS MÉDICOS.—Entre las diversas informaciones sobre la juventud, abiertas por la *Revue Hebdomadaire*, figura la relativa a los médicos, hecha por el Dr. Grunberg.

Dice Grunberg que su carrera se distingue muy claramente de todas las demás, tanto por la responsabilidad en que el médico incurre, por la gravedad de los intereses que está llamado a defender, como por la dificultad del diagnóstico que exige un espíritu de observación especial. ¿Por qué se hace uno médico? Grunberg cita un ejemplo: su padre ejercía la Medicina, y, naturalmente, cuando llegó el caso de elegir una carrera, le empujó por el mismo camino, lo mismo que a su hermano mayor; un tercer hermano, que está estudiando segundo de Facultad, y el cuarto seguirán probablemente las huellas de los anteriores hermanos. ¿Es un mal? Los hijos aprovechan la experiencia del padre, y los hermanos menores, una y otra. Esta vocación familiar vale por lo menos tanto como la resultante de una decisión paternal basada en probabilidades sobre los gustos del joven; pues son rarísimos los que se entregan a la Medicina por gusto personal, teniendo conciencia de la profesión a que quieren dedicarse. Lo que importa, ante todo, no son argumentos de sensibilidad por el sufrimiento humano, ni de temor a la vista de la sangre; lo que importa es que el joven experimente si posee los dones de abnegación benévola para ejercer con nobleza el sacerdocio a que tiene intención de dedicarse. Lo que debe guiar la elección de los padres, no es la preferencia del hijo por tal o cual rama de los estudios secundarios, debida muchas veces a razones independientes de la vocación; sino más bien el estudio previo, lo más profundo posible, del temperamento del hijo.

Prescindiendo de cuestiones de organización de estudios,



y suponiendo ya al joven con su diplomá de Licenciado, una de sus primeras preocupaciones es la de su instalación. Tres imágenes se presentan ante sus inquietos ojos: la de París relampaguea en primer término en sueños de éxito rápido, buena clientela y placeres a todo pasto; pero en las malas horas, esta imagen se empaña con los temores de la instalación costosa, y de la larga espera de los primeros clientes, y el cuadro es sombrío. Entonces viene la imagen de la ciudad de provincia, en que el éxito será más rápido, pero menor; y en último término, aparece la villa coquetona y soleada, con sus bosques, donde serpentea el río, donde la vida se deslizará pacíficamente, donde todos se aprovecharán de su educación intelectual y política, donde el ejercicio de su profesión será verdaderamente un sacerdocio. Pero París está lejos, los placeres serán monótonos, y pasa por la imaginación el retrato del viejo médico de la aldea natal. ¡Cómo! ¿Envejecer así? ¡Aniquilarse voluntariamente! Sin embargo, es un bonito papel, y el anciano médico, dejando a su viejo caballo tirar a su arbitrio del viejo cabriolet, no puede inspirar más que esta exclamación: «¡Buen hombre!»... Y la conquista de Plassans vale por la de París.

Hecha la elección, el joven médico renueva y aumenta sus relaciones. Entonces comienza la espera, y llega el primer cliente. ¡Cuánta abnegación! ¡Cuántos cuidados! El principiante quiere ser no sólo el *cuidador*, sino también el *consolador*, y desempeña concienzudamente su papel. Le hace falta, sin embargo, adquirir la habilidad, la destreza de la profesión. Grunberg la ha aprendido de su padre, y los profesores que la poseen deben comunicarla a los alumnos. Deberían, sobre todo, fijarse en hacerles comprender que los que andan alrededor son todavía más de considerar que el enfermo mismo. Ellos son los que espían cada gesto, comentan cada palabra, son testigos de su vacilación, de sus apuros, y los que dirán después de la consulta: «es dulce, es afable»; o bien: «presume demasiado, no parecía estar seguro, ha vacilado».

La primera tarea del médico es, pues, inspirar confianza,



y ahí está la mayor dificultad. Con unos hay que mostrarse discreto, hay que *presumir*, con una levita muy bien ajustada, para que se diga: «Muy bien ese médico, muy correcto e inteligente.» Con otros hay que dejarse llevar, y conservando su prestigio, mostrar cierta familiaridad para que se diga: «¡Qué bueu médico! ¡No es orgulloso, vaya! ¡Y en seguida ha conocido el mal!» Eso no quiere decir que el médico deba ser un cómico; pero debe saber adaptarse al medio, y ese es el secreto de su éxito. En casa del obrero, un golpecito en la mejilla de un chiquillo hará mejor efecto que unas botinas charoladas; mientras que sentaría mal en casa de un burgués empingorotado.

Con la clientela surgen las dificultades, y el joven médico conoce las angustias de la incertidumbre; en aquel momento comprende que su educación es incompleta, y los tropezones se suceden por culpa de la imprevisora Facultad. La primera dificultad suele ser la de los honorarios. ¡Qué fastidio el no poderse hacer *honorar* cuando se ha dedicado uno día y noche a la curación de un enfermo ingrato! En su ignorancia, lo lleva a los tribunales, y pasa por la vergüenza de ver discutir su nota de honorarios, de regatear y de aceptar un precio baladí por no perderlo todo. ¡Loco! ¡Ese dinero había que perderlo! ¡Hubiera ganado más con la satisfacción de haber hecho una buena cura, y haber ejecutado una buena obra, y la viene a estropear con un gesto! Si no se abstiene de buena gana, que lo haga siquiera por diplomacia.

Si las relaciones del médico con su clientela son delicadas, no lo son menos con la sociedad. En el campo, sobre todo, no tarda en verse obligado a mezclarse en las cuestiones políticas y sociales. Algunos lo rehuyen; pero eso es propio de perezosos y de cobardes. El médico debe guiar al aldeano en la gestión de sus intereses.

Hablando de otras cosas, Grunberg se muestra contrario a que la Medicina, como quieren algunos, se convierta en un monopolio de Estado, y le parece conveniente la generalización del sistema de los médicos por iguala.



En la misma información de la *Revue Hebdomadaire* toma parte Luciano Girard, interno de los hospitales de París. Los cuatro años de internado, son, según él, los más agradables de la vida del médico. El libre estudio de las enfermedades, no en los libros, sino a la cabecera del enfermo, el laboratorio y la experimentación, son recursos que permiten aprovechar el tiempo lo mejor posible. Y no es que la vida de un interno sea vida de placer, ni la sala de guardia un lugar de delicias; es, ante todo, una escuela de solidaridad, de iniciativa y de sangre fría; es un comedor en que los internos se reúnen en las horas de las comidas; una biblioteca donde se consultan los periódicos médicos, y un alojamiento para el que está solo en París; allí reina el más franco compañerismo y una cordialidad que se refleja en el tuteo.

Cuando van a terminar los cuatro años de esta existencia, se tropieza con la realidad de las cosas, y es cuando hay que pensar en el porvenir. Algunos, médicos, cirujanos o parteros, pasan a los exámenes de agregación de los hospitales; la mayoría se instala en París o en provincias, y algunos se especializan en la oftalmología, laringología, dermatología o neurología, únicas especialidades que deben admitirse; pues dividir la Medicina en tantas especialidades como enfermedades, según la tendencia actual, es cosa contraria a la verdadera Medicina; pues si las enfermedades hieren a un órgano con preferencia a otro, interesan al cuerpo humano entero. No ver más que la localización de una enfermedad general, es una falta profesional. Querer especializar a los médicos a toda costa, es querer vender la Medicina al por menor, es querer rebajar la profesión, es suprimir esos médicos de familia, cada vez más raros, confidentes de los malos días y de los días venturosos, consejeros preciosos a veces, psicólogos y médicos del espíritu, tanto como médicos del cuerpo.

### LITERATURA

EL TEATRO DE MENANDRO.—El auto de fe hecho por los em-



peradores bizantinos con gran número de obras de los antiguos poetas griegos que les parecieron pecaminosas, nos han privado de las creaciones cómicas de Menandro, Filemón y Alexis, y de los líricos Safo, Corina, Anacreonte, Mimnermo, Bion, Aloman y Alcec. De unos y otros se han salvado, afortunadamente, algunos restos, bastantes para hacernos lamentar la pérdida de lo que falta.

De Menandro nos han quedado numerosos fragmentos de sus comedias, fragmentos, en general cortos y sentenciosos, salvados por los compiladores, Ateneo sobre todo, y por los Padres de la Iglesia, que nos permiten ratificar el juicio de los antiguos sobre la nobleza de pensamiento de Menandro, su voluptuosa melancolía y su filosofía escéptica y epicúrea. Lo que más lamentamos con Nicolás Ségur, en *La Revue*, es el no poder apreciar a Menandro artista y dramaturgo, a Menandro psicólogo, a Menandro creador del teatro moderno, inventor de la acción escénica y de la intriga. Si su moral y su filosofía nos son familiares, por sus lindas máximas, no nos bastan para juzgar de su arte. Por fortuna, un joven sabio, Lefèbvre, haciendo excavaciones en Afroditópolis, la pequeña, tuvo la suerte de encontrar treinta y cuatro hojas de un manuscrito de Menandro con algunas escenas enteras de cuatro comedias. Ahora podemos comprender la estima en que lo tenía César, elogiando a Terencio llamándole semi-Menandro.

Menandro floreció en el momento en que Atenas degeneraba durante las guerras contra Filipo, resignándose a la dominación extranjera para vivir en la esclavitud del placer. Sofistas y cortesanas se disputaban la educación de la juventud, llenando el ágora con vanas discusiones y culpables licencias. Según Droysen, «la ligereza más coqueta y abandonada y esa cultura delicada, amable y espiritual, que se ha designado después con el nombre de aticismo, son los rasgos característicos de la vida de Atenas bajo la dominación de Demetrio de Falerio. Es de buen tono visitar las escuelas de los filósofos. Cuando Stirpon iba a Atenas, los artesanos dejaban sus talle-



res por verlo, y todo el que podía acudir para oírle; las hetairas afluían a sus lecciones para ver y ser vistas, para ejercitar en su escuela aquel ingenio picante con el que encantaban tanto como por sus tocados seductores y el arte de reservar sus favores últimos. Aquellas cortesanas gozaban de la sociedad habitual de los artistas de la ciudad, pintores y escultores, músicos y poetas; los dos más célebres autores cómicos del tiempo, Filemón y Menandro, alababan públicamente en sus comedias los encantos de Glicería, y se disputaban públicamente sus favores. De la vida de familia, de la castidad, del pudor, no se trata en Atenas, ni casi se habla todavía; toda la vida se pasa en frases y rasgos de espíritu, en ostentación, en actividad atareada.»

La comedia media y la comedia nueva nos ofrecen el cuadro de esa sociedad de mercenarios y parásitos, jóvenes corrompidos y cortesanas que sólo buscan el placer. «¡Viva la franquachela!—dice un personaje de Alexis.—¡Bebamos, bebamos, hasta hartarnos mientras podamos! ¡Anda, Manes, mete ruido; nada más interesante que el vientre! ¡El vientre es tu padre, el vientre es tu madre!» Huír de todo esfuerzo como inútil, detenerse ante todo obstáculo, dejar de lado los disgustos que turban la existencia: he ahí las únicas reglas de aquel mundo agonizante. «La muerte te convertirá en un pedazo de hielo, y todo se perderá; la virtud, los honores, el mando, todo es vanidad; la única realidad es lo que hayas comido y bebido durante la vida.» Para comer, beber y amar con toda tranquilidad, hay que emanciparse de los deberes; la virtud no tiene valor, y la familia no tiene ningún atractivo. «¿No es una querida—dice Anfis—compañera más encantadora que una esposa? La duda no es posible en este punto: la esposa, fuerte con la protección de la ley, toma aires altivos y permanece inmóvil en su casa; la querida sabe que hay que ganar y enlazar con sus maneras amables al hombre que ha elegido si no quiere buscar otro.»

Los dardos más acerados de los poetas cómicos se dirigen



contra el matrimonio o contra las mujeres. «¿No es justicia— como dice Menandro—pintar a Prometeo clavado en una roca? Ha cometido un crimen, por el que merece el odio del cielo entero; ¡él es quien ha creado las mujeres! ¡Oh, qué maldita especie, soberanos dioses! ¿Se casa un hombre con una mujer, se casa con una? Hele ahí sintiendo deslizarse con ella, junto a él y para el resto de su vida, las malas pasiones, el adulterio, los filtros envenenados, y la más cruel de todas las enfermedades, la envidia, que no abandona ni un día a las mujeres.»

El sentimiento religioso que antes había sostenido a la ciudad no existe ya, y los autores cómicos se burlan en la escena de todos los dioses, mostrándolos en las posturas más cómicas y más vergonzosas. Y la filosofía que se apodera de las almas superiores es el epicureísmo, doctrina ascética, pero elegante, que enseña el escepticismo para con los dioses, la cortesía indiferente para con el mundo, el desprecio de todo dolor, el alejamiento mismo de todo placer que puede implicar males, y el hundimiento progresivo en la dulce nada. Encadenados por el placer, y viviendo en la incredulidad y en la indiferencia, los atenienses se degradan. Cuando algunos años más tarde entra Demetrio Poliorcetes en Atenas como libertador, los atenienses le adoran como a un dios, y le ofrecen para casa el Partenón, y en el santuario de la virgen aquel general disoluto pasa noches de orgía con la cortesana Lamia, obligando a los atenienses a pagar los gastos locos de su querida.

Menandro vivía en aquella atmósfera, y aunque poeta delicado de elevados sentimientos, siente la mortal laxitud y la sed de goce que minan la sociedad de su tiempo, y es discípulo del elegante Teofrasto y amigo de Epicuro, y amante de Glicería la cortesana; y sus obras, sembradas de nobles pensamientos, encubren el acre pesimismo, la desconsoladora ironía que reflejan el estado crepuscular de un alma incierta que de todo duda y de todo se cansa.

Puede decirse que Menandro es el padre de la comedia mo-



derna; él es quien entronizó el amor en la escena y dió a la comedia un asunto sentimental y una intriga propia para cautivar la atención del espectador. Aristófanes había llevado al teatro la sátira política, y lo que hoy llamamos *revista*. Sus sucesores, los autores de la comedia media, no podían ocuparse de política, no tenían libertad para hablar de las cosas de la ciudad, y se contentaron con ridiculizar las costumbres; sus personajes no son los hombres políticos, sino los parásitos y cortesanos, los cocineros y pescaderos, los glotones y los advenedizos. Menandro, jefe de la comedia nueva, sigue llevando a la escena las costumbres de su época; pero hace psicología y encuentra en el amor el tema apasionante e inacabable de sus comedias. Menandro escribió 108 comedias, y según Ovidio, no hay ni una sola sin amor.

Reconociendo en el amor un sentimiento digno de interesar a una sociedad declinante y entregada a la voluptuosidad, arregla y complica sus comedias de modo que susciten continua emoción; su ciencia del corazón humano se ejercita en producir sorpresas escénicas, conflictos patéticos, golpes de teatro capaces de cautivar la atención hastiada del espectador. Menandro es, sobre todo, el inventor de la intriga, el primero que empleó las verdaderas cuerdas escénicas que sirven todavía hoy para hacer reír o emocionar, para sorprender y divertir. Claro es que cuando Ségur afirma que Menandro es el inventor de la intriga dramática, no olvida que Eurípides, y el mismo Sófocles, en *Edipo rey*, habían desarrollado tramas fuertemente anudadas, y que Aristófanes empleó, quizá el primero, en una de sus piezas perdidas, el dato sentimental que debía hacer el gasto de la comedia nueva. Quiere decir que Menandro dirigió exclusivamente su atención al interés dramático y a la acción escénica, y sus medios, siempre los mismos, para anudar sus intrigas y provocar perpetua emoción, fueron «la seducción y el reconocimiento» (φτόρα και αναγνώρισις). Un niño nacido de un amor clandestino, que se encuentra mezclado, sin saberlo, en la vida de sus padres, y que al fin es re-



conocido por ellos, tal es la materia habitual que Menandro varía hasta lo infinito.

Para dar una idea del arte de Menandro, Ségur cuenta el argumento de *El Arbitraje*, una de las piezas descubiertas por Lefèbvre. En una de las fiestas orgiásticas nocturnas que, so pretexto de religión, eran motivo de grandes desórdenes, la bella Panfilia, hija de Smikrinés, fue seducida por un joven desconocido, que la dejó su anillo en prenda. De la vergonzosa sorpresa nació un niño, que su madre abandonó en el bosque de Parnés, casándose después con un ateniense de buena familia, Xarisios. El pastor Daos encuentra al niño en el bosque y lo cede a un carbonero, Syriskos, pero guardándose el anillo y demás prendas que podían servir para su reconocimiento; el carbonero las reclama, y estando disputando con el pastor, pasa por allí Smikrinés, y es invitado a servir de árbitro.

SYRISKOS (mostrando a Daos a Smikrinés).—Mira, ese hombre: ¿lo quieres por árbitro?

DAOS.—Sea, a la buena ventura.

SYRISKOS (yendo a Smikrinés).—En nombre de los dioses, amigo, ¿podías concedernos unos instantes?

SMIKRINÉS (rudamente).—¿A vosotros? ¿A propósito de qué?

SYRISKOS.—Estamos en desacuerdo sobre cierto negocio.

SMIKRINÉS (con el mismo tono).—¿Eh? ¿Qué me importa a mí vuestro negocio?

SYRISKOS.—Buscamos un árbitro imparcial para resolverlo. Si no tienes impedimento, juzga nuestra disputa.

SMIKRINÉS.—¡Cómo, haraganes! ¿Es para pleitear, para lo que os paseáis aquí con vuestras zamarras?

SYRISKOS.—Bueno, bueno; el negocio es corto y fácil de comprender. Haznos ese favor, padre; no nos desprecies, en nombre de los dioses. Bien ves que en todas las cosas conviene que la justicia triunfe. Aquel a quien el azar pone en el caso de contribuir a ello, debe aceptar su papel. Es interés común de todos los hombres.



DAOS (aparte).—No habla mal mi adversario. ¿Por qué le he dado una parte de mi hallazgo?

SMIKRINÉS (dulcificándose).—Por lo menos, dime: ¿prometéis aceptar mi sentencia?

SYRISKOS.—Absolutamente.

SMIKRINÉS.—Pues bien, os escucho; después de todo, ¿por qué no? (A DAOS.)—Tú que no dices nada, habla primero.

Las dos partes exponen sus argumentos, y Smikrinés falla en favor del carbonero, que recibe las alhajas. Pero ocurre que un esclavo de Xarisios, el marido de Panfilia, reconoce el anillo, revela al marido la deshonor de su mujer y precipita la intriga. Xarisios se enfría en su afecto a Panfilia, frecuenta el trato de la citareda Habrótonon, y acaba por instalarla en su propia casa. Habrótonon es una cortesana de buenos sentimientos, y compadeciendo a Panfilia, quiere salvarla y se declara madre del niño, mostrando a Xarisios el anillo. Xarisios lo reconoce, y recuerda que en su juventud había seducido a una joven durante la embriaguez en una fiesta religiosa. Y cuando la buena Habrótonon confiesa que el anillo pertenece a Panfilia, Xarisios reconoce que su mujer fue su propia víctima, y que el fruto de aquella falta era su propio hijo. Pide perdón y aumenta su amor a Panfilia.

Los pensamientos y sentimientos de Menandro no son menos modernos e interesantes que la materia y la intriga de sus comedias: el amor al prójimo, la igualdad de los hombres, los sentimientos de humildad y de piedad fraternal, la idea de un Dios único y universal; todo eso viene a proclamar Menandro en plena antigüedad, y no es extraño que los padres de la Iglesia le citen con frecuencia. A pesar de todo, es un poeta de la decadencia helénica y un epicúreo cansado y desengañado de todo, y gozando sabiamente de la vida con un solo deseo: salir joven de ella. Lo logró sin buscarlo: bañándose un día en el Pireo, fue arrastrado por las olas y murió antes de envejecer, a la edad de cincuenta y siete años.



## OCULTISMO

UN MÉDICO CLARIVIDENTE.—Uno de los más distinguidos médicos de Munich, Enrique Bock, sostiene, en el *Sud-Deutsche Monatshefte*, la realidad de los fenómenos de adivinación y clarividencia, declarando que desde niño posee él mismo dotes infalibles de adivinación. Se trata de una persona de perfecta honorabilidad, y sus afirmaciones merecen ser tenidas en cuenta.

Cuando tenía ocho años, y vivía, juntamente con su hermano, en casa de un pariente, párroco de las cercanías de Mergentheim, hace cuarenta y cinco años, fue un día con su hermano y la criada a la ciudad vecina. Entraron en una iglesia antigua, y a la salida bebieron en una fuente que había en el patio. «Apenas bebidos unos sorbos de agua—dice,—dejé el vaso y empecé a llorar. Preguntándome mi hermano qué tenía, le respondí entre lágrimas que debería haber bebido aquel agua cuatro años. En realidad, mientras bebía, una voz me decía con insistencia: «Deberás beber este agua cuatro años», e impresionado, prorrumpí en lágrimas.» Vuelto a casa, su tío se rió de la aparición, y le dijo que no tuviera cuidado, porque sólo le ocurriría aquello si se hiciera pastor, como había pensado; pero, habiendo desistido de aquella idea, no tenía por qué beber cuatro años de aquel agua. Tres años después, el patio fue adquirido por un profesor, y convertido en un colegio, siendo Bock uno de los primeros escolares, y bebiendo realmente aquel agua de 1872 a 1876: los cuatro años de su vida colegial.

En otra ocasión fué a verle un señor enfermo, a quien jamás había visto. Antes de que hablase, Bock tuvo una visión: yacía en un féretro, y Bock le daba un clavel rojo. Visitó quince días al paciente y lo curó. Mucho tiempo después, fue llamado de nuevo a visitarle: estaba grave; pero, siguiendo la enfermedad su curso normal, el enfermo se repuso hasta el



punto de suspender las visitas. Al despedirse el enfermo, le rogó que le fuera a ver a los quince días, advirtiéndole que estaba siempre en casa por la mañana. Ocho o diez días después, recordó Bock su visión, y se dijo: «Quiero llevar un clavel a mi cliente, ahora que veo que está vivo.» Compró un clavel rojo y, al llegar a casa del paciente, tiró de la campanilla y se fué derecho a la habitación para darle la flor; pero, cuál fue su espanto cuando lo vió en el obscuro féretro de la visión; en la noche precedente una parálisis le había cortado la vida.

Una persona, para Bock querida, debía ser operada por un amigo suyo. De acuerdo con él, eligió un gabinete de la clínica y se dispuso todo con orden. El día de la operación, mientras escribía, muy temprano, algunas cosas importantes, sin pensar ni remotamente en la operación, vió a la paciente en otro gabinete con un pañuelo rojo; preguntó por teléfono a la clínica si el gabinete escogido estaba libre, y le respondieron que el que le había ocupado hasta aquel momento había ya pagado y estaba para irse. Esta respuesta le calmó, y creyó que la visión fuera sólo un producto de su excitación; pero, cuando por la noche fué a la clínica con la enferma, la superiora, turbadísima, le comunicó que el paciente en cuestión no había dejado todavía el hospital, y que la recomendada de Bock tenía que pasar a otro gabinete, hasta que aquél quedase libre. Fenómeno extraño: el gabinete libre era precisamente el de la visión de la mañana. Preguntó a la enferma si llevaba un pañuelo rojo, y ella le contó que por la tarde, antes de dejar la casa, había entrado en la habitación de su hermana, había cogido aquel pañuelo como recuerdo, y se lo había llevado al hospital. Entonces estuvo Bock bien seguro de que la operación salía bien, y así sucedió, en efecto.

La madre de Bock estaba enferma hacía diez años; vivía en otra ciudad, y Bock recibía con regularidad noticias sobre su salud. En cierta ocasión fué un hermano a verle a Munich, y un día, en que habían tenido buenas noticias del estado de su madre, se fueron al teatro. Estaban contentos, y desde las



primeras escenas empezaron a reír. En un intermedio, Bock oyó de pronto un gran estrépito, y vió por un instante a su pobre madre extendida en el lecho, muerta y con una cruz en las manos. Bock dijo a su hermano: «Paguemos y salgamos; en este momento ha expirado nuestra madre.» El hermano se resistió alegando las noticias que habían tenido; pero como Bock insistiera, se puso muy serio y le siguió. Al salir miró el reloj, y le dijo: «Si es verdad lo que dices, nuestra madre debería estar muerta a tal hora y tantos minutos.» Aquella misma noche escribió a casa y encargó un traje negro. A la mañana siguiente recibió un telegrama, en el que se participaba la muerte de su madre, fallecida en el mismo minuto en que él la había visto.

Un pariente de Bock era morfinómano; le dió algunos consejos para evitar las recaídas, y el pariente los siguió con provecho suyo. Una semana después, al pasar Bock por delante del Correo, vió de un rasgo al enfermo en el acto de dispararse en las sienes y caer exánime. Entró en el Correo, pidió comunicación telefónica, pero no la obtuvo. Llegado a casa, contó lo que había visto, y mientras estaba hablando, fue llamado al teléfono, y un conocido le comunicó la catástrofe. El enfermo se había disparado un tiro de revólver en la sien izquierda.

Durante un viaje, pernoctó Bock con su mujer en una fonda magnífica, en las cercanías de Lindau. El viaje había sido largo y el sueño fue profundo. De madrugada se despertó bruscamente y descubrió en la cama una cruz negra; se volvió hacia la ventana para ver si era un reflejo; pero la ventana estaba completamente cubierta por una cortina amarilla y la habitación daba al Occidente; eran las tres y tres cuartos. Se levantó, tiró de la cortina, abrió la ventana y miró al patio para asegurarse de que no soñaba; pero la cruz negra continuaba sobre el lecho. Se acostó de nuevo; pero la cruz estaba siempre allí. Suspiró, pareciéndole ser víctima de un ícubo. Hasta su mujer se despertó y le preguntó por qué suspiraba; y la contestó que tenía un triste presentimiento, y luego añá-



dió casi mecánicamente: «Ahora podemos viajar tranquilos: lo que temía ha ocurrido ya, y lo sabremos antes de llegar a Partenkirchen.» Preocupado con la visión, no pudo conciliar el sueño, y cuando al día siguiente llegaron a las cercanías de Partenkirchen, Bock vió a su hija, que les esperaba en el puente con un telegrama. Era la noticia de la muerte repentina, a las tres y tres cuartos, de un colaborador de Bock en un negocio importante.

Tales son los hechos. ¿Cuál es su explicación? *Ai posteri l'ardua sentenza.*

### IMPRESIONES Y NOTAS

UN FRANCÉS EN SEVILLA.—Octavio Aubry ha estado en Sevilla y ha salido mal impresionado: la feria le ha parecido vulgar; las procesiones de Semana Santa, sin color; los toros, repugnantes; el Alcázar, una desilusión; la Catedral, un pastel. No le han chocado más que el baile de los Seises y los recuerdos de D. Pedro el Cruel. Entre éstos, se complace en recoger algunos curiosos, en su artículo «El espejismo de Sevilla», en la *Grande Revue*.

En los jardines del Alcázar le enseñaron los guardas un subterráneo de arcos moriscos que va a dar a una piscina llena de agua transparente. Allí dicen que la Padilla se bañaba ante los cortesanos de D. Pedro; al rey le gustaba excitar los deseos de los cortesanos, seguro de que no podrían satisfacerlos. Cuando la favorita salía del baño, D. Pedro invitaba a los presentes a que bebieran aquel agua en que se había empapado su querida; sólo uno se negó a mojar sus labios en aquel agua de *jouvence*. «Después de haber gustado la salsa—dijo a guisa de disculpa,—hubiera querido probar el pescado.»

Queriendo elegir un ministro, cogió una naranja con su ramo, la partió por el medio, y echó la mitad, unida a la rama, en un estanque, de modo que al sobrenadar pareciera que estaba entera. Entonces hizo acercar a los aspirantes, y señalán-



doles lo que flotaba en el agua, les fue preguntando uno tras otro: «¿Qué veis ahí?» «Tres de ellos contestaron en seguida: «Una naranja.» Pero el cuarto, se inclinó en el pilón, cogió la rama, y para responder se cercioró primero de lo que veía. Ese fue el elegido.

Una noche, saliendo de uno de esos lugares que tantos hombres frecuentan sin reconocerse, fue visto por un transeúnte. D. Pedro tira de daga y lo mata, sin testigos visibles. Por la mañana, para dar un susto al alcalde de Sevilla, reputado por su rigor, el rey lo llama, y le dice:—Tú pretendes saber todo lo que pasa en Sevilla; ¿sabes que esta noche han matado a un hombre?—Sí, Alteza.—¿Y conoces al asesino?—Sí, Alteza.—¡Zorro viejo!—dijo D. Pedro palideciendo de cólera,—tú no me la das. Escucha bien: ese asesino, a quien tú dices conocer, castígalo. Si mañana no está hecho, tu cabeza caerá por la suya. ¿Has comprendido?—Aquella misma noche, D. Pedro vuelve a la orgía; y lo primero que ve encima de la puerta, en un nicho que acaban de abrir, es su propia cabeza moldeada en cera; una línea púrpura separaba el cuello del tronco, figurando la degollación que había merecido su crimen. Al verse decapitado en efigie, D. Pedro soltó la carcajada.—Vamos, no está mal, se dijo;—la burla es buena y el alcalde sabe hacer sus averiguaciones. Le haré Comendador de Calatrava.

\*  
\* \*

DON JUAN RUIZ DE ALARCÓN.—El interesante *Boletín de la Biblioteca Nacional de México* ha dedicado uno de sus números a los estudios universitarios hechos por el autor de *La verdad sospechosa*, en la Real y Pontificia Universidad de Méjico. Don Luis Fernández Guerra y Orbe, en su laureada monografía *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, afirma que su biografiado salió de Méjico para España, «gramático y medio-canonista», embarcando el 8 de Enero de 1600 en la flota del Perú y Tierra firme, y que recibió el grado de Bachiller en Cánones



en Salamanca, a las nueve de la mañana del miércoles 25 de Octubre del año 1600. Vigil, Sosa, los Diccionarios de Historia y Geografía y todos los que se han ocupado del ilustre dramaturgo, reproducen los datos de Fernández Guerra. El hallazgo de los documentos encontrados en la Universidad de Méjico, y reproducidos en facsímile por el *Boletín*, demuestran cumplidamente que Alarcón hizo en Méjico los estudios completos para el Bachillerato de Cánones, y emprendió el viaje a España, no en Enero, sino en Abril o Mayo de 1600, recibiendo el grado de Bachiller en Salamanca a fines de Octubre.

Hay, pues, que rectificar en las biografías de nuestras Historias y Literaturas, en lo tocante a Alarcón, este dato de su viaje y de sus estudios, y afirmar además, que D. Juan Ruiz de Alarcón no nació en Taxco, sino en Méjico, según resulta de las investigaciones de D. Nicolás Rangel, director del *Boletín*.

\*  
\* \*

EL CAÑÓN ANTI-AVIADOR.—Aplicados los aeróscafos a la guerra, la ingeniería y la artillería han tenido que preocuparse de la lucha con los nuevos aparatos. En Alemania se han hecho pruebas con un cañón de 7,5 que puede lanzar en todas direcciones, a una altura de 6.000 metros, proyectiles de 4 kilos de peso, por un sistema especial de percusión; la velocidad es grande, y el cañón puede disparar 30 tiros por minuto; la pieza va montada en una plataforma que puede fijarse en un automóvil blindado, y el peso total del cañón con su plataforma, 60 cargas y 6 sirvientes, es el de 4 toneladas y media.

En Francia se han construído, también sobre automóvil, cañones parecidos, pero con proyectiles de menor peso. En Inglaterra y en los Estados Unidos se han inventado también máquinas semejantes, y los ensayos hechos en este último país permiten sacar la conclusión de que esos cañones pueden prestar verdaderos servicios contra los dirigibles; pero son impo-



tentes contra los aeroplanos por su rapidez, que ofrece al tiro blancos demasiado inestables.

\*  
\* \*

**LA MUERTE DE PASCAL.**—La enfermedad de que murió Pascal es uno de los enigmas de la Historia. El Sr. Jovy ha estudiado documentalmente el asunto, y según él, Pascal ha muerto envenenado por su médico Vallant, no porque Vallant le quisiera matar, sino porque la ignorancia terapéutica de la época y la especial de Vallant, hizo que recetaran a Pascal tales medicinas que le mataron. Pascal sucumbió víctima de los medicamentos, y especialmente del emético, que Vallant le administró.

Véase, a título de curiosidad, como dice *La Revue*, una consulta de Guénault, otro médico amigo de Vallant y de su misma altura: «El Sr. Pascal sufre un embarazo de las entrañas que proviene de un humor melancólico; este humor, mientras fermenta, emite vapores que producen síntomas diferentes, según la diversidad de las partes a que alcanza; fermentan porque hierven, y esta ebullición proviene del calor. De modo que hay que sangrar al enfermo en los dos brazos, y luego purgarle así: poner dos onzas de hojas de sené con una media onza de crema de tártaro, hasta que se extraiga la tintura; en seguida, cuélese y dése por la mañana durante seis días; o échense dos onzas de hojas de sené en una libra de agua: hecha la infusión, agréguesele ciruelas ácidas, una media libra próximamente, cuézanse completamente, y que tome el enfermo de ella hasta diez cucharadas durante seis días por la mañana; hecho esto, ságresele del pie, y en seguida púrguesele como antes, tres o cuatro veces; y use, por último, aguas minerales vitrioladas, entre las cuales, con preferencia, el agua de Saint-Myon.»

\*  
\* \*



MÚSICOS ALEMANES.—A propósito de la supremacía de la música alemana, un periodista italiano, cuyas conclusiones recoge Carlos Banville, ha hecho una estadística curiosa, de la que resulta que, exceptuando a Bach y a Haendel, casi todos los demás músicos que figuran como alemanes no lo son: Beethoven es de origen flamenco, de Lovaina; Schubert, vienés; Mozart, austriaco; Haydn, croata; Gluck, checo; Bruckner, austriaco; Wagner y Schumann, sajones medio-austriacos; y Manuel Moor, húngaro. En cuanto a los directores de orquesta, Richter es húngaro; Nikish, húngaro; Mahler, checo; Mottle, vienés; y Weingartner, dalmata. Por lo que hace a los *virtuosi*, Joachim es húngaro; Kreisler, vienés; Sauer, vienés; Leschetitzki, galiziano; Kubelik, Flesch y Paner, húngaros y vieneses, etc. Por fortuna, Bach y Haendel se bastan a sí mismos.

\*  
\* \*

EL FILODOROMÁNTICO FRICK.—La Prensa confunde a menudo la popularidad de que es dispensadora con la verdadera notoriedad literaria, y hasta con la gloria, y los redactores de los grandes periódicos profesionales, tratan con cierto desprecio a los escritores que, sin ser eruditos ni sabios, se mantienen alejados del periodismo. Así lo dice Guillermo Apollinaris en el *Mercure de France*, a propósito de haberse puesto en duda los títulos literarios de Luis de Gonzaga Frick, en las elecciones para uno de los principados literarios en que fue designado Hans Ryner. Con tal motivo, Frick reivindicó sus derechos en la siguiente carta, fechada en Enghien, el 26 de Agosto de 1912:

«Señor redactor en jefe: Es usted, sin duda, demasiado joven para haber oído hablar de mis trabajos. Impórteos, sin embargo, saber que he publicado en el siglo de Erasmo (era entonces «la alegría inmensa de vivir entre los días»), el *Enchiridion de Fadalbaoth, gentilhomme australasio*, y poemas concebidos en el euforismo que triunfaba en aquel tiempo.



»Este equipaje literario, asaz flaco para poner rubores en mi frente, no me había hecho menos célebre. Fui festejado a la par del profesor Nostradamus, hermosa cabeza de sabio también; pero que debe toda su ciencia—esto es un misterio que descubro—a Max Jacob, astrólogo montmartrés sin igual, literato sin segundo y fundador del druidismo—nueva escuela estética metafísica, en la que me he alistado, aunque prefiera la petafísica del difunto Alfredo Farry.—¡Oh Calisaya!

»En cuanto a mí, he fundado la filodoromancia, o arte de vaticinar por perlustración de las hojas de rosas. Las hojas de naranja—¡Oh Mignon!—hubieran valido más; pero no quiero discípulos como Federico Nietzsche y los rechazo «con un imperativo categórico».

»Sentados estos fundamentos, aguantad que os diga el vivo placer que tendré en saborear en vuestra compañía—de la que auguro maravillas—ciruelas de la Selva Negra, cogidas por la mano de Lili, que antepongo a la señora Eva, como resulta de uno de mis poemas consagrado al admirable Satanás.

»En esta expectativa me es dulce, muy dulce, permanecer bajo el encanto del espíritu y del talento que presiento en vos, y decirme lo más cortésmente del mundo, vuestro más puro servidor.—*Luis de Gonzaga Frick.*»

FERNANDO ARAUJO



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

*Trattato di Medicina legale*, di E. von Hofmann.—Terza edizione italiana, in gran parte rifatta dal Prof. C. Ferrai, ordinario di Medicina legale nella R. Università di Parma.—Milano, Società Editrice Libraria, 1913.—Cuadernos 1.º al 3.º, 3 liras.

La gran empresa editorial milanese que se designa con la razón social de *Società Editrice Libraria*, y la cual, en pocos años—relativamente—que lleva de vida, ha acometido ya y realizado la publicación de multitud de importantes obras, varias de ellas monumentales, así de Italia como de otros países, principalmente alemanas, acaba de iniciar también, entre otras, la de una nueva edición del clásico y celebrado *Tratado de Medicina legal*, de Hofmann.

Sólo que, como tal libro fue escrito hace ya bastantes años, ha habido precisión de modernizarlo, suprimiendo varias cosas superfluas, modificando y completando otras, añadiendo algunas nuevas—incluso capítulos enteros—y, en suma, rehaciéndolo de tal manera, para responder a las exigencias de las doctrinas y de la práctica de nuestros días, que «más aún que una tercera edición, es una obra nueva que solamente conserva de la de Hofmann el espíritu informador y la proporcionada distribución de la materia». Semejante trabajo de renovación lo ha llevado a cabo el Dr. Carlos Ferrai, profesor de Medicina legal en la Universidad de Parma.

La publicación total del libro se realizará sin tardar mucho.



Al presente sólo han aparecido las tres primeras entregas, que forman el comienzo de la parte especial, o sea la sección primera (*Aptitud para la procreación*) y algo de la segunda (*Delitos sexuales*). Quedan para los cuadernos sucesivos—además de la parte general, no comenzada aún—la terminación de la sección segunda y la exposición de la tercera (*Preñez y parto*), la cuarta (*Lesiones y muertes violentas*), la quinta (*Identidad y examen de manchas y huellas*) y la sexta (*Psicopatología forense*).

Lo publicado lleva en el texto muchísimos grabados ilustrativos de la doctrina, la cual se refiere a las cuestiones, tan graves y difíciles, de la impotencia sexual, así instrumental como funcional, en el hombre y en la mujer; del hemafroditismo (estudio añadido *ex novo* por Ferrai), y de los delitos sexuales con relación a los adultos y con relación a los niños.

N. B.—Después de escrita esta nota se han publicado otros cuatro cuadernos (págs. 121-272), donde se comprende la conclusión de la materia relativa a los delitos sexuales y casi todo lo concerniente a la sección tercera mencionada, o sea todas las cuestiones médico-legales concernientes al embarazo, al parto y al aborto, tratadas magistralmente.

\*  
\* \*

*Diritto internazionale e Diritto interno*, pel Dott. Enrico Triepel. Traduzione italiana con note, a cura del Prof. Giulio Cesare Buzzati.—Torino, Unione Tipografico-editrice, 1913.—Volumen de XII-454 páginas, 12 liras.

La *Biblioteca di Scienze Politiche ed Amministrative*, publicada en Italia bajo la dirección del profesor Attilio Brunialti y conocida por no pocos lectores españoles, ha entrado en una nueva fase. A las dos series de publicaciones ya dadas a luz, va a añadirse ahora otra, con las favorables novedades siguientes: 1.ª Que a las antiguas secciones de *Derecho constitucional* y de *Derecho administrativo* se añade, en esta tercera serie, otra



sección de *Derecho internacional público y privado*. 2.º Que el profesor Brunialti, reservándose la dirección de la sección primera, o de Derecho constitucional, se ha asociado con otros dos profesores, ambos de la Universidad de Pavía, Orestes Ranelletti y Julio César Buzzati, encargando a aquél de dirigir la sección de Derecho administrativo y ciencia de la administración, y a éste de la sección de Derecho internacional público y privado, materias cuya enseñanza tienen, respectivamente, a su cargo como profesores.

En curso de publicación otros volúmenes.—*La República americana*, de Bryce, perteneciente a la sección de Derecho constitucional, y el *Derecho público inglés*, de Hatschek, perteneciente a la sección de Derecho administrativo y ciencia de la administración,—el primero que ha quedado completo es el de Triepel, profesor en la Universidad de Kiel, *Derecho interno y Derecho internacional*, el cual encabeza la tercera sección, de Derecho internacional, por lo mismo que, dada la materia que trata, puede servir de enlace (y así lo dicen los editores) entre el Derecho interno, de que se ocupan las secciones primera y segunda, y los tratados generales de Derecho internacional propiamente dicho.

Pues, en efecto, el libro de Triepel no puede ser calificado ni entre los de Derecho interno ni entre los de Derecho internacional, sino que ocupa una situación intermedia, ya que el problema que trata es precisamente el de las relaciones que recíprocamente mantienen ambos.

Por cierto que lo hace «con admirable profundidad», según dicen también, con razón, los mismos editores, y de una manera que, para la época en que por primera vez apareció la obra (en 1899), puede calificarse de nueva. El propio Triepel lo muestra así en la Introducción de aquélla, dando cuenta de la literatura relativa al asunto y de la índole de esa literatura. (El traductor añade en una nota que «gracias principalmente al estudio fundamental de Triepel, el problema que éste examina lo ha sido también después por otros autores que cita



Ullmann en su obra *Völkerrech*, Tubinga, 1908, § 9, nota 2.)

Pues no se limita el autor a las acostumbradas generalidades, más o menos superficiales e incoloras, que figuran a menudo, por ejemplo, en los tratados didácticos, acerca de las relaciones del Derecho internacional con las demás ramas del Derecho, sino que penetra en el fondo mismo del asunto, desentrañándolo y poniendo al descubierto sus más ocultos rincones.

La obra entera se compone de sólo tres capítulos, que se desenvuelven en diez y siete secciones o párrafos, con uno más de apéndice, consagrado a estudiar *La aplicación del Derecho internacional en los Tribunales nacionales*. El primer capítulo estudia *La antitesis entre el Derecho internacional y el Derecho interno*, mostrando la oposición entre ambos por parte de su contenido, manifestada en la diversidad de relaciones pertenecientes a uno y otro (los objetos de la legislación del Estado no pueden ser regulados por el Derecho internacional), en la fuente de donde proceden y la manera de originarse aquéllas y éstas (declaraciones de voluntad, convenciones, tratados, Derecho consuetudinario, coacción...), en el campo de la eficacia de ambas, etc. El capítulo segundo analiza los problemas tocantes a *Las relaciones entre las dos especies de normas jurídicas*, para ver hasta qué punto las reglas del Derecho internacional valen y son obligatorias en el Derecho interno, y al contrario. Y en el capítulo tercero, el más largo de todos, se trata de *Las relaciones entre las dos fuentes del Derecho*, a fin de saber si hay posibles conflictos entre ellas, si son suplementarias y subsidiarias, si hay coordinación e independencia recíprocas o si alguna es superior a la otra y la subordina...

Es, este último, un capítulo del mayor interés, y en él, lo mismo que también en los anteriores, el autor, con gran dominio de la literatura jurídica respectiva, así doctrinal como de Derecho legislado, examina multitud de cuestiones desde un punto de vista que bien podemos llamar filosófico. Es decir que, en buena parte, el libro de Triepel es un tratado de filo-



sofía jurídica, y en él pueden aprender mucho, además de los juristas en general, incluso los «prácticos», los cultivadores de esta última.

He aquí, para concluir, algunas observaciones del autor: «El jurista contemporáneo, y sobre todo el práctico, están animados de una verdadera y propia desconfianza hacia cuanto reviste la apariencia de «Derecho internacional». El Derecho es un organismo cuyas partes mantienen íntimas conexiones, y ninguna de ellas tolera un aislamiento absoluto... Apenas es necesario recordar que existen vastas ramas del Derecho interno cuyas relaciones con el Derecho internacional saltan a la vista sin más: el Derecho marítimo, el diplomático y consular, el militar, el denominado Derecho internacional privado y penal; y estos no son sino algunos ejemplos. La extensión de este Derecho interno que llamaré «importante desde el punto de vista internacional» crece de año en año, pues a medida que se hacen más numerosas y estrechas las relaciones del Estado moderno con los demás Estados, más copioso se hace también el material de las normas de Derecho internacional que interesan a estas relaciones. De todas maneras, creo poder partir del principio seguro, según el cual, en el ámbito del Derecho interno existen casos, extraordinariamente numerosos, en los cuales quien quiera llegar a la completa inteligencia del Derecho interno, como tal, no puede eximirse de la necesidad de estudiar sus nexos con el Derecho internacional».

P. DORADO

\*  
\* \*

*El otro amor*, novela original de Luciano de Taxonera.

Con este título acaba de publicar una novela muy viva y muy honda Luciano de Taxonera. Lo mismo en su idea que en su forma, es muestra, y bien afortunada, del concepto moderno que debe presidir esta clase de producciones. Porque la novela en España, como casi todas las manifestaciones artísticas,

E. M.—Febrero 1914.



ha ido evolucionando. Ya no es exclusivamente imaginativa, fantástica. Antes, con un atisbo de observación o un adarme de examen del medio que se trataba de describir, bastaba y sobraba para llenar, debido a esa manera de hacer, pomposa, florida, amplificadora, trescientas o cuatrocientas páginas de prosa sin medula, y, en muchos períodos, sin retórica. En los años por que atravesamos no es permitido que el escritor se pase a estudiar lo accesorio, sino que tiene que ir a lo fundamental, y lo fundamental, hoy día son las luchas sociales y los exámenes psicológicos que la novela moderna debe tener para que ostente asomos de verdad y aires de vida.

Este es, en síntesis, el credo estético de Taxonera. En alguno de los artículos por él publicados en esta Revista, estudiando la literatura en su aspecto general, señala esta modalidad.

No queremos seguir hablando de Luciano de Taxonera por cuenta propia, no fuera a parecer interesado el elogio por ser nuestro colaborador. Dejemos la palabra a D. Andrés Mellado, de grata memoria. El, en un informe que la Real Academia Española le mandó hacer, días antes de que le sorprendiera la muerte, acerca de un libro de crítica del autor de *El otro amor*, da la medida clara, justa, precisa de las cualidades literarias de Taxonera.

Dice así:

«El estilo en general es correcto y la dicción atildada. La erudición, vasta, copiosa y, sobre ciertas materias, intensa. Abusa algún tanto del neologismo, pero hay armonía y elegancia en muchos de sus períodos. Profesa culto a lo clásico, sin cerrar los horizontes de su mentalidad a los progresos artísticos de nuestros días. Lo atractivo e interesante de este libro consiste en haber trazado un cuadro del movimiento literario de los últimos años, y esto sea dicho en abono de su utilidad.

»Toda la producción de Taxonera alcanza muy decorosa altura ante la *turbamulta* de doctorcillos romancistas que, en lenguaje adúltero y bastardo, formando sociedad y compadrazgo de mutuas apoteosis, exaltan toda pasión torpe e inmunda li-



---

viandad. La crítica de D. Luciano de Taxonera fustiga despiadada a los mercaderes de obscenidad en las letras, a los enemigos de la sintáxis y de la limpieza del idioma y a los innovadores y secuaces de la decadencia como escuela y de la pedantería modernista más disparatada por sistema. La literatura de Taxonera, con su austera severidad y su limpieza hidalga, merece favorable calificación y benévolo aplauso.»



# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Guía del buen decir</i> , por Juan B. Selva.....	5
<i>La filosofía de la Historia y la moderna sociología objetiva</i> , por Juan Guixé. ....	26
<i>El Clondic y la vida de los buscadores de oro</i> , por Jeremias Lynch.	57
<i>Padre e hijo</i> (novela), por Edmundo Gosse. .... .	92
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay. . . . .	137
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	161
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado .....	189

